DOSSIER

NAM

TESTIMONIOS

HUIDA DE LAOS

LA PESADILLA DE DIETER DENGLER EN MANOS DEL PATHET LAO

17

10917
9 788439 511953
650 PTAS. CON IVA
613 PTAS. SIN IVA

PLANETA-AGOSTINI

Introducción del Editor

El 1 de febrero de 1966, el piloto Dieter Dengler, de la Marina norteamericana, despegó desde la cubierta de un portaviones situado en el Golfo de Tonkín. Se trataba de una misión rutinaria sobre Vietnam del Norte. Dengler estaba lejos de imaginar que se embarcaba en un viaje a las más profundas zonas del infierno.

Cuando su avión fue alcanzado, Dengler consiguió salvarse activando la eyección de su asiento y llegar a tierra sano y salvo. Pero su seguridad duró poco. Dengler había aterrizado en una impenetrable zona del misterioso Laos, y pronto fue hecho prisionero por el temido e implacable Pathet Lao.

Lo que fue ocurriendo después demostró ser digno de las peores pesadillas. Dengler, junto con otros prisioneros, permaneció cautivo bajo las condiciones más primitivas. Acosado por un calor insufrible, constantemente atormentado por mosquitos, y con un puñado de arroz de vez en cuando por comida, Dengler y sus compañeros de fatigas lucharon por sobrevivir. Se encontraban siempre a merced de crueles guardias, a los que el más insignificante pretexto daba pie a la violencia más caprichosa.

Sólo una idea los mantenía vivos: la esperanza de escapar. Cuando se presentó la ocasión, la aprovecharon sin dudarlo. Los peligros, sin embargo, eran extremos. Dengler tuvo entonces que luchar con sanguijuelas, serpientes y, hambriento, con la amenaza de las patrullas del Vietcong y con las primitivas y feroces tribus locales.

Huida de Laos presenta la historia completa de las privaciones de Dengler, así como de su indomable coraje y determinación. Por una parte, Dengler resultó poco afortunado, ya que los informes de los servicios de inteligencia norteamericanos muestran que la mayoría de los prisioneros estadounidenses recibieron un trato razonablemente bueno en Laos. Por la otra, sin embargo, tuvo mucha suerte: de los casi 600 pilotos norteamericanos que cayeron en Laos, Dengler fue el *único* que consiguió escapar.

DOSSIER NAM TESTIMONIOS

Edita: Editorial Planeta-De Agostini, S.A., Barcelona

Número 17 - Huida de Laos

Presidente: José Manuel Lara
Consejero Delegado: Ricardo Rodrigo
Director General: José Mas
Director Editorial: Jordi Martí
Coordinación: Carmel Ferrer
Asesoría Técnica: GEARCO
Realización Gráfica: Luis F. Balaguer
Producción: Jacinto Tosca

Redacción y Administración: Aribau, 185, 1º - Tel. (93) 209 80 22 08021 Barcelona - Tx. 93392 EPDA E

DOSSIER NAM-TESTIMONIOS es una publicación de aparición catorcenal. Cada ejemplar consta de 64 páginas interiores más sus correspondientes cubiertas.

El editor se reserva el derecho de modificar el precio de venta del ejemplar, si las circunstancias del mercado así lo exigieran.

© 1988 Editorial Planeta-De Agostini, S.A., Barcelona

ISBN nº 1 - 84-395-0955-3
Depósito Legal: NA-1124-1988

Fotocomposición: Tecfa, Barcelona
Fotomecánica: Eurogamma, Barcelona
Impresión: Gráficas Estella, Navarra

Impreso en España - Printed in Spain - Abril 1989

Editorial Planeta-De Agostini garantiza la publicación de todos los ejemplares que componen esta colección.

Información sobre atrasados (sólo para España): EDISA - López de Hoyos, 141 - 28002 Madrid - Tel. (91) 415 97 12

Distribuye para España: Marco Ibérica Distribución de Ediciones, S.A. Carretera de Irún, Km. 13,350 —variante de Fuencarral— 28034 Madrid

Pida a su proveedor habitual que le reserve un ejemplar de **DOSSIER NAM-TESTIMONIOS.** Comprando su ejemplar cada dos semanas en el mismo quiosco o lugar de venta, usted conseguirá un servicio más rápido y nos permite la distribución a los puntos de venta con la mayor precisión.

HUIDA DE LAOS

DIETER DENGLER

Introducción 2

Capítulo 1 5
¡Derribado!

Capítulo 2 11
Captura

Capítulo 3 21
Escapada

Capítulo 4 31
Prisión

Capítulo 5 45
Fuga

Capítulo 6 53
Rescate

HUTCHINSON PICTURE LIBRARY

INTRODUCCION

En la noche del 31 de enero de 1966, se le notificó al oficial de la guardia del Escuadrón de Ataque VA-145 que nuestro portaviones iba de camino desde Dixie Station, en la costa de Vietnam del Sur, a una nueva base en el norte, el Golfo de Tonkín. Todos los pilotos estaban ocupados leyendo información sobre carreteras, emplazamientos de misiles conocidos y cualquier cosa que pudiera resultar útil.

Aquella noche del 31 de enero parecía no tener fin. Todos nosotros repasamos nuestros manuales de tácticas de supervivencia y estoy seguro de que cada piloto consideró, incluyéndome a mí, qué haría si fuera derribado. De hecho, ya había empezado a pensarlo como mínimo 6 meses antes de nuestra salida desde la Base Naval de Alameda en el portaviones *Ranger*, con rumbo al Mar Meridional de China. No estaba más preocupado que los demás pilotos, pero tenía una idea más exacta de los problemas que plantea el sobrevivir porque mi infancia había sido diferente de la de los demás.

Nací en 1938 en un pueblecito de Wildberg al sur de Alemania, situado al abrigo de los campos verdes, sólo rotos por la aparición de abetos y algunos cobertizos. Incluso cuando empezó la guerra, nada cambió. Algunos aviones sobrevolaban ocasionalmente, aliados o alemanes, pero no preocupaban a nadie. En lo alto de una colina castigada por el viento, las Juventudes de Hitler guardaban algunos planeadores que los jóvenes utilizaban para aprender a volar y que se usaban para motivar a los jóvenes a alistarse en la Luftwaffe.

En 1944 mi madre recibió la notificación de que mi padre había muerto en Rusia. Poco después, Wildberg recibió la primera visita de aviones de guerra de los aliados. Llegaron ruidosamente, sólo a unos pocos pies de altura, por debajo de la ventana del segundo piso de nuestra casa. Volaban tan cerca que podía distinguir a los pilotos fácilmente. Recuerdo a uno en particular, sujeto con su cinturón en la cabina, destelleando a unos 30 pies de nuestra ventana.

Los trabajadores del ferrocarril habían colocado las viejas locomotoras de vapor de nuevo sobre los raíles, mientras las nuevas estaban al abrigo del túnel. Los pilotos norteamericanos volaban bajo para poder bombardearlas, teniendo luego que ascender en picado para evitar una colisión con una colina que seguía.

Quizá, como el objetivo de los ataques era sólo los trenes, nosotros los niños pensábamos en ellos como un juego. Cuando se iban, los chicos más atrevidos corrían por los raíles, buscando balas. Me cautivaron aquellos aviones brillantes de ruidosos motores y no podía imaginar nada mejor que pilotar uno de ellos.

Un día sonaron las sirenas. Mi madre se apresuró a sacarnos fuera de casa a mí y a mi hermano. Corrimos cruzando el pueblo, por una carretera sucia, hasta coger un estrecho camino que se adentraba en el bosque En lugar de sobrevolar el pueblo como de costumbre, los aviones volvieron y, volando en círculo, dejaron caer su carga Nunca antes había oído el sibilante sonido de las bombas, que destroza los nervios, ni el ruido ensordecedor de una explosión. La tierra escupía, y, en unos pocos minutos, nuestro pueblo se convirtió en una masa de llamas. Los bombarderos desaparecieron tan rápidamente como había llegado. Cubierto con hojas, me apreté contra el suelo, tapándome las orejas hasta mucho después de que cesara el ataque.

Salimos del bosque con precaución, dirigiendo nuestras miradas a Wildberg. Cuando regresamos, vimos que la mayoría de los muertos y heridos ya habían sido ordenados en filas.

Nos sorprendió encontrar nuestra casa aún en posición vertical, ya que habían caído tres bombas cerca de ella, dos a la derecha y una a la izquierda. Debían de haber caído al mismo tiempo, destruyendo la casa sin hacerla caer. Con lágrimas en los ojos mi madre salvó lo que quedaba de nuestras posesiones, sabiendo que la casa se vendría abajo de un momento a otro.

Yo tenía entonces cinco años. Empaquetamos lo poco que teníamos y nos fuimos a casa de mis abuelos en Calw, a unos 25 kilómetros de distancia. Mi abuelo tenía una panadería, lo cual era una suerte, ya que la comida escaseaba, sobre todo cuando se acabó la guerra y los marroquíes franceses ocuparon Calw.

Los marroquíes obligaron a mi abuelo a hacer pan para ellos. Le proporcionaron los ingredientes y él sisiba un poco de harina, margarina o levadura, a pesar de que le habían amenazado con fusilarle si lo descubrían. Con la levadura, que era virtualmente imposible de conseguir, mi madre se aventuró a ir a otros

HUTCHINSON PICTURE LIBRARY

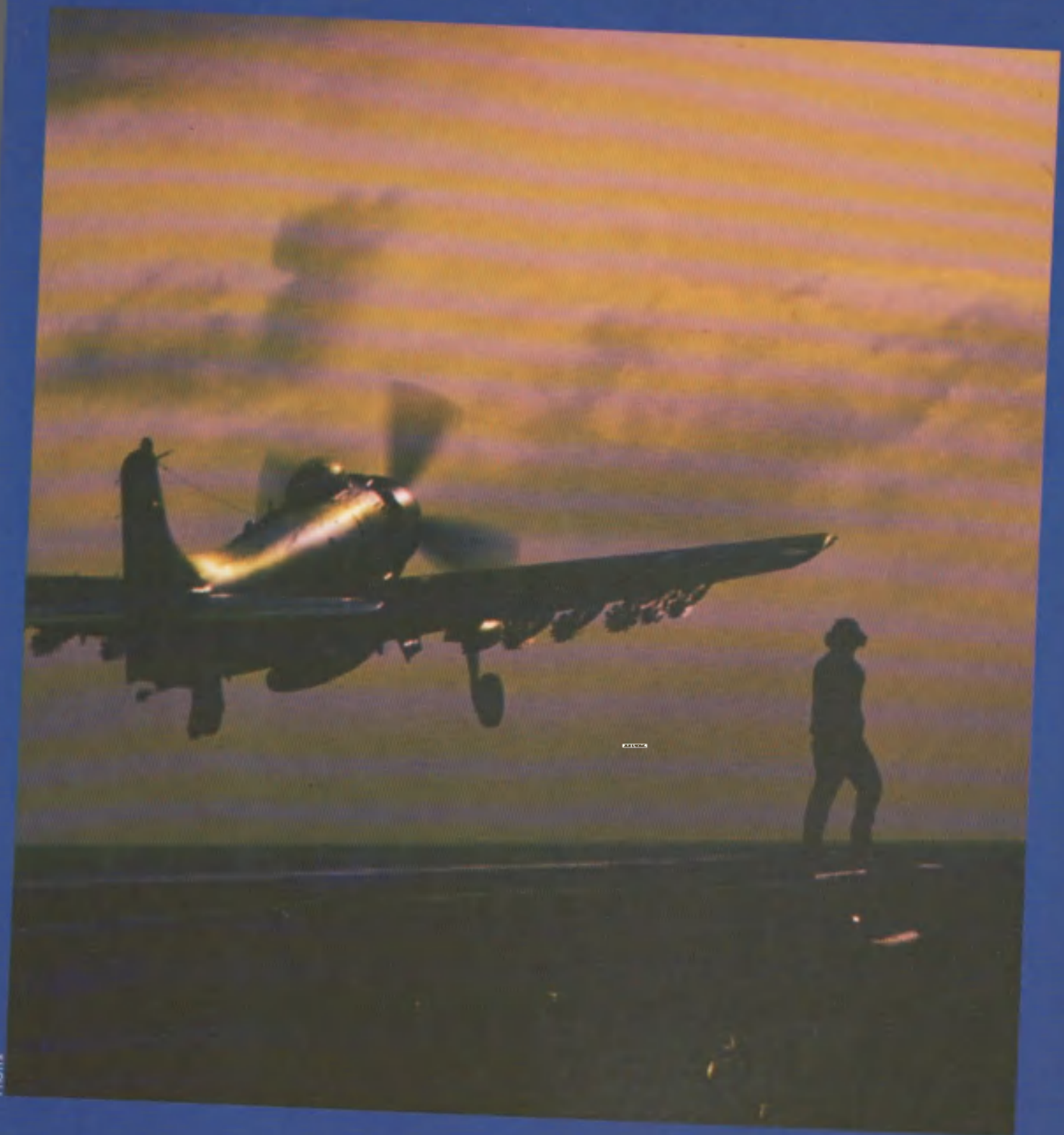
pueblos dedicados a la agricultura para cambiarla por huevos o leche.

Mi hermano Klaus se quedaba en casa, pero Martin venía conmigo en excursiones para agenciarnos lo que podíamos, y a veces volvíamos a casa con chocolate o un poco de jabón. Cuando los soldados se alineban en el patio del colegio, algunos de mis amigos y yo extendíamos nuestros brazos metiéndolos entre la fila de hombres, sosteniendo nuestros descascarillados recipientes de leche y ofreciéndolos al hombre que repartía la sopa Normalmente no se fijaba y llenaba nuestras latas mecánicamente, igual que para los soldados. A veces los marroquíes traían ovejas y las sacrificaban en la ensenada. Primero les hundían la bayoneta en la garganta y una vez morían desangradas, las golpeaban con varas. Entonces cortaban al animal, descartando el hígado y el corazón. Salían chicos de todas partes, para hacerse con ellos

Las condiciones mejoraron gradualmente. Se puso en marcha el Plan Marshall y a los niños nos daban una taza de chocolate aguado y un trozo de pan cada día, y una barra de Hershey cada jueves por la mañana a las 11 en punto. Sin embargo, no había ropa extra en invierno Durante dos años llevé los mismos pantalones cortos que mi madre había hecho utilizando una bandera y no tenía zapatos.

Cuando vi un anuncio en una revista americana que mostraba dos aviones pequeños con el título "Necesitamos hombres para estos aviones", decidí que pilotaría uno de ellos. Importuné a un pariente estadounidense para que me ayudase y prestara parte del dinero que necesitaría. Trabajé para conseguir el resto del dinero. Con otros 15 aprendices, trabajé para una especie de negrero. Nuestro jefe era una capataz duro y cruel que nos pegaba. Herman Hesse, que nació en Calw, huyó de la misma tienda años antes de que yo hiciera lo mismo Sin embargo, quizá este trato me preparó para los guardias de la jungla laosiana.

IZQUIERDA: *La zona de Long Cheng, en Laos, una jungla impenetrable y abruptas e irregulares cordilleras, mansión de las salvajes tribus locales, de las tropas del Pathet Lao y del Vietcong. Fue en este territorio inhóspito donde el piloto de la Marina norteamericana Dieter Dengler fue derribado.*



ARRIBA: *Un Skyraider A1 despega de un portaviones norteamericano en el Mar de la China Meridional.*
IZQUIERDA: *La bandera del Pathet Lao es paseada por las calles de Vientián, capital de Laos.*

AUTO-DESK PICTURE LIBRARY

Capítulo 1

¡DERRIBADO!

CAPÍTULO 1 ¡DERRIBADO!

No mucho después de partir de la base aeronaval de Alameda, agrupé mi equipo personal de supervivencia añadiendo aquellas cosas que pensé serían más útiles. Incluí montones de medicinas, tabletas amarillas que se suponía eran buenas para todo, tabletas de sal y anfetaminas. Incluí latas de buey, peperoni y nueces azucaradas en mi nuevo chaleco de supervivencia. Le pedí a nuestro encargado de los paracaídas que hiciera un saco cosiendo dos trozos de tela de tres por seis pies de color verde oscuro, con una cremallera longitudinal.

Practiqué un orificio del tamaño de un puño en cada lado del saco y pegué una red de mosquito sobre ellos. De este modo, podría meterme en él y respirar sin que me molestaran insectos. Una vez doblado, lo incluí en la espalda de mi chaleco de supervivencia. Lo siguiente que hice fue pretender que había perdido mi carnet de identidad y pedí uno nuevo. A pesar de infringir las reglas durante el vuelo, llevaba mis botas de montañismo alemanas, en la suela de una de las cuales había insertado mi carnet de identidad original, y en la otra una tarjeta de la Convención de Ginebra. También separé la doble lengua y escondí un billete de cien dólares en cada bota. Llevaba asimismo mi antiguo pasaporte alemán, ya invalidado, con el que había emigrado a los Estados Unidos, así como mi certificado de nacimiento alemán y otros documentos que me identificaban como maquinista. Los envolví en plástico e incluí dos fotografías —una de mi madre y otra de mí mismo, sentado en mi moto de matrícula europea.

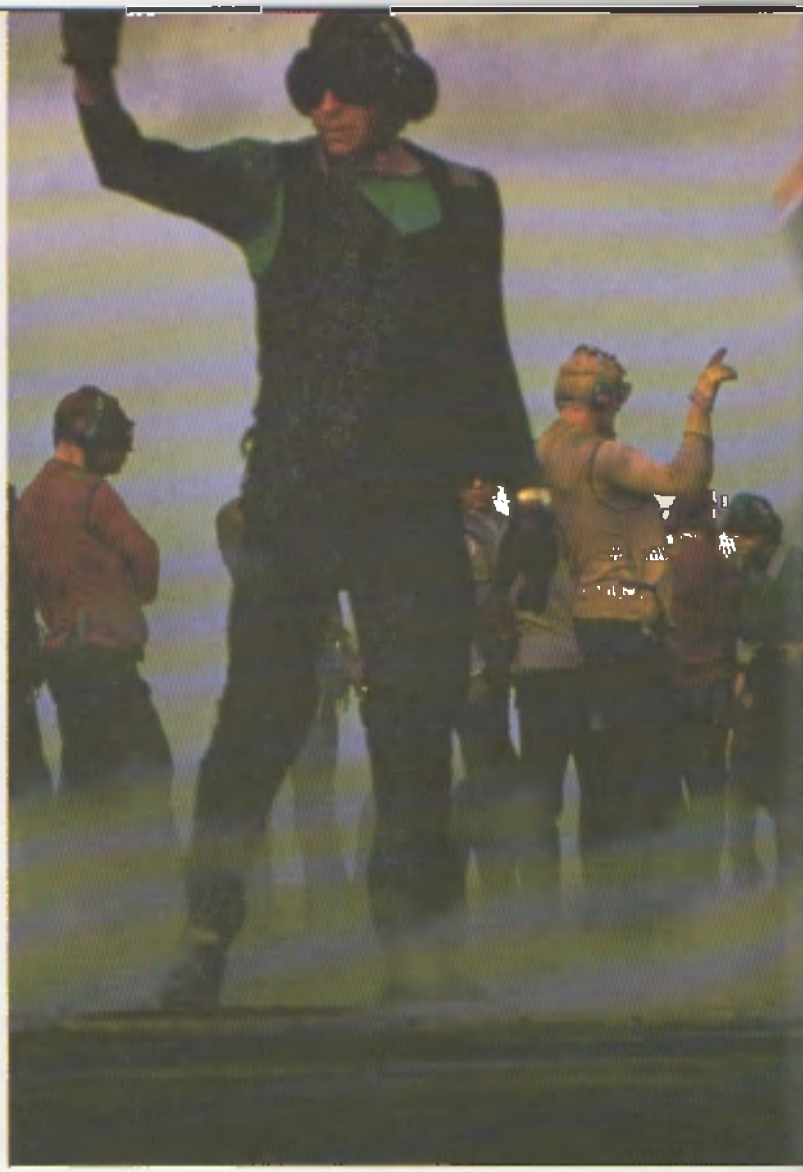
Sabiendo que había sido alcanzado, solté el mando de gases y así la palanca de mando con ambas manos.

Cambié el nombre de mi casco, mi traje y de todo mi equipo de vuelo de Dengler a Wilson. También llevaba una camisa de manga corta, un par de pantalones cortos y una chaqueta de verano muy liviana bajo mi traje de vuelo. En el supuesto de que fuera derribado, algunos de los artículos más importantes estarían en la chaqueta: un cuchillo, un espejo de señales, una pastilla de jabón medicinal y pedernal. Los vietnamitas, al encontrar el avión, casco y traje de vuelo, buscarían a Wilson. Yo intentaría pasar por un civil llamado «Dengler».

El 1 de febrero de 1966, nuestro jefe realizó el primer vuelo y volvió tras haber perdido varios paneles de su ala, y otros pilotos, también con base en el portaviones, fueron derribados. Al día siguiente me tocaba el lanzamiento de las 09:00. Éramos cuatro: el jefe de patrulla y yo, el jefe de sección llamado «Spook», y su punto.

Finalmente condujimos nuestros «Skyraiders»: el bombardero de hélice conocido como «Spad», «AD» o «Able Dog». Sintonicé la radio con Águila Gris. «Aquí Skyraider 04», dije. «Arriba y preparado.» Los cuatro avanzamos. Calenté el motor en la catapulta número tres, comprobé los indicadores, puse la máxima potencia y saludé.

En 20 minutos vislumbramos la costa de Vietnam. El tiempo en el mar era óptimo, pero sobre la costa todo era negro. Los monzones costeros barrían la costa. Automáticamente nos agrupamos, dejando una distancia de 3 a 4 pies entre ala y ala, pero incluso volando tan cerca no podía ver a Spook guiándonos. Sabíamos que había montañas alrededor nuestro, así que el líder tuvo que virar y conducirnos hacia el océano, iniciando la ascensión inmediatamente. Conseguimos salir de las nubes,



pero el mal tiempo hizo imposible nuestro primer blanco, una carretera con un convoy de camiones, así que cambiamos el objetivo.

Cruzamos Vietnam por encima de las nubes y penetramos hasta el centro de Laos, sobrevolando el Paso Mugia. El tiempo mejoraba y podíamos divisar tierra a medida que nos acercábamos al blanco alternativo. Nunca antes había visto nada parecido a aquella jungla verde, con algunas hileras de blancos precipicios afilados de al menos 2 000 pies de altura. «Si alguna vez fuera derribado aquí —pensé—, nunca saldría.»

Nos estábamos acercando al objetivo. Con la excepción del interruptor rojo principal, todos los interruptores para las bombas estaban a punto. De repente oí a Spook por los auriculares. «Cero siete, en marcha.» Conecté el interruptor principal e intenté distinguir el blanco. Arriba a mi izquierda vi las bombas de Spook explotar, todas de una tirada. Una enorme nube de polvo marcaba el lugar donde la intersección había estado situada. Yo estaba a 9 000 pies, demasiado cerca del blanco. Tuve que virar, ladeando bruscamente el avión. Cuando estuve en posición correcta, giré hacia la izquierda hasta alcanzar una posición casi invertida. Justo entonces mi AD dio una sacudida y empezó a temblar violentamente. Sabiendo que había sido alcanzado, solté el mando de gases y así la palanca de mando con ambas manos. La proa de mi avión había caído, señalando casi directamente a tierra. Entonces vi el emplazamiento antiaéreo. Apunté como pude y solté mi carga. El avión saltó hacia arriba al liberarse del peso de las bombas mientras yo tiraba de la palanca para nivelar el avión. Dos explosiones más cerca de la

US ARMY

ARRIBA: *Listo para el despegue Un Skyraider A1 a hélice resultaba especialmente apto para los bombardeos cercanos.*

semiala derecha dejaron al avión completamente fuera de control. El motor no funcionaba y decidí saltar. Mientras el avión giraba en el cielo, me quité el cinturón de seguridad. Me levanté del asiento, pero aún agachado para que el flujo no me afectara. El avión, sin guía, caía al tuntún, haciéndome tambalear en la cabina. Otra explosión hizo que el avión temblara en toda su longitud, y fue entonces cuando decidí volver a pilotarlo Me puse como pude el cinturón de seguridad.

Había una cadena montañosa larga y verde a mi derecha. Pensé que si conseguía sobrevolarla y llegar al siguiente valle, tendría una oportunidad de escapar. El avión oscilaba al dirigirlo a las montañas, perdiendo demasiada altura. Gracias al generador eólico, pude bajar los flaps, de modo que el avión planeó sobre las montañas con sólo unos pies de margen Mientras buscaba frenéticamente un lugar en el que aterrizar, tiré mi autentificador, mis notas y todos los mapas. A mi izquierda había unas pocas cabañas y un claro estrecho a una media milla frente a mí.

Increíblemente, aún podía controlar el avión. Viré a la derecha, hacia el pequeño claro. Estaba entonces a unos 500 pies de altura y a una distancia de un cuarto de milla del claro, lo suficientemente cerca como para ver que me había equivocado. El claro no era más que una sección de bosque talado, salpicado de tocones de cinco pies de altura.

El indicador de velocidad señalaba 160 nudos —como mínimo 60 nudos demasiado rápido—, pero no había manera de frenar al monstruo. Un árbol desnudo, de 150 pies de altitud, surgió en mi camino. No podía sobrevolarlo sin estrellarme en la densa jungla tras él, así que miré la parte inferior del árbol seco. Fue entonces cuando me di cuenta de que las puntas blancas de los tanques auxiliares de combustible asomaban por debajo del ala. Tiré de la manilla y los dejé caer. Cada uno llevaba 100 galones de combustible. Los tocones estaban justo por debajo y el árbol justo delante. Golpearlo de frente significaría empotrarlo en la cabina, así que antes de chocar golpeé el timón con todas mis fuerzas, girando el avión de modo que la semiala derecha recibiera el impacto del choque. Árbol y avión se encontraron con un violento estremecimiento, destrozándose mutuamente. La semiala izquierda se había torcido hacia abajo, su extremo introducido en el suelo, y la proa había golpeado violentamente la tierra Las ocho toneladas del Spad rebotaron, cayendo de nuevo una y otra vez. Un tocón desgarró la parte derecha de la cabina, donde estaban las radios, no dándome en la pierna de milagro. La fuerza de la deceleración me arrancó el casco. Esquivé como pude los pedazos de cristal que volaban. Olía a combustible. Entonces, borrosamente, vi como toda la sección de la cola era derribada.

Yo gritaba y gritaba con los ojos cerrados, mis brazos protegiendo mi cara, durante la incesante destrucción. Y entonces se hizo el silencio.

> Salté detrás del tronco, comprobé mi revólver del 38 y lo dejé al lado de la radio de supervivencia.

Lo que quedaba del avión yacía casi completamente destrozado Estaba atrapado entre las guías de la cubierta. Confundido y aturdido, estaba colgando casi cabeza abajo. sujeto por el cinturón de seguridad. La cabina estaba llena de hojas y un polvo denso impedía el paso de la luz. Di estirones frenéticamente para salir, pero apenas podía moverme. Después, no sé lo que pasó.

Recobré el sentido, yaciendo de espaldas a unos 100 metros del avión. Gateé tan rápidamente como era posible, temiendo el fuego que nunca estalló. No se oía nada.

Era importante poner tierra de por medio en seguida. El enemigo supondría que iría al oeste, hacia Tailandia. Decidí ir hacia el norte durante uno o dos días y *entonces* dirigirme al oeste.

El terreno era llano y el bosque poco denso, roto sólo por algunos pedazos de densa jungla. Me quedé pronto sin aliento y mi garganta estaba seca, pero seguí corriendo hacia una zona densamente poblada de árboles. Una vez en ella, llegué a un riachuelo hediondo. Necesitaba beber, pero me acordé de la disentería. Decidí no calmar mi sed.

Después de cruzar el estrecho arroyo, resultaba difícil escalar la ribera opuesta. La basura era profunda como arenas movedizas. Me arrastré corriente abajo y finalmente me las arreglé para salir usando el tronco de un árbol caído. Con el calor, el barro que tenía encima se secó en un momento. Entonces me di cuenta de que me había lastimado la rodilla, y cuando me quité el barro del cuello, salió ensangrentado Palpándome, encontré un trocito de vidrio incrustrado tras mi oreja derecha.

CAPÍTULO 1 ¡DERRIBADO!

Me senté en un tronco y subí las perneras de mi pantalón. Mi rodilla estaba amoratada y dolía mucho al tocarla. Haría algo al respecto más tarde.

Me quité el traje verde de vuelo y el chaleco de supervivencia. Puse en la chaqueta todas las cosas del chaleco que creí me harían falta. Un ruido metálico que provenía de la zona del accidente rompió el silencio. Salté tras el tronco, comprobé el revólver del 38 y lo dejé al lado de la radio de supervivencia. Cogí rápidamente varias ramas, las sostuve en torno a mi pierna y las fijé con vendajes elásticos de mi equipo.

> En la cabaña había un cadáver. La parte inferior de su cuerpo había desaparecido, así como la mayor parte de la cara, y las cuencas de los ojos estaban vacías.

Mientras abotonaba mi chaqueta, el disparo de un fusil me sobresaltó. Otra bala se estrelló en los árboles tras de mí mientras me hundía en el sotobosque. Me volví y vi la radio y el revólver sobre el tronco. Si mis perseguidores encontraban la radio, la usarían para montar una emboscada a un helicóptero de rescate.

Por el modo en que el enemigo disparaba y voceaba supe que me habían visto y rodeado. Gateé de nuevo hacia el tronco, cogí la radio y la atravesé con mi cuchillo. La empujé y la escondí con el revólver y el resto del equipo, bajo el tronco. Oía gritos en los matorrales de la derecha, así que seguí gateando hacia la izquierda. Hubo un ruido y algo se movió muy cerca. Apreté mi cabeza contra el suelo y me quedé completamente inmóvil. Pies de piel marrón oscuro pasaron a sólo una yarda. Lentamente extendí mi saco de dormir sobre mi cuerpo como camuflaje y maldije la estupidez que me hizo dejar el revólver. El grupo se alejó más y más y empecé a arrastrarme en sentido opuesto.

Me orienté gracias al sol y a una pequeña brújula que llevaba con el reloj. Me dirigí hacia el norte, viajando despacio, agachado, parando cada cinco o seis pasos para escuchar. En algún lugar a la derecha una niña cantaba. Miré en torno, pero sólo vi un trozo de una vieja valla de bambú.

Hacía mucho calor, como mínimo 120 grados F, y me estaba volviendo loco con el calor, la deshidratación y los mosquitos.

La senda de animales que había estado siguiendo torció a la derecha, en dirección de la voz de la niña. Retrocedí y tomé otro camino en sentido opuesto.

Seguí en él hasta llegar a un claro oscurecido, como si lo hubieran quemado. A la izquierda se distinguía una valla alta hecha con troncos y cubierta de zarzales. Caminando a su lado, llegué a una gran cueva de bambú en la que desembocaba otra valla en ángulo tal que formaba un embudo. Se oían ruidos de perros, gallinas y niños. De repente, lo que parecía suelo cedió y quedé colgando de un bambú, a sólo unos pocos pies por encima de un lecho de estacas afiladas, clavadas a intervalos de un pie. Me liberé de la trampa tan rápidamente como pude.

Al final atravesé el claro arrastrándome. Alguien había dejado una puerta abierta a mi izquierda. Lo siguiente que recuerdo es que gateé al interior de una cabaña medio desvencijada. Me incorporé despacio para echar un vistazo y tuve que controlarme para no vomitar. En la cabaña había un cadáver. La parte inferior de su cuerpo había desaparecido, así como la mayor parte de su cara; y las cuencas de los ojos, grandes y redondas, estaban vacías. La idea de la lepra me invadió. El hombre sólo debía de llevar muerto dos días.

No importaba qué dirección tomara, no conseguía alejarme de aquella zona habitada. Llegué a un pequeño y lodoso riachuelo, pero como vi a un lugareño cerca, no creí estar a salvo si lo cruzaba, de modo que seguí caminando siguiendo la corriente durante una media milla. Unos 15 búfalos de grandes cuernos curvados pacían en una gran zona arenosa. Eran los primeros que veía y no estaba seguro de si atacarían o no.

Un poco más lejos encontré otra valla impenetrable cubierta por arbustos espinosos. Decidí que lo mejor sería cruzar cuando fuera de noche. Localicé un pequeño lugar oculto en una hondonada al lado del río.

Una vez en mi escondite, me senté en el saco, me quité los zapatos y los calcetines y me comí el peperoni. La sed me había atormentado constantemente y el peperoni lo empeoró, pero no quería arriesgarme a ser visto por conseguir agua del río. Permanecí allí una media hora antes de que cambiara de opinión sobre cruzar el río y decidí correr el riesgo. Me desnudé y metí toda mi ropa en mi bolsa verde, bajé corriendo y me apresuré sobre la arena del río. Los búfalos se volvieron para mirar y se alejaron lentamente.

El agua, fresca, me sentó muy bien. La corriente era más fuerte a medida que lo vadeaba más y más profundamente hasta que el agua me llegó al cuello. Lo crucé e intenté escalar la ribera del río, pero estaba embarrado y resbaladizo. Al final lancé mi bolsa primero y, recurriendo a todas mis fuerzas, me deslicé sobre el barro y llegué a tierra firme.

Llené mi zapato con agua y le añadí una tableta de yodina, y bebí de aquel agua amarilla con ansia. Sin duda aquel agua amarilla y amarga fue la mejor que he bebido nunca, e inmediatamente renovó mis fuerzas.

La noche se acercaba y empecé a pensar dónde la pasaría. Cerca de allí encontré un buen sitio desde el que se dominaba el claro. Si un avión lo sobrevolaba, podría correr y hacerles, señales. En cuanto dejé de moverme, los mosquitos me atacaron sin piedad. Me metí en el saco de dormir para protegerme, pero no había suficiente aire dentro, y sudaba a mares. Sólo pude resitir unos pocos minutos. Me puse los zapatos y reanudé la marcha.

Pronto el cacareo de unas gallinas y un perro ladrando en la distancia me avisaron de que me estaba acercando a otra población. No me preocupaba la idea de ser visto, porque estaba anocheciendo y las altas hierbas que tenía que apartar constituían una gran protección. La primera estrella había aparecido en el cielo cuando el sonido familiar de motores de AD llenó el aire. Intenté desesperadamente llegar al claro para hacerles señales, pero cuando llegué habían desaparecido. Exhausto por el largo día y de repente completamente desesperado, me metí en el saco de dormir y me quedé dormido en cuestión de minutos.

> Era una partida que estaba buscándome. Si al menos hubiera tenido mi espejo...

De repente estaba completamente despejado, mi cuerpo congelado por el miedo, mi corazón latiendo desesperadamente. Algo pesado trepaba por mis piernas mientras yo yacía allí, en-

US ARMY

ARRIBA: *Spad de regreso tras una incursión sobre la ruta Ho Chi Minh. Su velocidad relativamente escasa le hacía muy vulnerable al fuego de las defensas antiaéreas*

cerrado en mi saco, quieto. A mi mente acudieron visiones de todo tipo de animales y serpientes. Pateé fuerte con ambas piernas y grité tan alto como me fue posible. Cualquiera que fuera el animal, saltó a los matorrales mientras me sentaba Me resultó imposible volver a dormir. Aquella primera noche fría en la jungla parecía interminable.

Llegó el amanecer y reanudé la marcha. Crucé dos senderos tan estrechos que no me di cuenta de que estaban allí. Seguí el segundo al menos durante un cuarto de milla, pensando que no habría nadie a esas horas de la mañana, pero lo abandoné porque se dirigía al norte. Chupé el rocío acumulado en plantas y hojas y mis ropas mojadas.

Llegué a un pequeño claro con lo que parecían unas cuantas cabañas desiertas. Con los zapatos en la mano para no dejar huellas de botas en la media pulgada de polvo que cubría el suelo, me arrastré hasta la parte trasera de la cabaña más cercana al borde del claro y me deslicé por debajo hasta llegar al porche. Desaté la cuerda que sostenía la endeble puerta y entré, cerrando tras de mí. El interior de la cabaña se había ennegrecido por un fuego en la esquina. Acerqué la mano al fuego, pero estaba frío Había tres botellas en un estante de la pared. Cogí la más limpia. Enfrente, en el suelo, había una especie de patatas con las que llené mis bolsillos. Miré afuera para asegurarme de que no había nadie, y salí al exterior. Con un pedazo de cepillo borré mis huellas. Contento ahora que tenía algo de comida y un recipiente para el agua, me puse los zapatos y me dirigí al oeste.

Después de viajar cruzando una densa área infestada de garrapatas, llegué a un río. Me deslicé por el terraplén de unos 30 pies de alto, llené la botella con agua y arena y la agité enérgicamente para limpiarla. Pronto estuvo lo suficientemente limpia como para llenarla de agua, a la que añadí unas cuantas tabletas de yodina. Entonces me lavé rápidamente con el jabón medicinal. Algunos ruidos extraños surgieron de los arbustos cerca de mí, haciendo que me quedara completamente quieto. Un gran cerdo surgió de entre los matorrales, seguido por sus cuatro crías

> En aquel momento, supe que había sido visto. Visto, desde luego, pero por el Pathet Lao.

Resbalando, ascendí de nuevo por el terraplén y llegué a otro sendero. Al seguirlo durante unos cientos de yardas, oí voces. Frente a mí se veía el tejado de paja de una gran cabaña, surgiendo de entre las altas hierbas y el bambú, que constituía sólidas e impenetrables paredes a ambos lados del sendero Me volví y anduve rápidamente camino abajo, pasando la torren-

ARRIBA. *La rivalidad entre dos hermanastros, los príncipes Suvanna Fuma y Sufanuvong, produjo en Laos una sangrienta guerra civil, efectuada sin tregua por el Ejército regular laosiano (ARRIBA) y los hombres de Pathet Lao (DERECHA).*

tera a partir de la cual había dejado el río. Reconociendo el zumbido de un avión en la distancia como el de un Spad, corrí a la torrentera, el único lugar donde las hojas de la jungla formaban una capa menos densa. Cuando llegué, el avión iniciaba el ascenso, evitando por poco las copas de los árboles. Otro se aproximó, y empecé a mover los brazos como un loco mientras se me acercaba a sólo unos pies de distancia.

Mi corazón dio un brinco, asustado de que se marcharan, pero pronto el primer Spad se ladeó, dirigiéndose hacia donde yo estaba.

Me volví loco de alegría. Deshice mi camisa para quitarme mi camiseta blanca, rompí un bambú, atando la camiseta a él, y moví la bandera frenéticamente. El segundo avión volvió, y empezó a seguir al primero hacia mí, pero entonces ascendieron a una mayor altura, demasiado alto como para verme. En la primera pasada habían estado tan cerca que pude distinguir fácilmente la insignia del escuadrón VA-145, la espada con un león.

Aún agitando mi camisa, vi en la distancia a otros dos Spad y dos helicópteros Folly Green Giant que se unieron a los aviones iniciales a unas tres millas al este. Era una partida de salvamento que estaba buscándome. Si al menos hubiera tenido mi espejo, que quedó oculto bajo el tronco, les podría haber hecho señales.

De nuevo un Spad volvió y se dirigió hacia mí. Justo encima mío, balanceando sus alas hacia delante y atrás, mientras yo agitaba frenéticamente mi bandera en círculos, seguro de que me habían visto. Un C-54, un avión cuatrimotor, se aproximó desde el oeste. Me pregunté entonces si el Spad sólo estaba saludando al C-54.

Volví a la cabaña y me subí al tejado, creyendo que la jungla era demasiado densa como para que me localizaran. En aquel momento, supe que había sido visto. Visto, desde luego, pero por el Pathet Lao. Salté del tejado y corrí pies para que os quiero hacia el río, tirándome al agua y nadando fuerte y rápidamente a la otra orilla.

> Giré la cabeza y me encontré con la fría mirada de acero de un fusil M-1, apuntando directamente a mi cara.

Cuando alcancé la otra orilla del río no tuve problemas para ascender por la pared lodosa. Me apreté contra el suelo y miré hacia el río. la guerrilla emergía desde la hierba. Uno señaló en mi dirección y, tras discutir, desaparecieron de nuevo entre la hierba.

Mirando corriente abajo vi una balsa y pensé que podrían estar yendo a buscarla para cruzar el río. Giré y corrí, pero no parecía que nadie me siguiera.

Con las prisas tropecé con una cabaña surgida de no sé donde, pero por suerte no había nadie. Para recuperar la respiración, me senté bajo la cabaña y me quité algunas sanguijuelas de las piernas. Un poco más adelante había otra cabaña tan bien camuflada que literalmente choqué con ella. Mientras me apresuraba a dejarla atrás, cogí un puñado de ceniza del fuego para comprobar si había sido utilizado recientemente. Inmediatamente se me quemó la piel de la mano. Corrí alejándome y me escondí un momento en el borde de la pequeña área clareada frente a la cabaña.

En aquel preciso momento una mujer de pequeña estatura vestida de negro apareció doblando la esquina. No actuó como si me hubiera visto, pero estuvo muy cerca. Juré ir con más cuidado.

Muy despacio y con cuidado seguí hacia los matorrales tratando de no hacer ningún ruido, y llegando al final al cruce de varios senderos. Mirando a derecha e izquierda, corrí agachado por los senderos hacia el denso sotobosque a sólo 20 pies. A mitad de mi camino oí a alguien gritando: «¡Yute, yute!». Giré la cabeza y me encontré con la fría mirada de acero de un fusil M-1, apuntando directamente a mi cara

Capítulo 2

CAPTURA

CAPÍTULO 2 CAPTURA

Mis manos se alzaron al aire y no osé moverme, ya que sabía que podían atravesarme en aquel mismo sitio. «Nicht schiessen, nicht schiessen», grité, esperando hacerme pasar por un civil alemán. Otro hombre corrió hacia el laosiano con el M-1, gritó algo y la maleza tomó vida con la gente que ocultaba.

Alguien me golpeó en la parte trasera de la cabeza con la culata de un fusil, tirándome al suelo, y luego apretó el cañón del arma contra mi cuello. Cerré mis ojos, mientras uno de ellos empezaba a registrarme. El hombre que seguía manteniendo el rifle contra mi cuello mientras su compañero me registraba iba vestido de forma cómica: gafas de sol negras, jersey del Ejército norteamericano, cazadora de faena de la misma procedencia, pantalones marrones arremangados y unas botas de plástico azul claro que parecían botas de lluvia de mujer.

El hombre que sostenía el fusil extrajo un revólver norteamericano del 38 y lo movió frente a mi cara. Tenía las muñecas atadas a la espalda con un simple nudo corredizo, con la cuerda pasando alrededor de mi cuello y yendo hasta mis dos brazos, cortando la piel de mi cuello. El hombre vestido de forma extravagante dio un tirón con mala intención a la cuerda y ésta se me clavó en la piel; señaló con la mano la dirección en que debíamos caminar. Anduvimos unos cientos de metros hasta un claro, en donde me indicaron que me sentara, me desataron y volvieron a registrarme. Un hombre sacó las patatas que había robado de la cabaña y al verlas se golpeó la frente con la palma de la mano. Más tarde supe que aquello no eran patatas sino bolas de opio, que probablemente me habrían matado si hubiese llegado a comérmelas.

En ese momento les mostré mi pasaporte alemán, sin dejar de hablarles en este idioma. El hombre de las botas azules cogió mis papeles y se los guardó en su macuto. Otro sacó el frasco con las pastillas de yodina. El hombre de la pistola señaló mi reloj con brújula y lo cogió. Acto seguido señaló el anillo, regalo de Marina, mi novia. Negué con la cabeza y empezó a darme patadas y a pedírmelo una y otra vez, a lo que me negué de nuevo.

Me levantaron a empellones y volvieron a atarme. Un hombre vestido con túnica se nos unió y empezamos a correr. A pesar del intenso dolor de mi pierna izquierda no se me permitió aflojar el paso, de modo que finalmente empecé a tropezar y acabé cayendo al suelo. Uno de los guerrilleros paró junto a mí y empezó a gritarme mientras me apuntaba con su rifle: «¡Bie, bie!» Proseguí una milla más antes de volver a quedar exhausto. De nuevo puso el cañón de su fusil contra mi frente, pero con los calambres y los brazos atados a la espalda, no podía moverme. Uno de ellos empezó a masajear mis piernas y al cabo de cinco minutos me levantaron tirando de la cuerda, me dieron una patada y seguimos adelante.

Corrimos desde última hora de la mañana hasta bien entrada

ABAJO: *El pueblo montañés de Kiougnia, en Laos. Las flores blancas de primer plano son capullos de opio, una de las principales fuentes de ingreso de los nativos de las montañas del Sudeste asiático.*

REX FEATURES

la tarde. Cómo lo conseguí, nunca lo sabré. Nos reunimos con otros hombres en un claro. El hombre que estaba al mando se me acercó mirándome a los ojos, me señaló con un dedo y gritó: «¡Bang! ¡Bang!». Me eché hacia atrás, sorprendido, y el hombre sonrió, complacido de su propio chiste. Luego señaló mi muñeca y yo señalé con movimientos de cabeza al tipo que me había quitado el reloj. Buscó en su macuto, vino con mi reloj, mi pasaporte y el resto de mis papeles y se los entregó al jefe.

Tres soldados me arrastraron hasta un árbol, ataron mis manos a mi espalda y luego mis tobillos. Satisfechos, se sentaron enfrente mío y dejaron a un lado sus fusiles. La noche estaba cayendo, pero no aparecía la cena por ninguna parte para apaciguar mi intensa hambre.

Finalmente me desataron. Uno de ellos cogió un pimiento de mi chaqueta y me lo embutió en la boca. Luego clavaron cuatro estacas en el suelo y me ataron a las mismas con los brazos y las piernas abiertos. Incluso antes de que acabasen su tarea, las piedras y palos que tenía bajo la espalda hacían mi postura muy incómoda Luego me dejaron solo bajo la luna. Las lágrimas corrían por mis mejillas mientras pensaba en mi casa, pero al cabo de poco rato me dormí. Dormí profundamente, despertándome tan sólo de vez en cuando por las picaduras de mosquitos, las hormigas y el sonido poco frecuente de un avión.

Sin previo aviso, se lanzaron sobre mí y empezaron a golpearme con sus puños y las culatas de los fusiles.

Cuando me desperté había empezado a salir el sol. Mi rostro era una esponjosa masa de picaduras de mosquito que yo no podía ver, y tenía todo el cuerpo cubierto de hormigas. Tenía que hacer mis necesidades, pero no venía nadie. Todo el mundo estaba sentado junto al fuego

Media hora más tarde vino alguien, pero ya me había ensuciado los pantalones. Me senté y me estiré para desentumecer mis miembros y me di cuenta de que tenía ambos brazos dormidos. El guardia se apretó la nariz con dos dedos y me señaló un arbusto de gruesas hojas. Intenté limpiarme los pantalones lo mejor que pude, pero me sentía incómodo al ser observado mientras lo hacía.

Mi primera comida fue un puñado de arroz que uno de ellos arrojó al suelo enfrente mío junto con mi botella de agua. Me comí hasta el último grano de arroz mientras los guardias estaban sentados a mi alrededor sin decir una palabra, limitándose a contemplar cómo me veía obligado a comer como un animal con las manos atadas a la espalda.

Empezamos a caminar bosque a través, guiados por un campesino que nos acompañaba mientras estábamos dentro de su territorio, y que era sustituido por otro al llegar al siguiente pueblo. Fue fácil caminar por aquel terreno llano, caminando por senderos bajo la espesura de los árboles. Sin embargo, cuando llegábamos a terreno abierto el calor era insoportable. Empecé a beber agua de forma desesperada. Afortunadamente los guardias me habían devuelto las pastillas de yodina.

Cuando el sol estuvo en lo más alto del cielo, cruzamos una cañada por la que discurría un riachuelo y el grupo se preparó para descansar. Los hombres dejaron sus macutos y la mitad de ellos se desnudaron, yendo a la carrera hacia la cañada. Tras intentar argumentar que quería quitar el mal olor de mis pantalones, tuve que resignarme y sentarme con la espalda recostada contra una de las paredes del cañón, donde se estaba fresco Me dieron mi pequeña parte de arroz sobre una hoja de plátano Cuando la acabé, pedí más Era un arroz pegajoso aplastado en bolas que podía tardar horas en digerirse, especialmente si no tienes con qué acompañarlo.

La selva se volvió tan espesa y los senderos tan estrechos que tuvieron que usar los machetes para abrir paso. Yo ya había quitado las hojas que taponaban mi botella de agua y estaba a punto de beber cuando uno de los guardias se me acercó. Sacudiendo la cabeza negativamente, señaló en la dirección en que íbamos y describió con el brazo un arco del sol al horizonte, con lo que quería indicarme que no encontraríamos más pozos hasta el anochecer

Desde la cima del risco, donde los árboles habían sido cortados, teníamos una magnífica vista del paisaje que quedaba frente a nosotros. Un amplio río surcaba como una serpiente la tierra hasta perderse entre los arrozales, que me recordaban a las ciudades granjas alemanas; de repente me sentía nostálgico.

Las hojas que tapaban mi botella de agua se habían secado y se caían, así que cuando nos paramos para descansar y me desataron, cogí unas hojas para hacer un nuevo tapón. Un guardia se me acercó y, haciendo gestos con la cabeza, señaló un arbusto cuyas hojas no eran dañinas Cada vez que cometía un error de ese tipo, me corregían rápidamente. Me querían vivo.

El sol ya se había casi escondido tras las montañas. Tenía la boca esponjosa y seca del polvo y la sed, y se me había acabado el agua. Estaba pensando en el río cuando alguien me cogió del brazo. Al girarme vi a un campesino que sonreía, mostrándome una brújula. Al abrirla pude ver que tenía un espejo en la tapa, y cuando pensaba que la suerte me sonreía, uno de los guardias se giró a tiempo de ver cómo el campesino me la alargaba. El guardia se acercó corriendo y dando gritos, y le dio al campesino un golpe en la cabeza.

Eran las 7:35 en el reloj del jefe cuando llegamos a la parte inferior del valle. El río era mucho más estrecho de lo que me había parecido desde arriba, no teniendo más que medio metro de profundidad y un dificultoso discurrir. Llené mi botella y añadí un par de pastillas al agua, pero no pude esperar y me la bebí antes de que las tabletas se hubieran disuelto.

Uno de los guardias se fue y volvió al cabo de unos minutos, acompañado por un sujeto alto. Saludé con la cabeza y me devolvió el saludo. Uno de los hombres mostró mi pasaporte al recién llegado. Pareció confundido, ya que era algo que no había visto nunca. Pronto me di cuenta de que sería mejor si mostraba mi tarjeta de identificación de la Marina; esta tarjeta no le sorprendió. Dio una orden a los guardias e inmediatamente me rodearon, entre los chasquidos de los cerrojos de sus rifles. Me apuntaron con sus armas, blandiendo sus puños cerrados contra mí y escupiéndome.

Me ataron a unas estacas al suelo como la primera noche. Por la mañana temprano, me desataron y me dieron arroz. Ya tenía a dos guardias permanentemente asignados. «Tan» era el nombre laosiano del más alto, y al otro le puse el apodo de «Bastardo». Me habría gustado hablar aunque sólo fueran unas palabras en laosinao para poderles decir cuándo tenía que hacer mis necesidades, ya que tenía una fuerte disentería.

Tras unos minutos de caminata, llegamos al río y nos bañamos todos. Pronto el frío matinal se vio sustituido por un sol de justicia. Caminábamos a campo abierto y sin ninguna sombra. Al mediodía hicimos el primer descanso bajo unos cuantos árboles viejos y secos, cerca de un poblado. Dos de los guardias se fueron, llevándose mi botella de agua y volviendo al cabo de

un rato con la botella llena, de la que bebí agradecido. Al cabo de una hora nos detuvimos para descansar de nuevo y comer un poco de arroz. Me senté en el suelo, entrecerrando los ojos para protegerme del deslumbrante sol.

De súbito cayó una sombra sobre mí y vi una negra cabellera sobre un vestido de algodón negro. Al principio no conseguí ver más que un cuenco sostenido por unas finas manos. Entonces la mujer se arrodilló, colocó el cuenco frente a mí y acto seguido se levantó y se fue. Era bonita y la contemplé mientras su diminuta figura se alejaba. Por un momento deseé que volviera, pero el aroma del arroz recién cocinado alejó pronto mis pensamientos de la muchacha.

Los guardias, especialmente Bastardo, se estaban atiborrando de plátanos. Intenté llamar la atención de Bastardo para que me diese uno. Como respuesta, hizo un disparo con su fusil automático, cubriéndome de polvo y dejándome sentado y temblando de miedo, seguro de que me había dado pero sin descubrir la sangre.

Por la tarde llegamos a un área que parecía una especie de campamento y al entrar salieron corriendo a recibirnos unos cuarenta guerrilleros, vestidos con uniformes azules. Reían ruidosamente, dando vueltas a mi alrededor y golpeándome en la parte posterior de la cabeza. Me desataron y me llevaron hasta unos árboles que se encontraban a poca distancia, a uno de los cuales me ataron. Grité y aullé mientras vaciaban sus fusiles en el árbol y a mi alrededor. El tiroteo cesó y oí unos pasos que se acercaban; el que había tenido la idea primero se me acercó, riendo. Apoyó el caliente cañón de su M-1 en mi cuello, cerca del oído, y disparó. Sonaron un millar de campanas dentro de mi cabeza.

> Mi rostro era una masa de heridas llenas de pus, y la cuerda había marcado alrededor de mi cuello un collar morado.

Más tarde, ya de noche, me desataron del árbol y volvieron a atar mis manos. Entramos en una cueva situada en la base de la cercana montaña, en donde el resto de guardias ya se habían instalado. Me dejaron solo mientras charlaban con dos chicas del cercano poblado. Me recosté contra la pared y estuve un rato dormitando, pensando en los rubios cabellos de Marina.

Cuando abrí los ojos me vi gratamente sorprendido por la presencia de una anciana de amable sonrisa que me ofrecía un tazón de arroz cubierta de salsa de pescado. El arroz estaba muy bien, pero su sonrisa me alimentó casi de igual forma. Como tenía las manos atadas, tenía que comer echado sobre el vientre, como un animal. Aparte del mal olor, el pescado estaba bastante bueno y pude sentir como recobraba las energías. Me habría gustado tener una lengua más larga para llegar al fondo del cuenco, pues la mía no me llegaba. Le indiqué la cuerda, pidiéndole que me desatara sin palabras. Bajando los ojos, denegó suavemente con la cabeza. Rebañó el contenido del cuenco con sus dedos y puso la comida restante dentro de mi boca; luego se puso en pie y salió de la cueva. Cuando se marchó, me dejó totalmente deprimido.

Tras la comida continuamos nuestro viaje en la oscuridad. Pasamos junto a una choza y un guardia gritó algo en aquella dirección. Le contestó una voz y cruzamos el pueblo. Una vez al otro lado, nos instalamos para pasar la noche. Apenas había recostado la cabeza en la húmeda hierba, caí dormido. La humedad se filtraba a través de mi ropa y me desperté tiritando mucho antes del amanecer.

Por la mañana nos fuimos sin detenernos para comer. Nuestro nuevo guía era muy cauteloso. No quería cruzar ningún claro, sin importar lo pequeño o bien camuflado que estuviera, a menos que antes se detuviese y escuchase. Entonces debíamos cruzar corriendo y detenernos para escuchar de nuevo al otro lado. Cuando iban a cruzar un claro, me ponía a mirar al cielo hasta que empezaban a mirar ellos también hacia el inexistente avión.

Llegamos a un poblado y la gente, en su mayoría mujeres con camisas azules, formó un semicírculo a nuestro alrededor rápidamente, observando en silencio cómo entrábamos en el pueblo. Las mujeres ancianas iban con los pechos desnudos, una desagradable visión con sus pezones colgando. Niños con el vientre dilatado se cogían a las faldas de sus madres y observaban curiosos a los hombres armados y su prisionero.

Nos detuvimos en frente del grupo de gente y se me ordenó que me sentase. A cualquier movimiento o cambio de posición mío, todo el grupo daba cautelosamente unos pasos atrás.

Siempre estuve pensando en la huida, sobre todo cuando nos sobrevolaba un avión. Todo lo que necesitaba para señalar mi posición era un espejo. Intenté de nuevo en ese pueblo conseguir uno, haciendo gestos a las mujeres, poniendo mis manos frente a mi cara y frotándome la barba. Una joven mujer de las que me observaba asintió con la cabeza, se fue y volvió corriendo. Miró al cielo para asegurarse de que no había ningún avión a la vista y entonces sacó un espejo de su falda negra. No quería dejármelo, tan sólo me permitió mirarme sosteniéndolo frente a mí. Mi cara era una masa de cortes llenos de pus, y la cuerda había marcado un collar morado en mi cuello. Saqué mis pastillas para intercambiarlas con ella, pero negó con la cabeza y se fue. La llamé, sacándome los zapatos para intentar un nuevo trato, pero el guardia al que yo había puesto el nombre de «Ladrón» vino corriendo y brutalmente arrojó el espejo lejos de la mujer. Me llevaron a la entrada de una cueva y me hicieron entrar. Luego me ataron flojamente a una plataforma construida sobre el suelo y me dejaron solo. Me liberé de las ataduras y el guardia que estaba sentado a unos diez metros miró a lo lejos, como si no le importara. Empezaron a llegar más aldeanos a la cueva.

Una mujer pequeña y de grandes pechos se sentó cerca de mí, sonriendo. En los brazos llevaba a un niño envuelto en una tela de alegre colorido. Una joven se sentó a su lado y, saludando con la cabeza, me alargó la mano. Estrechamos las manos y pude sentir el calor de la amistad en su apretón, algo que me hacía mucha falta. Con mis gestos pregunté si podía coger el niño, y la mujer, dubitativamente, me lo acercó. Algunos de los campesinos gimieron y en sus rostros pude ver una mirada de miedo. El niño era suave y caliente, y me pareció que era el único amigo que tenía. Sonreí agradecido a la madre y le devolví cuidadosamente el niño.

El niño rompió el encanto en la cueva. Una anciana vestida de negro señaló el niño, y luego a mí, preguntándome si yo tenía algún hijo. Señalando a mi anillo y luego a una joven cercana, decía «Pusuaul», que quiere decir «chica» en laosiano, y yo me froté los ojos, como si llorase. La anciana parecía a su vez a punto de llorar. Saber que alguien se preocupaba realmente por mí me proporcionó una cálida sensación. Me recosté contra la pared de la cueva y di una cabezada.

HUTCHINSON PICTURE LIBRARY

ARRIBA: *En tiempo de guerra se pierde muy pronto la inocencia infantil. Estos soldados-niños del Pathet Lao en Vientián van a tener muy pronto oportunidad de luchar y morir.*

Cuando me desperté, me habían traído una bola de arroz frío y un cuenco con una espesa salsa verde y roja. Sin darme cuenta de que eran guindas, di un bocado al arroz cubierto de salsa y me lo tragué. Las lágrimas brotaron de mis ojos y sentí como si mi cabeza fuera a estallar. Aplasté el resto del arroz dándole la forma de un pastelillo plano y me lo guardé en el bolsillo de la chaqueta. Los guardias me ataron y nos marchamos.

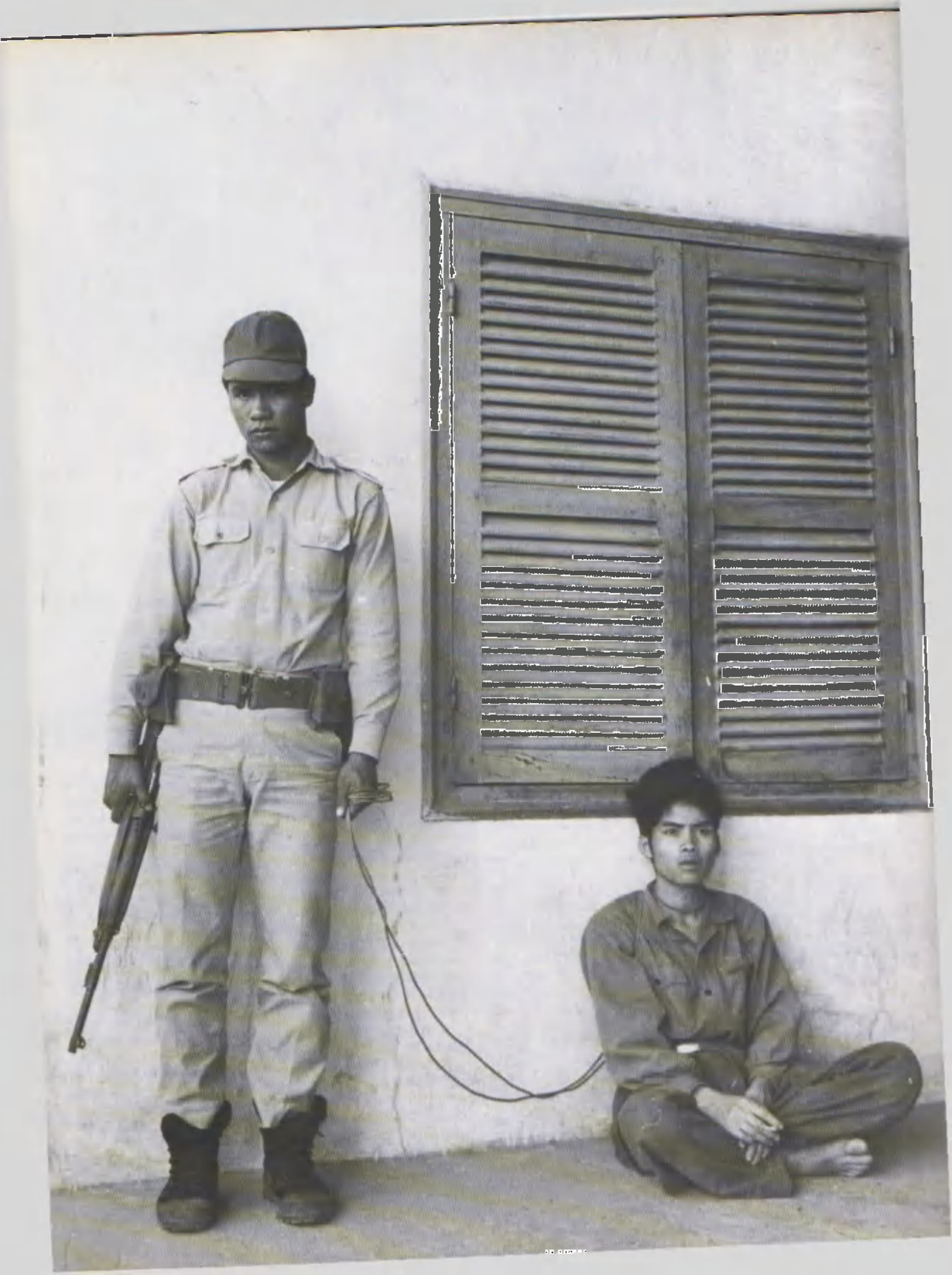
> Caminé hacia él con la sangre hirviéndome por dentro, y retrocedió. Un disparo junto a mis pies me detuvo y él empezó a reírse.

El sol pegaba fuerte y caminábamos por un horno. Quería quitarme la chaqueta y la camisa, pero las cuerdas estaban atadas encima y no podía hacer parar al grupo. La botella de agua golpeaba contra la cremallera de mi chaqueta. La había llenado con agua cristalina en el pueblo y como en un número de magia las pastillas de yodina habían separado un tercio del agua en un espeso precipitado.

Nos acercábamos a otro pueblo. La mayoría de las veces el jefe salía a recibirnos. En esta ocasión, sin embargo, los campesinos se acercaban desde todos los lados y cuando Bastardo les gritó algo, levantaron sus armas. Empezamos a entrar en el pueblo. Dispararon un tiro de aviso y mis guardianes se dieron cuenta de que podíamos vernos tiroteados. Inferiores en número, mis guardianes decidieron no arriesgarse.

Aunque pueda parecer increíble, entre mis guardianes y yo había crecido algún tipo de lazo, evidentemente a causa de que no les daba ningún problema. Yo esperaba que se confiasen para de esa forma escapar y parecía que estaba dando buen resultado. A veces llevaba la cuerda muy floja, hasta el punto de que realmente se caía de mis manos. En otras ocasiones tiraban el extremo suelto de la cuerda sobre mi hombro cuando los senderos de la selva eran demasiado estrechos. Tan sólo Bastardo no dejaba de hostigarme por puro odio.

«¡Bie, bie!», Bastardo señaló con su fusil en dirección a una cabaña bien construida y empezó a gritar. Cogió el extremo de mi cuerda, dando tirones, y se puso a correr, gritando cada vez



más conforme se acercaba a la cabaña. Cada vez corría más, hasta que empecé a tropezar. Intenté librarme corriendo más que él y finalmente choqué contra la cabaña de hierba derribando la pared y quedando con nada más que las piernas fuera. Tan y Ladrón me arrastraron fuera. «¡Maldito seas, Bastardo, hijo de puta!», grité. Caminé hacia él con la sangre hirviéndome por dentro, y retrocedió. Un disparo junto a mis pies me detuvo y él empezó a reírse.

Detrás de Bastardo podía verse a una patrulla entera de guerrilleros. Uno de los hombres de la patrulla se me acercó, cogió la cuerda y me guió hasta una cabaña. Antes de que entrásemos en la cabaña, vi a varios soldados más saliendo de una cueva tan bien camuflada que no me habría dado cuenta de que estaba allí si no hubiese estado mirando directamente. La cabaña estaba casi completamente a oscuras. Exhausto, me recosté junto a la pared de lado, cambiando de postura de vez en cuando para que no se me durmieran los brazos. Pensé en casa, en mis compañeros del portaviones y en mis posibilidades de salir de allí vivo. La lluvia empezó a golpear las hojas del techo, y con su sonido me dormí.

Emergiendo de un sueño, me encontré cara a cara con un soldado que estaba arrodillado junto a mí poniéndome algo similar al Merthiolate en la nariz y los labios. También me trajo un cuenco de arroz al vapor, pescado y tres plátanos. Esta fantástica cena me dio mucha fuerza. Ahora podía pensar con más claridad y mis pensamientos se hicieron más lúcidos. Fuertes gritos rompieron la quietud en la cabaña a oscuras. Una explosión cercana hizo que resonaran todos mis huesos. ¡Bombas! Me levanté, salté y, corriendo con los demás, me metí en la cueva. No sé cómo lo hice, pero inmediatamente me di cuenta de que había desperdiciado una ocasión para escaparme.

En cuclillas, entramos en la cueva. El techo se hacía cada vez más bajo y yo tenía que agacharme mucho, mientras que los laosianos casi podían permanecer en pie. Nadie me culpó por el bombardeo, yo era una víctima indefensa como ellos. Me gustaría haberme podido sentar, pero el suelo estaba cubierto de barro que nos llegaba a los tobillos. Suspiré por tener una cama o tan sólo un suelo seco.

Alguien estaba durmiendo a mi lado sobre una esterilla cuando me desperté por la mañana. Nos habíamos acurrucado uno cerca del otro durante la noche para mantenernos en calor. Había empezado a lloviznar.

El desayuno fue alimenticio y sabroso; arroz caliente, carne de algún tipo y dos plátanos, de los cuales me comí uno y guardé el otro en el bolsillo de mi chaqueta.

Me habían traído mis zapatos y mi botella llena de agua, de modo que parecía que nos íbamos a ir. Decidí caminar descalzo, pensado que el lodo debía ser bueno para las plantas de mis pies. Salí a la ahora copiosa lluvia y quedé empapado inmediatamente. Se habían formado remansos de agua sobre las enormes hojas de la cabaña y llené con ella mi boca, frotando y lavando mi rostro.

Me sentía limpio y bien y estaba sin ligaduras, con los brazos libres. Pronto, sin embargo, empecé a tiritar de frío y deseé tener mi saco de dormir impermeable. Por todas partes había escorpiones, pequeños cangrejos y sanguijuelas, para mayor abundancia de miserias, y mientras caminaba me di cuenta de que me corría sangre por los tobillos. Al quitarme los pantalones, hasta los guardias se asustaron al ver las negras sanguijuelas. Era una visión para poner enfermo a cualquiera, 100 o más de ellas trepando por mis tobillos, con la sangre fluyendo como si fuese de una herida. Intenté quitármelas, pero tan pronto como una sanguijuela se despegaba de mi tobillo, se agarraba a mis dedos, y su resbaladiza piel hacía casi imposible tener un buen punto por donde agarrarlas. Uno de los guardias vino en mi ayuda, empezando a quitarme las sanguijuelas con una varilla de bambú, arrancándolas y arrojándolas lejos.

A las 10:00 paró de llover y empezaron a verse trozos de cielo azul. Teníamos la ropa seca al cabo de media hora. Pronto la selva empezó a cobrar vida con los pájaros e insectos. Atravesamos un poblado recién bombardeado con suma precaución, ya que los bombarderos solían dejar caer también bombas con espoletas mecánicas de tiempos mezcladas con su carga convencional.

Abandonamos el país llano con sus cuadriculados de arrozales y entramos en la zona montañosa. Las montañas de pizarra eran agrestes y escarpadas, y caminando por los estrechos cañones que las separaban, en ocasiones podía tocar ambos lados con las manos. Si miraba hacia arriba, las paredes parecían juntarse.

El sendero nos llevó a través de un fangoso río rojo hasta un collado. No podía hacerme la más mínima idea de a dónde íbamos, trepando por rocas de afilados bordes. Un resbalón podía enviarlo a uno contra los filos rocosos de más abajo, donde se partiría como una sandía.

> Tenía los pies negros por las magulladuras y amarillos por los puntos infectados y llenos de pus.

Descendimos hacia un río. Vi una especie de barca de remos, a la que subieron tres de los guardias, empezando a empujarse con pértigas. Pude ver cómo el bote empezaba a dar vueltas, fuera de control. Los hombres que estaban conmigo se levantaron gritando, pero el bote ya había volcado. Rogué porque no consiguieran salirse de la situación, sobre todo Bastardo. Finalmente llegaron a la otra orilla, arrastrando el bote detrás suyo. Un aldeano hizo el camino de vuelta para recoger al resto de nosotros.

Horas más tarde entramos en un pueblo y los guardias aflojaron mis ataduras. Me habían dado tantos tirones hacia detrás con la cuerda que estaba seguro de que tenía el cuello dañado permanentemente. Cualquier movimiento que hacía, tan sólo intentar bajar los brazos, hacía que la cuerda me cortase la garganta, y por aquel entonces ya no podía emitir sonido alguno.

El pueblo era un sitio realmente hermoso. Los árboles eran de color verde oscuro y llenos de follaje, como paraguas abiertos. Los guardias empezaron a coger fruta y me indicaron que hiciera lo mismo.

A los pocos minutos de nuestra llegada, tres monjes vinieron a nuestro encuentro. Intercambiaron unas palabras con dos de ellos, y el tercero se me acercó y me dio lo que parecía una gran vaina de guisante, de 15 cm. de largo. Dentro de la vaina había numerosas habas, yaciendo en una sustancia gelatinosa que tenía el sabor de una deliciosa mermelada. Después de ver lo mucho que me gustaban, el monje y yo fuimos hasta un árbol junto al que yacían numerosas vainas en el suelo, que yo empecé a

IZQUIERDA: *Un guerrillero del Pathet Lao hecho prisionero no denota ninguna emoción aparente. Durante muchos años, la guerra civil en Laos se ha visto estancada, sin beneficiar a nadie más que a los enterradores.*

recoger y devorar. El monje se frotó el estómago intentando decirme que comer demasiadas no era bueno, pero yo no había comido nada tan delicioso desde hacía mucho tiempo y no iba a dejar pasar una oportunidad como aquélla.

Caminamos sin pausas hasta que al sol sólo le quedaron unos minutos antes de desaparecer. Por la mañana, sin que yo lo pidiese, me llevaron hasta unos arbustos y dos guardias me siguieron a cierta distancia. Luego me dieron mi ración diaria de arroz con un poco de salsa de pescado encima. Era una mañana perezosa y yo quería irme pronto, ya que tenía la impresión de que cada día que pasaba me acercaba más a alguien que hablase inglés. Me sentía terriblemente solo. Incluso si el final del viaje era la prisión, al menos tendría alguien con el que compartir mi miseria.

Mientras esperaba, estudié el estado de mi cuerpo, y en especial mis pies Tenía los pies negros por las magulladuras y amarillos por los puntos infectados y llenos de pus, y la uña del dedo gordo del pie derecho estaba casi desprendida. Tenía algo redondo en el zapato izquierdo, que resultó ser una gigantesca sanguijuela, repleta de mi propia sangre. La cogí entre mis dedos y brotó un fino reguero de sangre de cinco centímetros de su cuerpo. Aplasté la sanguijuela contra una piedra, pero rápidamente deseé no haberlo hecho. Quizá la mancha roja fuera algún tipo de sacrilegio

ABAJO: *Un civil herido es sacado de un avión perteneciente a Air America, la línea aérea controlada por la CIA que opera en todo el Sudeste de Asia.*

Ya había estado a punto de tener problemas a causa de los tabús y supersticiones imperantes en Laos El día anterior, un campesino me había dado unos plátanos y yo se los había cogido con la mano izquierda, ante lo cual sacó su machete y puso la hoja contra su garganta para mostrarme que me iba a cortar la cabeza. El barullo atrajo a Ladrón, quien tuvo que explicar que como extranjero desconocía la clase de insulto que había proferido aceptando algo con la mano izquierda

> Cogí su mano y la sacudí violentamente. Mi felicidad al encontrar a alguien con quien hablar era indescriptible.

Al final nos fuimos. Afortunadamente, íbamos despacio, como si quisieran perder tiempo deliberadamente. Los pies me estaban causando problemas y cada paso que daba me hacía proferir un lamento. Cuando nos detuvimos a descansar, disolví dos tabletas de yodina en un poco de agua y me froté los pies con la solución. Al principio no sentí nada, pero luego empecé a sentir pinchazos. Finalmente me ardían tanto que tuve que lavarlos bajo un chorro de agua para que el dolor fuese al menos tolerable. Estaba seguro de que había destruido literalmente cualquier infección.

Mientras caminábamos, pude ver que la caja de tabaco de Bastardo tenía un pequeño espejo Si conseguía hacerme con él tendría una verdadera oportunidad de ser rescatado

HUTCHINSON PICTURE LIBRARY

«Comment ca va?» Me quedé mirando con incredulidad al hombre del que procedían estas palabras. Podría haber sido cualquiera caminando por una calle en San Francisco, ya que incluso su aspecto era europeo. Tan pronto como superé la sorpresa de oír hablar en francés, cogí su mano y la sacudí violentamente. Mi felicidad al encontrar a alguien con quien hablar era indescriptible.

Caminamos juntos hacia una especie de porche que formaban las rocas. Había escalones esculpidos en la roca que llevaban a la parte cubierta por el saliente. Tras haber subido hasta allí, me dijo que me podía sentar. Un hombre apuesto y de tez bronceada por el sol subió detrás nuestro. Estrechó mi mano, preguntándome en francés cómo estaba.

«¡Bien!», le contesté. Deseé haber estudiado mejor el francés en el colegio. Tenía mil preguntas que hacerles, pero la verdaderamente importante era: ¿Qué van a hacer conmigo?

Mis guardianes subieron los escalones y se sentaron a nuestro lado, asintiendo constantemente mientras el hombre más bajo, que resultó ser el jefe provincial, les hablaba. Señalé las marcas que la cuerda había hecho en mi cuello. Me quité los zapatos y le mostré mis pies, señalando a Bastardo. Al momento el jefe llamó a un soldado, que trajo una cartera de cuero con un botiquín de campaña dentro. El soldado sumergió un aplicador en una suave solución de Merthiolate y empezó a pintarme los pies con ella.

El jefe quería saber mi edad y se lo dije:

—Veintiocho años.

—Tiene usted un extraño acento. ¿De dónde es? —me preguntó.

—Alemán —le contesté.

Abrió la boca con sorpresa y me señaló con un dedo:

—Yo he estado en Stuggart...

—Stuggart —dije yo—. De allí es de donde soy.

Realmente, Calw está a unos 40 km. a las afueras de Stuggart. Volvimos a estrecharnos las manos con fuerza, y él empezó a describirme con detalle la ciudad.

> Me cogieron del pelo por detrás y me levantaron la cabeza hasta que la tuve cara a cara con un soldado.

En ocasiones no les entendía a causa de mi pobre francés, pero sentí que tenía un amigo. Me preguntó cómo me sentía y le dije que estaba seguro de que podría comer algo que no fuera arroz. Me quejé de la forma en la que los guardias me habían tratado, y él les recriminó su actitud.

Volvió a dirigirse a mí con suavidad.

—¡Qué angustiada debe estar tu pobre madre! Ya que somos amigos y eres alemán, te dejaré escribir un par de cartas, una a tu madre y otra a tu esposa.

Dio una orden en laosiano. Al cabo de unos minutos llegó una anciana y le entregó al jefe un pequeño cuaderno azul. Arrancó un par de páginas y me las dio. Le dije que no tenía nada para escribir y me alargó una pluma sacándola del bolsillo de su camisa; una gruesa pluma como las que suelen encontrarse en Estados Unidos. «¡Americana!», dije yo sorprendido. Agitó los dedos repitiendo: «China, China.»

La última página del bloc estaba impresa en inglés, una tabla de medidas en el sistema métrico y el sistema troy. Hasta el más débil recuerdo de cómo habían sido las cosas me sorprendía. «Americana, americana», murmuré asombrado. «No, no. China», contestó el jefe. En la parte inferior de la página, impreso con pequeñas letras, podía leerse «Made in China». La pluma tenía la misma inscripción.

El jefe dijo algo acerca de hacer una foto y salió, volviendo con una cámara Voightlander Vito-B alemana.

«¡Una cámara alemana!», dije, sorprendido de nuevo. «¡China!», me contestó, pero aquello sí que estaba seguro de que era alemán. Tenía muchas cosas que decir, pero no quería escribir nada que pudiese ser utilizado como propaganda; escribí la carta a mi madre en alemán y con letra muy apretada a Marina, sin dejar espacio para que pudieran insertar nada.

Mientras escribía, el jefe y yo estuvimos hablando de Alemania y de cómo había ido a vivir a Estados Unidos. A cada momento se le veía más agitado:

—¿Cómo has podido caer en la trampa de los norteamericanos? Ellos fueron quienes mataron a tu padre y arrasaron vuestras ciudades, y ahora estás dando tu vida por ellos.

Finalmente acabé las cartas y puse mi nombre en mayúsculas en la parte inferior, ya que no quería darles nada que copiar.

Como cena me ofrecieron dos pequeños huevos y un poco de azúcar con el arroz. Estaba feliz pensando en qué hombre tan encantador era el jefe provincial. Mientras comía, cambió de sitio e inclinándose hacia mí me dijo en voz baja: «Te liberarán dentro de dos semanas, pero debes prometerme que regresarás a Alemania.»

Asintiendo rápidamente, a pesar del dolor de mi cuello, intenté decirle en mi entrecortado francés que podía apostar su vida en ello.

Me alargó un par de sobres azules, didicéndome que no los cerrara, pues sus superiores querrían leer las cartas. Tan sólo había usado dos páginas para las cartas y guardé el resto en mi bolsillo.

—¿A dónde vamos a ir ahora? —le pregunté.

—Te encerrarán con otros siete norteamericanos hasta tu liberación.

Estaba encantado al pensar que tendría ocasión de hablar con otros en inglés.

—¿Dónde están ahora? —pregunté.

—Oh, a más o menos un día y medio de camino desde aquí —contestó, preguntándome a continuación—: ¿Tienes algo de dinero?

Pensé que era mejor no decirle nada de los 200 dólares que todavía guardaba en los zapatos y le mostré sólo los 13 dólares de mi cartera.

—Te los podemos cambiar por «kip», la moneda de Laos. En el campamento podrás usar estos «kips» para comerciar con los guardias y comprar pasta de dientes, pollos, papel y cosas por el estilo.

El jefe calculó la cantidad que representaba mi dinero en «kips», contándolos lentamente y dándome un fajo de billetes de 2,5 cm de espesor.

Doblé el fajo y me lo puse en el bolsillo junto con el azúcar que me había sobrado, que había guardado cuidadosamente envuelto en un trozo de papel. Los guardias me contemplaban con envidia. Al cabo de unos minutos, uno de los guardias nos trajo un par de «cabangs» (velas de junco, hechas con brea y envueltas en hojas de árbol), que hacían más humo que otra cosa. Un campesino de hermosa voz empezó a cantar. Lágrimas de felicidad corrían por mis mejillas, ¡era tan agradable tener a alguien de tu lado!

Trajeron agua caliente y una anciana y otro hombre me ayu-

daron a lavarme, poniéndome de nuevo algo parecido a Merthiolate en las heridas. Cuando estuve limpio y hube comido un poco de arroz, caí dormido, totalmente exhausto.

El hijo del jefe me despertó por la mañana temprano El propio jefe llegó a las 11·00 aproximadamente. Estuvo muy jovial, estrechando mi mano. Había salido el sol y todo parecía magnífico. Me ofreció un cigarrillo diciendo: «Chino», y luego me dijo que firmase una declaración denunciando los bombardeos.

—Comprendemos que eres un soldado, pero no debes avergonzarte de decir lo que sientes realmente, que no deseas la guerra. ¿No has tenido ya suficiente? Tu madre perdió a su marido a causa de los norteamericanos y ahora le causas, no tú, Estados Unidos, mucho dolor. Quédate con nosotros y no vuelvas a la guerra —me repetía una y otra vez.

—Puedes vivir en China. Te diré lo que vamos a hacer: Iremos hasta Hanoi y desde allí te llevaremos a Pekín; no te diremos nada, puedes ir y verlo por ti mismo. Comerás y dormirás con nuestra gente y te darás cuenta de que son buenas personas y que su intención no es causar daño a nadie. —Volvió a alargarme el papel, pero negué con la cabeza.

Los guardias me agarraron y corrimos durante una media hora De súbito se detuvieron y me tiraron al suelo. Intenté luchar, pero sólo conseguí enfurecerlos más y que se pusieran más violentos. Ataron una cuerda alrededor de mis tobillos, pasaron el extremo sobre la rama de un árbol y estiraron hasta que quedé colgado boca abajo Entonces se pusieron a golpearme con sus rifles y palos. Vi las estrellas hasta que perdí la conciencia; volví a recobrarla y volví a recibir lo mío, hasta que volví a desmayarme y no desperté hasta que me tiraron un cubo de agua encima. Todo lo que podía hacer era agitar los brazos y piernas, mientras uno de ellos me daba patadas con saña En-

ABAJO: *Una casa laosiana, levantada sobre postes para protegerla de las inundaciones que se producen en la estación de los monzones.* DERECHA· *Un soldado del Pathet Lao pasa el rato jugando a las damas.*

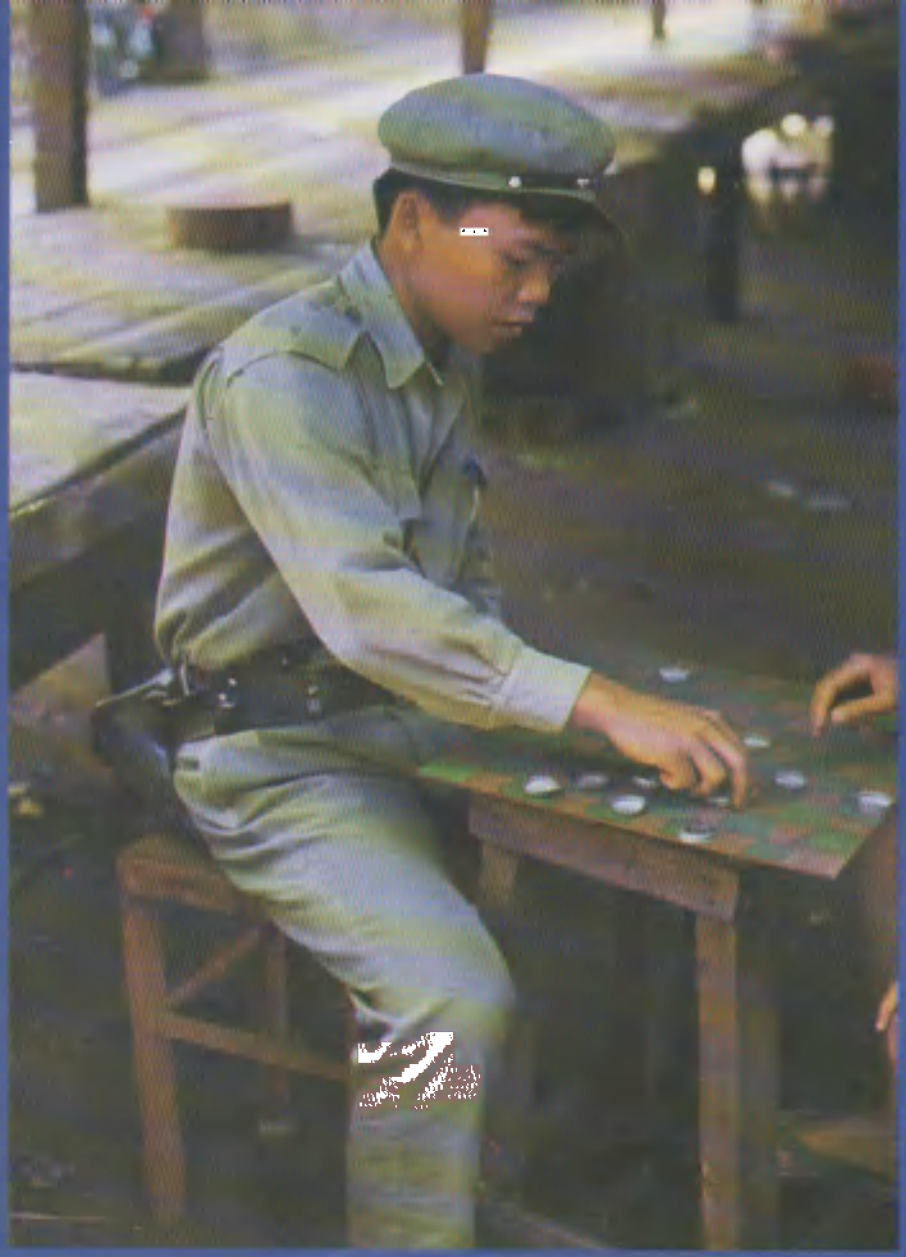
tonces me cogieron del pelo por detrás y me levantaron la cabeza hasta que la tuve a la altura de la cara de un soldado, mientras tosía intentando respirar con toda la sangre y líquido que corría por mi garganta y me salía de la boca. Volvió a empezar la paliza y me desmayé por un fuerte golpe desde detrás. No sé cuánto tiempo continuaron, pero al recobrar el sentido me habían bajado y yacía en un charco de fango rojo y pegajoso. Al principio pensé que estaba muerto, pero entonces un dolor agudo recorrió mi cuerpo y cerré rápidamente los ojos, esperando que no se hubiesen dado cuenta de que estaba consciente. Una fuerte patada en la espalda me hizo gritar de dolor, y volvieron a echarme agua encima. Ahora podía ver mejor al caer la sangre por mi cara en lugar de hacia mis ojos. «¡Tengo que tragarme esta sangre! —pensé—. No puedo permitirme perder más si algún día quiero volver a casa.»

Esperaba un avión; esperaba que apareciesen Norm, Spook y el resto del grupo con sus Skyraiders con cañones de 20 mm. para matarnos a todos y borrar aquel lugar del mapa

Los campesinos trajeron un búfalo. Me ataron al animal y lo azuzaron para que corriera. Al principio corrí detrás, pero tenía las piernas atadas y no podía dar más que cortos pasos. A los guardias les pareció muy divertido. De vez en cuando uno de ellos se acercaba y me empujaba; cuando el animal me había arrastrado cierta distancia, lo detenían y me ponían de pie, sólo para verme caer de nuevo al cabo de un momento.

Ya era cerca del anochecer. La paliza cesó, y de nuevo me ofrecieron el papel para que lo firmara, a lo que de nuevo rehusé. No me quedaban fuerzas, pero todavía tenía deseos de vivir. Estaba enfurecido, tan enfurecido que a la menor oportunidad los hubiera matado a todos, incluso al jefe, quien me figuraba que era el que había dado la orden

Intentaron mantenerme despierto hasta bien avanzada la noche, golpeándome cada vez que cerraba los ojos La noche iba pasando y los guardias se relevaban el uno al otro. Finalmente me dejaron solo. Empecé a llorar y llorar hasta que caí dormido.



BRIDGEMAN PICTURE LIBRARY

Capítulo 3

ESCAPADA

CAPÍTULO 3 ESCAPADA

La estremecedora penumbra del amanecer se llevó consigo las sombras. Yo me preguntaba si estaba realmente vivo. Tenía fiebre y cuando intenté incorporarme una punzada de dolor recorrió todo mi cuerpo. Estaba solo y no me habían atado porque sabían que el dolor me mantendría quieto. Entonces entró uno de los guardianes y me indicó con señas que debíamos proseguir el camino. Yo creía que no iba a resistir ni una hora. Antes de marchar me dieron arroz caliente y una ración superior a la habitual de pescado fermentado. Masticar me producía un dolor tan intenso que sólo pude comer un par de bocados. Con el resto del arroz hice una bola y me la metí en el bolsillo.

Los guardianes tenían que darme empujones constantemente porque no podía mantenerme en pie. Paramos para descansar a menudo, pero nunca lo suficiente para que yo pudiera recuperar un poco de mis fuerzas. Después de caminar unas cuantas horas llegamos a un poblado quemado, no precisamente por el fuego de las bombas. Una línea blanca cruzaba el sendero de parte a parte y los guardianes no la traspasaron. La raya blanca indicaba que aquel sendero llevaba a un poblado infestado de lepra.

Aquel día me pareció interminable y me desmoroné varias veces. A última hora de la tarde, cuando por fin llegamos a un poblado, unos gritos de *«Bo me kao»* (no hay arroz) nos obligaron a proseguir la marcha. Al cabo de una milla encontramos una arboleda con matorrales. De repente los guardianes empezaron a correr arrastrándome a mí con ellos. Corrimos hacia unas plataformas —restos de viejas cabañas— y nos montamos en ellas. Teníamos las piernas negras, completamente cubiertas de piojos. Los había a miles. Me olvidé del dolor que sentía y me concentré con todas mis fuerzas en intentar librarme de aquellos diminutos parásitos.

> Los dos roncaban. Yo me había despertado de pronto y me sentía completamente despejado, con los ojos muy abiertos y todos los músculos en tensión.

Me estaba sacudiendo pulgas de mi saco de dormir cuando vi un machete abajo, en el suelo. El mango estaba podrido y la hoja oxidada, pero todavía se podía utilizar. Dejé resbalar mi saco por el borde de la plataforma para que cayera encima del machete. Entonces llamé a los guardianes y, señalando el saco, les di a entender que lo iba a recoger. Tan pronto como llegué al suelo las pulgas volvieron al ataque, pero yo ni me di cuenta porque sólo pensaba en apoderarme del machete. Recogí el saco y el machete de un solo movimiento. Me até el saco alrededor de la cintura, como hacíamos siempre, deslicé el machete en un pliegue ancho de tela que me había quedado delante del estómago y subí de nuevo a la plataforma.

Cayó la noche, pero no llegaba nadie. Los guardianes, que cada vez estaban más intranquilos, dispararon al aire. Finalmente vimos que alguien se nos acercaba haciendo señales con la llama de un mechero. Entonces echamos a andar en la oscuridad, apretujados los unos contra los otros —uno de los guardianes había puesto sus manos encima de mis hombros y yo, por mi parte, tenía las mías en los hombros de Bastardo—. Empezamos a subir por una cuesta, que tenía un desnivel de unos 60 grados, con dificultad. Teníamos que soportar raíces y res-

balábamos sobre la tierra húmeda. Como todo el mundo se caía constantemente yo pensé que aquélla sería una buena ocasión para robarle el espejito que Bastardo tenía en la tabaquera. La llevaba siempre en el bolsillo izquierdo, en la pechera. Yo comencé a balancearme y a tropezar con las raíces a propósito, cogiéndome a él y pegándome a su cuerpo, mientras intentaba abrirle el botón del bolsillo. En una de las caídas, le cogí rápidamente la pequeña tabaquera.

Apoyé mi cabeza con fuerza sobre su cuello, pasé los brazos por encima de sus hombros —para que me sintiera cerca— y trabajé rápidamente con las manos a sus espaldas. Yo creía que el espejito estaría suelto, pero estaba firmemente encajado en un marco que había en la tapa de la cajita. Forcé la tapa para delante y para atrás hasta que se rompieron las bisagras. Saqué

el espejito del marco y lo pegué a la bola de arroz que llevaba en el bolsillo. Entonces tenía que deshacerme de las dos mitades de la tabaquera, pero no me atrevía a tirarlas porque pensaba que el ruido alertaría a los guardianes. Y lo que hice fue dejarlas caer al mismo tiempo que yo también me caía y lanzaba un fuerte grito para disimular el ruido de la caja al dar con el suelo Me salió bien.

Me quedé horrorizado al ver que nos parábamos a descansar no muy lejos de allí. Bastardo fue a coger su tabaco y cuando se dio cuenta de que la cajita ya no estaba en su bolsillo, se levantó de un brinco y se puso a echar maldiciones. Le gritó al hombre que nos guiaba que le prestara su mechero y empezó a buscar, tocándose la carterita del bolsillo como si pensara que había olvidado abrochársela. Cuando al mechero se le acabó el combustible se tuvo que conformar con la chispa de la piedra.

ARRIBA: *La belleza del paisaje es engañosa. Con el país enzarzado en una sangrienta guerra civil y el Vietcong usándolo como santuario, Laos era un lugar nada apacible.*

El corazón casi se me salía del pecho. Tenía miedo de que Bastardo rehaciera el camino y encontrara los restos de la cajita. Siguió buscando un rato por allí, pero la chispa de la piedra le proporcionaba tan poca luz que era prácticamente imposible encontrar algo. Seguimos la marcha y Bastardo no dejó de maldecir hasta que llegamos a un poblado.

El poblado estaba tranquilo y no nos salió a recibir el típico perro. Tuve el presentimiento de que aquella sería mi noche para escapar. Alguien que llevaba un «cabang» nos guió hasta

CAPÍTULO 3 ESCAPADA

una choza. Estaba levantada unos cinco pies del suelo y tenía un techo de una sola vertiente. Como de costumbre, Ladrón me sacó los zapatos y los colgó en el armazón de la choza, a mi derecha. Después él y Bastardo me ataron con poca maña. Mientras lo hacían yo levanté un poco el cuerpo y los brazos para que la cuerda quedara floja. Se tumbaron a mi lado, uno a la izquierda y el otro a la derecha, y al cabo de pocos minutos ya estaban durmiendo.

Hubo un momento en el que Ladrón, en sueños, me golpeó para que me levantara. Los dos roncaban. Yo me había despertado de pronto y me sentía totalmente despejado, con los ojos muy abiertos y todos los músculos en tensión Con mucho cuidado deslicé mi brazo derecho por debajo de la cuerda floja, me libré de ella y, lentamente, me senté. Desatarme los tobillos era más difícil porque estaban sujetos con nudos corredizos y la cuerda estaba atada a cinco pies por debajo de la plataforma. Aunque lo intentaba con todas mis fuerzas, no podía sacar ninguno de los dos pies y no tenía el machete a mano.

El suelo de bambú estaba seco y rechinaba y chirriaba con el mínimo movimiento. Volví a tumbarme, lentamente, y permanecí quieto durante unos minutos. Entonces, con toda la fuerza que fui capaz de hacer, levanté las dos piernas a la vez. Los nudos corredizos se estrecharon dolorosamente sobre mis tobillos, pero la cuerda cedió desde abajo. Ladrón se había despertado, pero mis ronquidos fingidos le tranquilizaron y volvió a dormirse profundamente.

Entonces fui hacia el borde de la plataforma, rápidamente y sin hacer ruido, y me deslicé hacia el suelo. No se apreciaba ningún movimiento Cogí mis zapatos con cuidado y tiré de mi saco, pidiendo interiormente con todas mis fuerzas que no se enganchara en ningún saliente.

> Se me habían metido tres garrapatas debajo de la rodilla derecha. Las dos primeras me las pude sacar fácilmente, pero la tercera había penetrado demasiado.

En medio del sendero pude ver la cara de un nativo, que se iluminó cuando el hombre hizo una calada de su pipa. El también me vio y yo me quedé helado. Me miró fijamente, se levantó, se volvió de espaldas y se metió silenciosamente en su choza. Yo pensé que quizás había ido a coger un arma. Preferí no quedarme para saber la respuesta. Salí corriendo por el sendero iluminado por la luz de la luna, recorrí un par de cientos de pies y me paré a escuchar. No había ningún ruido inusual Abandoné el sendero y bajé por una cuesta muy empinada. Me clavaba pinchos en los pies pero continué descendiendo descalzo porque no quería empezar a dejar las huellas de mis zapatos tan cerca de mis perseguidores Caí en un charco lleno de barro y todo mi cuerpo quedó cubierto de sanguijuelas al instante Pero no notaba ningún dolor, ni tampoco tenía tiempo para pararme. Sólo sentía el frío de la noche y la emoción de estar libre.

Después encontré un sendero estrecho que no tendría más de un pie de ancho. Por allí podía ir deprisa y sin complicaciones. Pasé cerca de una mesita encima de la cual había un trozo de bambú cortado en forma de flecha que señalaba en la dirección por donde yo venía. Seguí andando y al poco rato pasé por encima de un árbol caído que tenía la corteza blanca por la luz de

la luna. Por aquel entonces ya había aprendido bastante sobre la jungla como para saber que, de noche, era un lugar relativamente seguro a menos que me metiera en algún poblado.

Al cabo de unas dos horas de seguir aquel sendero volví a encontrar la mesa con la flecha de bambú encima y después el árbol con el tronco blanco atravesado en el camino Había recorrido una distancia considerable pero en círculo. El poblado del cual me había fugado se hallaba solamente a unos pocos cientos de yardas colina arriba.

Abandoné el sendero y empecé a andar por entre la maleza hacia la silueta borrosa de una montaña que podía distinguir de lejos. Pensé que lo mejor sería subir a ella por la mañana temprano para poder hacer señales con el espejo a los aviones que pasaran. Me quedé enredado en unas zarzas y tardé lo mío en librame de ellas. Después aparté algunas piedras, extendí mi saco de dormir y me metí dentro de él con la cremallera bien cerrada para descansar.

Me desperté antes de que la luz empezara a filtrarse por entre el espeso follaje de los árboles de la jungla ¡Qué placer mear sin que nadie me vigilara! No perdí ni un minuto. Seguramente los guardianes ya me estarían buscando Si podía llegar a la montaña antes de que me encontraran, estaría a salvo.

Pasé por una charca de aguas mohosas y malolientes cuyos bordes estaban marcados por millones de sanguijuelas y renacuajos en constante movimiento. No parecía ofrecer muchas garantías para beber, pero pensé que adonde yo iba no habría agua. Me tendí boca abajo y bebí todo lo que pude, maldiciéndome a mí mismo por no llevar la cantimplora

ARRIBA: *Cuando la guerra civil hace estragos por todo el país, incluso las más insignificantes tareas domésticas requieren protección armada. Un soldado del Pathet Lao protege un corral de gallinas en Vientián.*

La montaña era realmente enorme Si podía llegar hasta la cima, estaría a salvo y algún helicóptero de rescate podría acercárseme sin temor a una emboscada. Al pie de la escarpadura había una pendiente suave cubierta de hierba de elefante que terminaba bruscamente delante de una fría pared de roca gris que se elevaba verticalmente hacia el cielo. Fui ascendiendo lentamente, con los dedos llenos de cortes que sangraban A medio camino me tomé un descanso, sentándome a horcajadas en un árbol que había crecido en la roca. Se divisaba una vista magnífica. A mis pies se extendía una amplia alfombra verde salpicada de monos y orquídeas blancas que parecía sacada de un cuento de hadas. El sol apenas había alcanzado el horizonte y la sed empezaba a preocuparme.

«Americale! Americale!» Pensé que los laoianos me estaban llamando. Y me dije: «Están locos, si creen que voy a responder.»

La pendiente ya no era tan acusada, pero todavía formaba un ángulo de unos 70 grados A mis espaldas había un desnivel de unos 400 metros y mis piernas empezaron a flaquear; casi no podía controlarlas. Ahora la ladera de la montaña ya no era una superficie rocosa uniforme, sino que estaba formada por hileras de aristas puntiagudas. Entre la hilera y la siguiente había solamente una distancia de tres o cuatro pies, pero las separaban grietas de hasta 50 pies de profundidad. A veces, me agarraba a alguna enredadera, me colocaba al borde de la grieta, me daba impulso y conseguía cruzarla dando un gran salto.

A última hora de la mañana llegué a una pequeña repisa de cuatro pies por diez, pero para poder sentarme en ella tuve que utilizar uno de mis zapatos como cojín porque estaba cubierta de rocas muy afiladas. El espejito se hallaba todavía en perfecto estado y yo me dispuse a esperar a los aviones

Me saqué la chaqueta y la camisa y me cubrí la cabeza con el saco de dormir Me dediqué a examinarme el cuerpo y los pies. Los tenía cubiertos de cardenales y de cortes, algunos de los cuales se habían infectado. Se me habían metido tres garrapatas debajo de la rodilla derecha Las dos primeras me las pude sacar fácilmente, pero la tercera había penetrado demasiado y la dejé para el médico del portaviones.

En otra repisa que se hallaba a unos 20 pies más abajo había algunos matorrales. Pensé que podría hacerme un pequeño refugio cortando algunas ramas y poniendo mi saco de dormir encima. Mientras descendía vi una planta carnosa que crecía por entre las rocas. Con el machete separé un trozo de las raíces. Era carnosa y jugosa. Me llevé un pedazo a la boca para sorber el jugo, pero tan pronto como hinqué los dientes en ella sentí un extraño hormigueo en la boca, parecido al provocado por una inyección de novocaína. La escupí en seguida y, sin pensar en lo que hacía, dejé caer mi machete por una grieta. Era un veneno de acción rápida. La boca se me hinchó inmediatamente, tanto que casi se me cerraba sola. Intenté limpiármela con la camisa, pero no pude Creía que iba a morir ahogado. No sentía ningún dolor, sólo entumecimiento. Mi nariz también había resultado un poco afectada, pero todavía podía respirar. De repente el efecto del veneno cesó y volví a notarme la boca y las mejillas.

Estaba a punto de desmayarme. Me sentía débil, la cabeza me daba vueltas y se me nublaba la vista.

Intenté llegar hasta el machete, pero lo había perdido para siempre y con él toda esperanza de refugio. No había ninguna razón para permanecer en aquella repisa y seguir preocupándome. Si pasaba un avión, me llevaría por lo menos 10 minutos subir hasta la superficie Así que volví a donde estaba antes.

Aquella mañana no pasó ningún avión volando bajo, solamente vi las blancas estelas de los reactores. Pasado el mediodía dos F-105 se acercaron volando bajo, pero cuando los vi y empecé a hacerles señales desaparecieron por entre la neblina rojiza en dirección al sur. Tenía los labios cortados por el sol y la cara quemada, pero debía permanecer en la cima. Aquel día no divisé ningún Spad, que son los que vuelan bajo y podrían haberme visto. Pasaron todavía un par de reactores y uno incluso inclinó una de sus alas, pero después volvió a recobrar el equilibrio y se marchó en dirección a Tailandia.

Sobre las tres de la tarde me di cuenta de que si no bajaba, nunca podría salvarme. Tenía muchísima sed. Estaba a punto de desmayarme. Me sentía débil, la cabeza me daba vueltas y se me nublaba la vista. Durante el descenso me resbalé y caí varias veces. Tenía que agarrarme a la enredaderas que colgaban por delante de mi cara como si fueran cuerdas. Las manos me sangraban pero no sentía dolor alguno, sólo tenía mucha sed y deseaba alejarme de aquel sol abrasador que me estaba ma-

tando Una vez caí dentro de una grieta y me quedé tendido en el suelo observando el pedazo de cielo que se abría a unos 30 pies encima de mí seguro de que jamás me levantaría. Después de un descanso conseguí salir de la grieta, con un doloroso esfuerzo de mis músculos, agarrándome a las enredaderas.

El techo de la jungla cada vez estaba más cerca. Yo sólo pensaba en llegar hasta aquellas hojas oscuras porque estaba seguro de que allí habría agua. Ya no pensaba en los aviones; tenía una idea fija· el agua.

Llegué a duras penas, resbalando y tropezando a cada paso, hasta la charca de aguas marronosas y espumosas. Me dejé caer en el agua y bebí tanto como pude, sin importarme para nada los renacuajos. De pronto, un dolor agudo paralizó todo mi cuerpo De repente estaba rodeado de un grupo de hombres que chillaban, saltaban y disparaban Me daban con pies y puños en la cara y yo no podía mantener mis ojos abiertos el tiempo suficiente para ver lo que estaba sucediendo. Me pasaron una cuerda alrededor de los brazos y dos guardianes tiraron de ella con fuerza. haciendo palanca con mi espalda. Me levantaron hasta que quedé arrodillado, me pasaron la cuerda por el cuello y después rodearon con ella mis tobillos tirando con todas sus fuerzas. Bastardo estaba a unos dos pies a mi derecha y me golpeaba con una larga vara gritando como un energúmeno.

La noticia de mi segunda captura atrajo a más soldados y todos se desfogaron conmigo. Bastardo desgarró mis bolsillos, arrancando el forro de piel. Tiró la bola de arroz por entre unos matorrales. Afortunadamente, no vio el espejo.

Empezaron a correr y yo iba arrastrándome por el suelo. Siete de ellos iban delante de mí, los otros estaban detrás.

Tenía los brazos insensibles, como muertos. Bastardo empezó a pegarme otra vez mientras 20 soldados más tiraban de la cuerda. Uno de ellos vino corriendo hacia mí; llevaba la rabia y el odio grabados en la cara. Intentó darme en la cabeza con la culata de su fusil, pero yo la aparté y me golpeó en el hombro. Al golpearme el arma se disparó y un soldado cayó de espaldas mientras lanzaba un alarido Había resultado herido en las dos piernas y sangraba abundantemente. Hubo unos momentos de confusión. Yo, tendido en el suelo y amordazado. pensé que me quedaban pocos minutos de vida. Bastardo volvió, aflojó la cuerda que me ataba los brazos, introdujo un bastoncito en la atadura y empezó a darle vueltas. La cuerda cada vez me apretaba más y yo me puse a gritar de dolor, pero la cuerda que me rodeaba el cuello convirtió el chillido en un barboteo. Siguió dándole vueltas hasta que me pareció que me había arrancado el brazo. Entonces aflojó un poco el bastón y me puso otro en el otro brazo. La sangre me bajaba por el brazo y me provocaba un cosquilleo. Volvió a tensar la cuerda y sentí solamente dolor.

Entonces alguien me ató las manos y empezó a arrastrarme sendero abajo. Después me colgaron cabeza abajo de un árbol y me golpearon hasta que perdí los sentidos. Cuando volví en mí, vi un charco de sangre en el suelo, justo debajo de mi cabeza y, de repente, noté el sabor de la miel que uno de los guardianes había esparcido por mi cara Entonces llegó otro con un hormiguero, una bola negra del tamaño de una sandía. Cuando aplastó la bola negra contra mi cara grité y sacudí la cabeza, y cientos de bichos negros e irritados se desparramaron por todo mi cuerpo. Me desmayé.

Lo primero que recuerdo es que estaba tendido boca arriba en un porche, rodeado de soldados, algunos sentados y otros de pie. Delante mío había el que parecía ser el jefe. Me costó un esfuerzo terrible sentarme. Ya no estaba atado, pero tenía la mano izquierda completamente insensible y no podía controlarla.

El jefe hablaba dirigiéndose a mí, pero mi cabeza estaba tan espesa que no podía ni distinguir si hablaba laosiano. Hablaba muy lentamente. Los soldados escuchaban en silencio. La cabeza de aquel hombre estaba solamente a un pie de la mía y hablaba como si yo entendiese lo que decía. De vez en cuando se dirigía a los soldados y estos asentían con la cabeza; después el hombre continuaba. Su voz aumentaba de tono gradualmente hasta que se convirtió en un chillido agudo.

De repente los otros se levantaron del suelo y empezaron a gritar con el jefe, apuntándome con sus fusiles. Yo intentaba con todas mis fuerzas mantenerme sentado porque no quería que aquel hombre se ofendiera, pero al final no pude resistir más y me caí de espaldas. El jefe empezó a hacer unos gestos como de boxeador, con los brazos en guardia y dispuesto a usar sus puños. Yo intenté ponerme las manos delante de la cara, pero mi mano izquierda estaba como muerta. Estaba realmente asustado porque en aquella tierra donde no había médicos la gangrena siempre era fatal Con gangrena o sin ella era consciente de que no soportaría otra paliza y, por lo tanto, tenía que intentar hacer las paces con mis guardianes. Quizá les podría hacer creer que no me había escapado, sino que simplemente me había perdido. Les repetí unas cuantas veces las palabras *«pai tai»* —que era lo que ellos decían cuando yo iba a hacer mis necesidades—. Después me di una palmada en el trasero y me señalé a mí mismo con el dedo. Entonces cerré los ojos y me puse a tantear con mi mano buena al frente como si fuera un ciego. Intentaba decirles que había ido a hacer mis necesidades y me había perdido Parecía que empezaban a comprender.

Finalmente me ataron y me hicieron andar por un sendero. Empezaron a correr y yo iba arrastrándome por el suelo. Siete de ellos corrían delante de mí, los otros estaban detrás. De repente, se pararon, me vendaron los ojos y un hombre me sujetó por cada lado. La venda que me cubría los ojos se aflojó un poco y pude ver que bajábamos por una pequeña pendiente donde había un agujero de unos siete pies de profundidad y tres de ancho. Con la ayuda de la cuerda me metieron en él y me dejaron allí.

Todavía tenía los brazos atados, pero intenté subir por las paredes del hoyo para separarme del agua helada que cubría el fondo, sin mucho éxito. Pude dormir un poco pero el dolor me mantuvo despierto casi todo el tiempo.

Cuando las primeras luces del alba hicieron su aparición pude distinguir las caras de mis nuevos guardianes. Uno de ellos tenía un profundo corte en el pie derecho. Me indicaron que saliera pero no pude hacerlo, lo cual les enojó. El que tenía el pie malo levantó su arma y me apuntó. Yo intenté moverme, con todas mis fuerzas, pero no lo conseguí. Estaba atascado en el agujero. Me pasaron una cuerda gruesa por debajo de las axilas y dos

DERECHA: *¿Una comida justa? En el campo de refugiados de Pak Chom, un niño Hmong contempla su cena. Las ratas, sin embargo, eran un auténtico lujo; a menudo todo lo que había era un puñado de arroz.*

guardianes tiraron de ella, pero no pudieron moverme Otros se acercaron para ayudar y finalmente me sacaron de aquel infierno.

Quise ponerme en pie pero no pude sostenerme. Dos soldados empezaron a darme masajes en las piernas, para que la sangre circulara por ellas, hasta que pude aguantarme solo.

Me dieron arroz y un poco de pescado fermentado que sabía horrible El olor que desprendía me mareaba, pero como era comida me la tragué a la fuerza. Cuando terminé, una mujer me dio un poco más de arroz. Uno de los guardianes me prestó su cantimplora. Me dijo que bebiera y se rió cuando se la devolví totalmente vacía. Entonces se fue y regresó al cabo de algunos minutos con otra cantimplora llena. También la vacié toda y cuando, por señas, me preguntó si quería más, le dije que no moviendo la cabeza.

«Pai tai», les dije. Entonces me llevaron al primer retrete que yo veía en aquel país. En realidad no eran más que dos tablas en forma de banco, pero casi me hizo sentir como si hubiera vuelto a la civilización Como tenía una mano inservible me costó lo mío bajarme los pantalones, pero los guardianes, que me esperaban a unos 50 pies, en cuclillas, mirando al suelo y hurgando los matorrales con sus rifles. se lo tomaron con calma.

Después se acercaron dos hombres con uniformes verde oscuro Estaba seguro de que eran soldados regulares de Vietnam del Norte. Inspeccionaron mis ataduras y me ataron de una forma más eficiente pero menos dolorosa que los soldados de Laos.

Con gran sorpresa por mi parte, cuando nos dispusimos a emprender el camino me devolvieron mis zapatos y mi saco de dormir. Había cuatro vietnamitas, dos con uniforme verde oscuro y dos con uniforme caqui, y tres laosianos, incluyendo a Bastardo.

El sendero ahora era más ancho y encontramos a un chico que estaba sentado encima de un grueso tronco Llevaba un botiquín de la Cruz Roja colgado del hombro. Nos observó mientras pasábamos y después corrió hacia los guardias y les dijo algo. Estos movieron la cabeza negativamente, pero el chico no se dio por vencido. Finalmente los soldados me llevaron hasta el tronco y me indicaron que me sentara Durante la media hora siguiente el joven médico se dedicó a mis heridas.

Más tarde nos paramos delante de una pequeña choza solitaria en un claro del bosque. Todo el grupo nos subimos a ella y a mí me indicaron un rincón, en donde me desplomé encima de un saco. Los guardianes cortaron una planta larga y verde a trozos y luego la mezclaron con unos pocos pimientos rojos. Por aquel entonces yo ya me había acostumbrado a aquellos pimientos rojos que hacían saltar las lágrimas, y me comí la ensalada con mucho gusto.

Cuando entró un viejo con tres chicas bonitas afuera se oyó un griterío Los guardianes ordenaron a las chicas que cocinaran algo. Ellas hicieron un fuego con bambú y, tras poner un recipiente para cocer al vapor encima, se arrodillaron a su alrededor a esperar que hirviera. Yo hubiese preferido que llevasen el pecho descubierto, como las viejas.

El viejo quiso ver mi anillo. Naturalmente, lo quería para él

ABAJO. *Justicia sumarísima para un guerrillero del Pathet Lao capturado. Enterrado en el suelo, probablemente van a dejarlo a merced del sol, las hormigas y los buitres.*

REX FEATURES

y los repetidos movimientos de mi cabeza negándome a ello no sirvieron de mucho Yo estaba demasiado cansado para discutir, por lo tanto me lo saqué y dejé que lo mirara. El viejo estaba de cara a una esquina y nadie podía verle, así que se lo probó y después salió de la choza.

Entonces me acercaron un bol de arroz de un empujón. El viejo que había traído el arroz era el que se quería quedar con mi anillo. Señalaba alternativamente el bol de arroz y mi dedo y comprendí que me cambiaba el arroz por el anillo. Me comí hasta el último grano y extendí mi saco de dormir. Recé una plegaria y dormí de un tirón hasta la mañana siguiente.

Otra vez arroz, pero un arroz distinto, más ligero y esponjoso, que nada tenía que ver con el pesado y pegajoso arroz de Laos. Aunque ese arroz se digería fácilmente, en unas pocas horas ya volvía a estar hambriento.

Abandonamos el poblado y al cabo de unas 300 yardas empezamos a encontrar cráteres de bombas. Nos dimos prisa en cruzar aquella zona por miedo a encontrarnos con bombas que todavía no hubieran explotado

De pronto, sin que yo me lo esperara, llegamos a la orilla de un río. Era ancho, estaba lleno de barro y no tenía muchos sitios por donde vadearlo. Yo creía que todos los del grupo iban a detenerse y a discutir cómo cruzar el río pero no fue así. Cada cual descendió hasta el borde y echó a andar por donde le pareció, sin dudar ni un momento. La orilla estaba llena de marcas de neumáticos que llegaban hasta el agua, pero no había ningún puente. Cuando me metí en el agua noté que no me hundía sino que estaba andando por encima de algo sólido. No me extrañó que en las fotografías aéreas no se vieran puentes. ¡Todos estaban debajo del agua! El río fangoso era un camuflaje perfecto contra los reconocimientos aéreos.

Después encontramos un arroyo y, agazapados, seguimos su curso hasta una gran laguna de aguas tranquilas donde había unos enormes peces negros. El jefe del grupo cogió una de sus granadas y la lanzó al agua. Yo me tendí boca abajo, tal como ya habían hecho los otros Una tremenda explosión nos ensordeció al tiempo que nos caía encima una ducha de agua. Cuando la superficie de la laguna se hubo calmado, aparecieron muchos peces boca arriba, con los estómagos reluciendo bajo el sol. Uno de los laosianos se metió en el agua y empezó a agarrar los peces.

Hicimos fuego para ahumar el pescado y, como había tanto, dejaron que yo me preparara mi propia ración. Los guardianes frotaron hormigas rojas contra el pescado, lo cual añadió un poco de sabor a aquella carne blanca

Yo todavía estaba preocupado por la pérdida de mi anillo y le indiqué con gestos a uno de los soldados regulares que el viejo me lo había quitado. Al principio el hombre no entendía lo que yo intentaba decirle pero, de repente, todo el grupo comprendió lo que había sucedido y movieron la cabeza. Recogieron los bártulos y deshicimos el camino hasta la choza donde habíamos pasado la noche. El jefe del grupo se acercó al viejo y, sin darle ninguna clase de explicación, sacó su cuchillo y le cortó los dedos. La brusquedad y la crueldad de aquel acto de justicia me cogieron desprevenido. El soldado cogió el anillo y me lo puso en el dedo.

Llegamos a una pista nueva y estrecha a cuyo lado, entre la espesa maleza de bambú, había maquinaria de construcción La cruzamos y nos paramos al lado de un camión ruso. Los soldados regulares fueron hasta el camión y golpearon una puerta con sus armas. De dentro salió un vietnamita, frotándose los ojos como si acabara de despertarse. El hombre se vino directo hacia mí y me estrechó la mano como si fuéramos viejos amigos. Iba muy bien vestido, con un jersey americano y pantalones planchados.

Me mostró con orgullo su reloj y un anillo que él mismo había hecho con un pedazo de concha. Se dio la vuelta y regresó en seguida con una lata llena de arroz con salsa Mientras él estaba fuera, yo había descubierto más camiones, camuflados a lo largo de la pista fangosa. Pensaba que si pudiese acercarme a alguno de ellos quizá podría robar un espejo o un pedazo de cristal para hacer señales. Pero esos camiones no tenían nada que pudiera reflejar la luz, ni cristales, ni espejos, ni faros.

Estábamos todos sentados en medio de la pista cuando, de repente, todos los soldados se pusieron de pie y empezaron a correr. Yo no veía nada anormal, pero cuando nos hubimos alejado unos cientos de pies, aparecieron los primeros aviones. El suelo se resquebrajaba y a nuestro alrededor todo temblaba. Dos explosiones como yo no había oído en mi vida nos dejaron sordos y con los oídos silbando. La ola expansiva nos roció con pedazos de bambú y escombros. Los soldados se gritaban los unos a los otros mientras se sucedían las explosiones y olas de escombros nos iban cubriendo.

Cuando los aviones se marcharon seguimos tendidos todavía algunos minutos. Se oían gritos aislados de los vietnamitas Todos habíamos sobrevivido.

> Apalearon al animal lentamente hasta que murió. Esa era la forma local de ablandar la carne.

Abandonamos la pista y seguimos un camino que era tan estrecho y bajo que yo tenía dificultades para moverme por él. Por donde ellos caminaban normalmente, yo tenía que ir agachado y donde ellos tenían que agacharse yo casi tenía que arrastrarme. Bastardo, que estaba de nuevo delante de mí, dejaba que las ramas dieran con fuerza contra mi cara. Yo intenté separarme un poco de él, pero el guardián que venía detrás no me lo permitió

Nos acercamos a un poblado con mucho sigilo Cuando los guardianes estuvieron seguros de que no había nadie, empezaron a robar todo lo que pudieron encontrar Era un poblado próspero, con muchos plátanos, limones y cocos, pero aquellos soldados ponían mucho más interés en encontrar tabaco que comida. Me desataron las manos para que les pudiera ayudar.

Al cabo de un momento, ya estábamos llenándonos el estómago. Los guardianes se reían por la forma en que yo comía. Aquellos limones eran casi todo corteza y la poca pulpa que había era amarga. Me quemaban los labios resquebrajados, pero yo necesitaba vitamina C. Los cocos estaban deliciosos porque eran nuevos, y la pulpa era como gelatina.

De vez en cuando me tocaba la mano enferma buscando algún signo de vida o algún indicio de gangrena, pero no pude observar ningún cambio respecto al día anterior. Empecé a golpearme la mano contra el suelo, desesperado, como si esperara desatascar alguna articulación endurecida, pero no sirvió de nada. Los golpes no me causaron ningún daño, lo cual hizo aumentar mi preocupación porque significaba que los nervios estaban seriamente dañados o ya incluso muertos.

Por la mañana temprano llegaron unos hombres del poblado que traían una cría de cerdo que no cesaba de chillar. Uno de ellos le clavó una varita de bambú en la yugular y recogió la

En Laos, los refugiados Hmong tuvieron que soportar enormes privaciones y sufrimientos. DERECHA: *La horripilante cara del hambre.* ARRIBA: *Un pequeño que sucumbió.*

sangre en un tarro. El cerdo lanzó un solo chillido, después murió

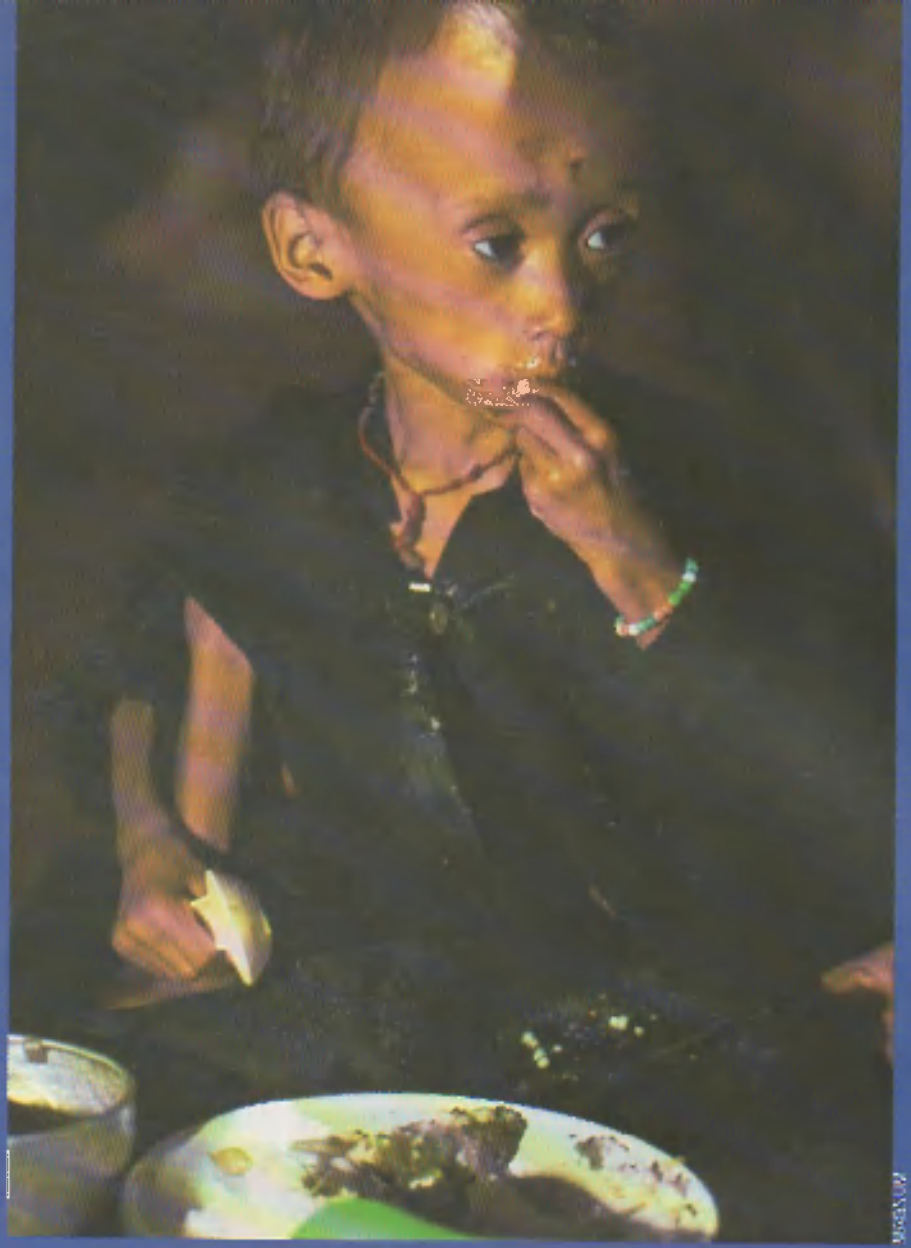
Unos días antes yo había visto cómo mataban a un perro para comérselo. Apalearon al animal lentamente hasta que murió. Estuvo lanzando quejidos hasta que sus piernas ya no lo sostuvieron. Entonces se cayó de lado y se quedó tendido en el suelo sangrando por la nariz Esa era la forma local de ablandar la carne.

Los guardianes y la gente del poblado mezclaron pimientos y sal con la sangre y se lo tragaron todo como si fuera un manjar exquisito. A mi pesar, cuando me llegó el aroma del guiso, me sentí hambriento e incluso encontré delicioso el pedazo de cerdo que me dieron junto con mi ración de arroz.

Cuando ya lo teníamos todo dispuesto para marchar, Ladrón se me acercó. cogió mis zapatos y me pidió los calcetines, que yo había escondido en el fondo del saco. Apenas habíamos andado unos pocos cientos de yardas cuando el jefe de la expedición se dio cuenta de que Ladron llevaba mis zapatos y mis calcetines. Sin previo aviso cogió un bastón y le golpeó en la cabeza mientras le gritaba que se sacara los zapatos. Después cogió los zapatos de un tirón, ató los cordones y me los colgó alrededor del cuello, señalándolos a la vez que me señalaba a mí como para darme a entender que en lo sucesivo nadie cogería mis cosas.

El sol ya se había puesto y el cielo era de un gris oscuro. Las cimas de algunas de las montañas estaban envueltas en nubes. Yo estaba seguro de que nos acercábamos al océano y podría verlo en cuanto llegásemos a la cima de la montaña. Cuando nos adentramos en las nubes, ya cerca de la cumbre, me sentí como si me envolviera la niebla de San Francisco Quizá yo tenía mucha imaginación, pero podía notar el sabor de la sal flotando en la niebla. Cuando llegamos arriba descansamos en una tosca banqueta unos minutos y después empezamos el descenso por el otro lado. Salimos de las nubes y. con gran decepción, ante mí solamente vi una sucesión de cadenas montañosas.

De repente, sin previo aviso los guardianes se pararon, me ataron más fuerte y comprobaron que sus fusiles estuvieran cargados. Empezamos a movernos más deprisa, saltando por entre las rocas del lecho de un río seco. Mientras nos acercábamos a una valla alta de bambú, más soldados vinieron a nuestro encuentro. Me cogieron y me hicieron andar delante de ellos empujándome con sus armas. Me llevaron a lo largo de la valla, que era impenetrable, medía unos 15 pies de altura y por la parte superior terminaba en unas puntas afiladas. De pronto todo se me vino abajo. Había llegado al final de mi camino: el campo de concentración.



Capítulo 4

PRISION

CAPÍTULO 4 PRISIÓN

Un guardia, con el aspecto de que alguien le hubiese golpeado en medio de la boca con una almádena, me llevó caminando hasta el otro lado de la valla. Allí, dos jóvenes guardias, ambos bizcos, estaban de pie junto a una puerta de bambú, mirándome bajo la protección de sus M-1. Al cruzar la puerta pude dar un vistazo a mi nuevo hogar.

El guardia del rostro machacado me señaló con su arma una pequeña cabaña indicándome que me dirigiera hacia allí. Mientras caminaba no pude ver ningún signo de vida, el lugar parecía muerto y desierto. La prisión, llamada Par Kung, tenía 21 por 22 pasos Había una pequeña cabaña a la izquierda de la que nos dirigíamos y otras dos cabañas en ángulo recto con la otra. La entrada de mi cabaña estaba cubierta con un tosco entramado de ramas que hacía las veces de puerta. El guardia tiró de la barra que hacía de pasador sacándola de sus ganchos y abrió la puerta

«*¡Bie, bie!*», me gritó, indicándome que me diese prisa, pero me lo tomé con calma. El guardia me empujó hacia dentro, cerrando la puerta y asegurándola con el pasador. El interior de la cabaña parecía un ataúd, sólo que más grande, tendría cuatro metros de altura y seis de largo por cuatro de ancho, y estaba muy oscura. Las paredes estaban hechas de esteras de bambú claveteado adosado a un marco de troncos, por lo que podía penetrar muy poca luz. La única cosa que había en la cabaña aparte de mi persona era una masa enredada de telarañas.

> Hablaba inglés, las primeras palabras en inglés que oía desde hacía dos semanas. Estuve a punto de echarme a llorar.

Me pareció oír un murmullo y me senté muy quieto hasta que volví a oírlo. Alguien me estaba susurrando «Hola». Me acerqué a la pared de donde parecía provenir el susurro y llamé: «¡Hey! ¿Hay alguien ahí?»

—¡Ssshh! ¡No grites! —me contestaron en voz muy baja.

—Soy un piloto de la Navy —dije.

—¿Qué dices? —contestó la voz.

—Soy piloto de la Armada, perteneciente al portaviones *Ranger* —repliqué— Me llamo Dieter.

Escudriñé por el agujero en la pared y apenas pude ver la mitad de una cara cubierta de pelo.

—Yo soy piloto de helicóptero. De la Fuerza Aérea Me llamo Duane —contestó el rostro barbudo.

De repente me di cuenta de que era norteamericano y me estaba hablando en inglés, las primeras palabras en inglés que escuchaba en dos semanas. Estuve a punto de echarme a llorar.

—¿Desde cuándo estáis aquí? —pregunté.

—Los otros chicos llevan dos años y medio, yo nueve meses —dijo Duane.

—Me dijeron que estaría libre en diez días.

—¿Quién te dijo eso? —dijo una voz rápida y ansiosa

—Un tipo que hablaba francés, un jefe provincial o algo parecido; hace ocho días. Dime: ¿cuántos prisioneros estamos aquí?

—Hay otros cinco. Pertenecen a Air America, o mejor dicho, pertenecían.

Justo entonces el guardia de la cara desfigurada, cuyo apodo era «Nook The Rook» (Nook el fullero), entró en el cercado

llevando un pesado trozo de madera, de un metro de largo, 10 centímetros de ancho y veinticinco de alto, con un agujero oval cincelado en el centro. Nook abrió la puerta y tiró la madera adentro enfrente mío. Cogió uno de mis pies y empezó a estirar de él acercándolo a la madera.

—¡No vas a meterme ahí, bastardo! —le grité en inglés.

—Será mejor que te lo pongas —me llegó la advertencia de Duane—; si no lo haces, te disparará en la pierna.

Atraje el bloque hacia mí y con un largo palo puso un calzo para fijarlo a mis pies. Al final salió, cerrando la puerta y riendo mientras se alejaba.

No dije una palabra, me limité a sentarme contemplando mis aprisionados pies y a punto de llorar de desesperación.

—No te preocupes, ya te acostumbrarás —me llegó la voz desde la otra cabaña.

Feliz como estaba de tener gente con quien hablar, me pregunté hasta cuánto podía decirles.

—¡Eh, vosotros, chicos! —dije—. Ha sido un placer conoceros, pero yo me voy esta noche de aquí.

—No seas estúpido —contestó Duane—. Morirás deshidratado, no hay agua por aquí. Tenemos un plan. Espera hasta que te trasladen aquí y puedas unirte a nosotros.

—¡Pssh! ¡Eh! ¡Psst! —llamé, pero sin obtener respuesta. Después de unos minutos, volví a intentarlo—. ¡Eh, Duane!, ¿van a quitarme los zapatos? Llevo algo escondido en ellos

—Sácalo. Es probable que te los quiten en cualquier momento

Me puse frenético. Tenía que sacar el dinero de mis zapatos.

Intenté con todas mis fuerzas separar las suelas, pero con una mano sana nada más, era imposible.

ARRIBA. *Un campesino laosiano busca una vía de escape de la realidad en el cálido abrazo de los sueños producidos por el opio. Para los prisioneros recluidos en estas cabañas de bambú, el calor podía ser insoportable.*

—Chicos, ¿tenéis algún instrumento que corte?

—Te daremos algo para cortar más tarde cuando nos saquen fuera —susurró alguien.

Mientras esperaba, estuve pensando acerca de lo que Duane había dicho. Dos años y medio. No podía ser cierto.

Se acercó un guardia y abrió su cabaña. Me acerqué a la puerta y observé cómo salían los otros prisioneros. Duane iba el primero. Estaba en la veintena pero camina inclinado, como si le hubiesen pegado un golpe en las partes. Alguien le dio un recipiente de bambú Se puso unas toscas sandalias, empezó a caminar colina abajo y giró a la izquierda tras unos juncos.

El segundo hombre, un asiático, le siguió. Se llamaba Procet y era tailandés «¡Eh, tío!», me gritó, balancéandose mientras caminaba colina abajo a reunirse con Duane. Vació su recipiente de bambú o «tubo del pipí» en el suelo.

Siguió YC Tou, un chino de cabello gris y cara arrugada.

—Tómatelo con calma, chico —me dijo en voz baja mientras empezaba a caminar colina abajo.

Apareció el cuarto hombre. Tenía una barba larga y pelirroja y sus manos, anormalmente blancas, estaban cubiertas de pecas. Se llamaba Gene y era norteamericano.

Duane no me había mentido. Aquellos chicos llevaban allí realmente dos años y medio. Sus ropas estaban viejas y gastadas Cuando me miraron pude ver los años de confinamiento en sus rostros.

Salió otro hombre de la choza, un asiático. Llevaba unos pantalones azules como los de los guardias.

—Yo soy Phisit —dijo al pasar junto a mí.

El último hombre, el más alto de todos, Thami, salió de la choza y fue colina abajo. No miró siquiera en mi dirección. Me pareció que era muy joven.

YC, el chino, había subido hasta mí y me estaba preguntando por las conversaciones de paz.

—Están reunidos en Ginebra, pero realmente no puedo decirte nada definitivo —le dije

Asintió con la cabeza y pasó la mano entre los troncos para estrechar mi mano. Pude notar algo entre nuestras manos entrelazadas. Era un trozo de cristal verde.

—No lo pierdas, escóndelo en algún sitio —dijo.

—*¡Bie, bie!* —gritó un guardia afuera. Miré a través de la puerta hacia la entrada de la prisión. Duane bajaba por un pequeño sendero junto al que había guardias a ambos lados apuntándole con sus armas. Tan sólo hacía medio minuto que había desaparecido cuando reapareció por el sendero, subiéndose los pantalones sin dejar de caminar. «¡Ese bastardo!», decía. Otro prisionero empezó a descender el sendero, que aparentemente llevaba a la letrina.

Gene y los otros se acercaron y se presentaron. Tanto Phisit como Procet hablaban un buen inglés, pero me costaba mucho entender a Thani.

Tenía el pequeño trozo de cristal en la mano, preguntándome cómo iba a cortar el cuero con una herramienta tan miserable. Gene me dijo que debía estar contento de que YC hubiese confiado en mí.

Los hombres habían estado fuera no más de cinco minutos cuando fueron introducidos de nuevo a empellones en su cabaña, exceptuando a Thani. Colgó siete recipientes de bambú para el agua de un palo que puso a sus espaldas y se alejó. Regresó al cabo de cinco minutos, empapado, y se acercó a mi cabaña. Me preguntó algo en inglés, pero no pude entenderlo.

—¿Quieres agua? —me gritó Duane desde su cabaña, pero Thani ya se había ido hacia su cabaña, en donde un guardia le estaba esperando con el arma en una mano y la otra apoyada en la puerta.

> Aterrorizado, deslicé mis pies en los agujeros y metí la clavija justo cuando un guardia abría mi puerta.

En aquel momento no me preocupaba nada más que sacar los billetes de mis zapatos. El cristal estaba roto y gastado y tardé un montón de tiempo. Finalmente reventé la costura y saqué el dinero. Estiré las esteras de bambú y escondí mis botas debajo, donde quedaban fuera de la vista.

Duane me llamó y me dijo que Gene quería saber quién había ganado las World Series, pero tuve que decirle que no lo sabía; a mí me gustaba el fútbol, no el béisbol.

Durante una de las pausas en nuestra conversación empecé a pensar en cómo quitarme el bloque de madera de los pies. Cuando estaba escondiendo las botas, me di cuenta de que había muchos trozos de madera en el suelo. Pude coger un par de palitos de madera, uno largo y el otro delgado y corto. La clavija que fijaba el bloque se estrechaba en la parte de abajo, así que todo lo que tenía que hacer era sacarla.

Embadurné la clavija con saliva, lo que la hizo entrar y salir

con más facilidad, pero todavía hacía demasiado ruido. Dejé la clavija sobresaliendo un par de centímetros de la parte superior, esperando que Nook no se acordase de hasta qué profundidad la había metido.

Finalmente llegó el momento de la cena, arroz, por supuesto. Habían dejado salir a los otros y ocupaban silenciosos sus sitios en la mesa de enfrente de mi cabaña. Había las usuales bolas de arroz. una por persona.

—¡Eh, tú! ¡Abre aquí, bastardo, y déjame salir de aquí! —grité, pero Nook se alejó.

—Te daremos algo dentro de un momento —susurró Duane.

Nook regresó enseguida, llevando el trozo de madera que había usado para meter la clavija en mi bloque de madera. También llevaba dos llaves tintineando colgadas alrededor de su cuello. *«Bie, bie»*, dijo, moviendo la mano en dirección a su choza Obedecieron lentamente. Procet se acercó y me dio una gran bola de arroz. Desaparecieron en sus chozas, y pude oír el chasquido de las clavijas que Nook clavaba en los bloques de madera. Todo quedó en silencio y saqué mis pies de la madera casi sin ruido, quedándome dormido acto seguido.

Me desperté al oír el ruido de la valla al abrirse. «La madera», pensé al instante. Aterrorizado, deslicé mis pies en los agujeros y metí la clavija justo cuando un guardia de gruesa constitución, cuyo apodo era «Jumbo», abría la puerta. Jumbo quitó la clavija de la madera y se fue hacia la otra choza. Después de abrirla se sentó en la entrada, hurgándose los pies en busca de pieles muertas Sentía necesidad de ir a las letrinas, de modo que me uní a los otros en el patio.

> El pequeño Hitler y su pandilla parecían ansiosos esperando la orden de liquidarnos, pero ésta no llegó.

Gene me hizo un montón de preguntas aquella mañana; quería saber si había sido realmente asesinado el presidente Kennedy.

—¡Eh! —me preguntó—. ¿Han inventado ya las navajas con hoja de acero inoxidable?

Yo no lo sabía, pero le dije que ya no se encontraban de las antiguas en ninguna parte.

—Estás bromeando —me dijo—; eso era lo que quería inventar cuando saliese de este agujero del infierno.

Aquello me hizo sentirme mal porque realmente no lo sabía y me sabía mal quitarle su esperanza, pero antes de que pudiera decir nada más, Gene empezó a hablar de cerveza y cosas similares. Me pareció un poco estúpido

Phisit inspeccionó mi mano, pero la causa de la debilidad era un misterio para él. Me sugirió que me diese masajes con agua caliente.

—¿Dónde puedo conseguir agua caliente? —le pregunté.

—A la hora del desayuno traerán agua hervida caliente; puedes utilizar un poco de ésa

Alrededor de media mañana, el capataz del campo, al que los otros había puesto por mote «el pequeño Hitler», entró y habló con Phisit y Procet. Luego me dijeron que me iban a interrogar dentro de una hora; Procet nos acompañaría para hacer de intérprete.

Los guardias se lo tomaron como un asunto oficial; todos llevaban sus mejores uniformes y sostenían sus fusiles según las normas El corazón me empezó a latir más deprisa; estaba asustado, ya que estaba seguro de que volverían a golpearme. Procet dijo que no le gustaba el asunto en absoluto Allí había cuatro vietnamitas, uno de ellos con un bloc de papel en la mano.

—¿Cómo te llamas? —empezó, tomando nota cuidadosamente de cada respuesta—. ¿En qué tipo de avión volabas? —me preguntó.

Se suponía que yo no debía dar ese tipo de información al enemigo, pero después de hablarlo con Procet, ambos decidimos que era mejor decirles algo que nada en absoluto Le dije que me siguiera la historia. Procet empezó a hablar sin mirarme y me sentí incómodo. Cuando la tensión fue excesiva para mí. le pedí que no me dijese nada acerca del Spad

Procet se quedó mirándome en silencio de una forma en la que me hizo preguntarme en dónde le había interrumpido. Volvió a dirigirse al jefe de los guardias y al cabo de un rato me preguntó cuántos motores tenía mi avión.

—Diles que si me desatan, puedo dibujárselo.

Utilicé una ramita para trazar en el suelo un aeroplano con nueve motores en las alas, cuatro en un lado y cinco en otro; entonces quisieron saber de cuántos hombres se componía la tripulación.

—Iba yo solo —contesté.

Uno de ellos no quedó conforme con la contestación, y Procet empezó a hablar sin pausa. Cuanto más hablaba Procet, más seguro estaba yo de que les estaba dando toda la información que le había dicho por la mañana. Lo interrumpí, lo que le hizo enfurecerse y decirme que si no me gustaba lo que les estaba diciendo, podía decírselo yo.

Los vietnamitas parecían tomárselo todo como una comedia, y el pequeño Hitler y su pandilla estaban ansiosos esperando la orden de liquidarnos, que afortunadamente no llegó. Cuando los regulares dieron orden de que se nos devolviese a nuestras cabañas, el pequeño Hitler pareció creer que nos habíamos salido demasiado fácilmente. Tan pronto como doblamos la esquina, me dio una patada en el culo. Al llegar a mi choza, los guardias me aseguraron al bloque de madera y se fueron.

Más tarde dejaron salir a los otros para comer. Después de la comida Gene me trajo su manta. Yo no la quería, pues era la única que tenía Gene, pero éste insistió en la que la de Duane era lo suficientemente grande para mantener a los dos calientes.

Empecé de nuevo a trazar planes para la huida.

—Chicos, ¿habéis intentado guardar arroz? —pregunté.

—Sí, pero se pudre y se vuelve verde.

—¿Pero habéis intentado secarlo?

—¿Cómo se hace eso?

—Enterrándolo en el suelo o en algún material —contesté impaciente.

—¿Ah, sí? ¿Y que harás si hay una inspección sorpresa?

Thani era el que tenía mejor oído y hablaba bien el laosiano. Su trabajo consistía en sentarse con la oreja pegada a la pared y los oídos bien abiertos para enterarse de lo que decían los guardias. Por la noche, Thani nos dijo que los vietnamitas habían hecho sus equipajes y que se iban a marchar pronto Todo el mundo suspiró con alivio.

La bolsa de nilón era especialmente valiosa. Teníamos toda la ropa destrozada y la bolsa podía proveernos de hilo. YC se ofreció a dejarme una aguja si le daba un poco de hilo. Empecé a rasgar la bolsa. Tenía en mente hacerme un macuto para el gran día.

Vi a Nook dirigiéndose hacia donde yo estaba y rápidamente escondí la gastada bolsa debajo mío. Abrió la puerta y por los gestos de su mano pude ver que quería mis botas. Hice como

que no entendía lo que me decía. Nook le gritó a Procet para que tradujese lo que decía, pero aún después que Procet me lo tradujese al inglés, seguí negando con la cabeza. Finalmente, Nook empezó a buscar él mismo los zapatos y los encontró hurgando en el suelo. Sin ni siquiera mirarme, se marchó con mis zapatos

Al menos había sacado de dentro el dinero, pero incluso así, los zapatos eran una gran pérdida para mí. Thani me llamó para decirme que había visto a Nook colando mis botas junto a las suyas.

Todavía estaba pensando en mis botas cuando llegó Jumbo y quitó la clavija de mi bloque para permitirme comer con los otros. Estábamos apelotonados en la mesa con una persona más, así que Gene se ofreció para sentarse en la madera que conectaba los bancos de cada lado. Phist me dijo que era una buena oportunidad para que fuese con ellos aquella noche

—Eso espero. Los mosquitos me han estado volviendo loco —los demás se habían construido mosquiteras

Me vi agradablemente sorprendido cuando los guardias trajeron agua hervida caliente. Decidí no quedarme con nada para mi brazo, ya que éramos un montón de hombres sedientos. El agua hervida nos sabía mucho mejor que el agua para beber corriente, que se volvía maloliente en sólo un día.

ARRIBA: *Con cuerdas alrededor de sus cuelos para indicar que son candidatos a la pena de muerte, guerrilleros del Pathet Lao prisioneros esperan ser llevados a su destino*

Gene empezó a explicarme cosas de los buenos tiempos, antes de que el pequeño Hitler llegara al campo.

—Cuando el anciano era el encargado, se nos permitía hacer pequeños fuegos dentro de las cabañas y hervir nuestra propia agua —dijo—. Pero desde que está el bastardo del pequeño Hitler, no nos deja tener nada.

Gene señaló a unas plantas que crecían cerca de lo que parecía ser la cocina.

—Ésas son nuestras famosas plantas de mostaza —me dijo—. Los malditos guardias las dejan crecer sólo para ponernos furiosos

Los guardias nos dejaron salir para utilizar la letrina. Me dije a mí mismo que me tomaría un rato para ver si veía una posible ruta de huida, pero apenas me había bajado los pantalones, el guardia al que llamaban «el chaval» empezó a gritar *«¡Bie, bie!»* hacia mí. Le señalé indicándole que aún no había acabado, pero se puso furioso y me apuntó con su carabina. Me apresuré en dirigirme hacia el campamento, con los pantalones todavía a media altura e intentando subírmelos. Los otros se rieron de

HUTCHINSON PICTURE LIBRARY

ARRIBA: *Una torre de vigilancia en la provincia de Hung Yen. El uso por parte de los vietcong de Laos como base de operaciones y ruta de suministros invitaba a bombardear la zona a la aviación norteamericana.*

mí. De repente cesaron sus risas al oírse un disparo y un grito que procedían del agujero Duane estaba allí en el suelo. Gene gritó ansioso:

—¿Estás bien, Duane?

—Estoy vivo, si eso es lo que quieres saber —gritó Duane mientras se apresuraba por el sendero hacia el recinto Tenía la cara pálida como la nieve y sangre en el cuello. Los guardias le siguieron y, antes de que pudiésemos saber qué era lo que había sucedido. nos metieron a todos en la choza. Los guardias cerraron la puerta y se fueron.

—¿Qué demonios ha pasado? —le preguntamos a Duane.

—Me acababa de bajar los pantalones cuando Nook me gritó que volviese. Ni siquiera me dio ocasión a abrir la boca o subirme los pantalones. Simplemente disparó. —La bala le había rozado la cabeza junto al oído derecho—. Un cuarto de pulgada más y estaría muerto.

Mi nuevo hogar era un sitio pequeño, de cuatro por siete metros Un par de cuerdas para tender iban de un lado a otro de la choza. Sobre la pared colgaban unas mosquiteras amarillas. Las almohadas hechas con hojas indicaban el lugar en el que dormía cada uno en el suelo. Algunos palillos, un par de mantas, unos cuantos recipientes de bambú y un abanico de largas plumas estaban amontonados en una esquina. Un trozo de bambú colgaba sobre nuestras cabezas con tres etiquetas pegadas: Oscar Mayer, Judías con Cerdo de Campbell y un fragmento con la palabra Silicon. Sólo de verlas se me hizo la boca agua

—Hace un par de años —dijo Gene— recibí un pequeño paquete de mi casa. Todo lo que me habían dejado fueron seis cápsulas de algún tipo de medicina y tres latas de comida, dos de ellas vacías; las latas tenían todavía las etiquetas y las colgué ahí arriba. —Gene estaba obviamente muy orgulloso de ellas.

Mis compañeros de reclusión me dieron la bienvenida oficial aquella noche. Levantamos nuestras tazas de bambú con agua hervida e hicimos un brindis por el éxito de nuestra fuga.

La herida de bala que tenía Duane no era profunda y había dejado de sangrar. Nook volvió al cabo de una hora para ponernos los bloques de madera y yo fui esposado a Procet, dado que era el único que tenía una mosquitera para él sólo. Entonces Duane empezó a contarme su historia preferida sobre la lucha entre prisioneros y guardianes. Hacía un par de semanas, antes de que yo llegase, los guardias no dejaron a los prisioneros ir a las letrinas, de modo que tuvieron que utilizar sus recipientes. Cuando estuvieron llenos, tiraron las latas en el patio del recinto. Al cabo de poco tiempo empezó a apestar como todos los demonios y los guardias empezaron a ponerse pañuelos sobre la boca y nariz. Aquello duró una semana. El pequeño Hitler llegó un día para abroncarlos por tirar fuera los botes. Gene estaba tan enfurecido que tiró fuera la lata, al recinto. El recipiente resbaló al tirarlo y la porquería fue a aterrizar en los pies de pequeño Hitler. Éste gritó de espanto y aprensión. Para un laosiano, el cuerpo por debajo de la cintura es tabú y estaba seguro de que había sido profanado. Se marchó y les dejó sin comida durante tres días

Gene se deslizó sobre la puerta y la cubrió con un postigo improvisado para que los guardias no pudieran vernos, y todos

nos quitamos los bloques de madera. Lo que realmente me sorprendió fue que todos pudiésemos sacárnoslos. Habían hecho primero una llave a partir de una pluma, pero era tan endeble que sólo podía usarse un par de veces antes de que se rompiera Trataron sin éxito de construir una llave de madera. Finalmente, aplastaron todos los tubos de pasta de dientes que encontraron y los fundieron en la lata de YC. Fue una tarea ardua y consumió un enorme montón de carbón, que debían soplar constantemente. Habían hecho un molde para la llave Pusieron el metal dentro y lo dejaron enfriar. Tuvieron que hacer varios intentos hasta que finalmente consiguieron una llave que funcionase.

Cuando Nook nos aseguraba a los bloques, ataba además una acuerda a mi brazo y la pasaba hasta afuera de la pared, de modo que cualquier guardia que pasase al lado por la noche pudiese dar un tirón para asegurarse de que yo estaba en el otro extremo. Cogí la cuerda y la até a un palo. Entonces Procet y yo nos sentamos a escuchar cómo Duane nos explicaba la historia de los griegos y el caballo de Troya.

Los hombres que hacían la guardia de noche estaban en una cabaña cercana a la nuestra, en donde charlaban en cuchillas y fumaban en sus pipas de bambú. Uno de los guardias parecía un auténtico chiflado. Los otros le habían puesto el apodo de «Imbécil». Como no teníamos relojes, el canto de los gallos por la mañana marcaba el momento en que los guardias acababan su servicio nocturno. En ocasiones, a media noche, Imbécil imitaba a un gallo y luego se iba en busca de un sitio más cálido para pasar el resto de la noche.

—¡Eh, chicos! ¡Tengo que salir! —la voz de YC me despertó en mitad de un hermoso sueño. YC era normalmente el primero en despertarse, ya que de ordinario le acuciaban sus necesidades de forma inmediata. Nadie quería oírle porque teníamos que meter los pies en las maderas antes de llamar a los guardias para que le dejasen salir.

Nos cepillamos los dientes con pasta de dientes china, con un gusto parecido al del Peppermint y que, de hecho, tenía un tubo marcado con una hoja de menta. Yo me comía mi parte en lugar de desperdiciarla cepillándome los dientes

Caminábamos alrededor del patio en círculos, manteniendo los ojos fijos en el suelo para evitar las miradas de los demás. Aquellos momentos de intimidad eran preciosos para nosotros

Fui hasta mi primera cabaña y reuní mi manta, bolsa, utensilios y dinero, echándolos rápidamente dentro de mi nueva choza. Me preguntaba dónde esconder el dinero, y Duane me sugirió que lo guardase en mi entrepierna, que era zona tabú. Gene pensó que un tubo de pasta de dientes serviría y la idea me gustó más. Abrimos un tubo casi vacío, lo limpiamos bien y metimos dentro los billetes. Cuando acabamos nuestro trabajo, el tubo no mostraba traza alguna de haber sido manipulado.

Tras el desayuno nos devolvieron a la choza. Nook entró y empezó a meter mis pies en la madera. Me negué a cooperar, ya que no iba a hacerlo con los otros muchachos. Eso hizo enfurecerse a Nook, quien tras haber forzado mis tobillos dentro de la madera y puesto la clavija, ató una cuerda a mi brazo derecho —el sano— y la pasó a través de un agujero de la pared. Estiró de la cuerda hasta que tuve el brazo levantado por encima de mi cabeza y luego ató la cuerda bien fuerte. Me di cuenta de que iba a ser un día muy duro.

Pasaron muchos días como aquél. En ocasiones nos peleábamos. Realmente, con aquel alojamiento atestado, la mala alimentación y el aburrimiento, era sorprendente que no empezásemos a matarnos los unos a los otros. Sin embargo, también nos reíamos mucho. En ocasiones llegamos a reírnos tanto que pensé que mi estómago iba a reventar.

Una noche estábamos sentados alrededor de la mesa comiendo nuestro arroz, cuando Thani miró a un lado y dio un codazo a Phisit, que estaba sentado a su lado Miramos también y vimos cómo se acercaba pequeño Hitler al recinto. Dio una vuelta, mirando las plantas de mostaza que los chicos habían plantado cuando el anciano estaba de encargado. Algo iba a pasar Procet y Phisit se levantaron de la mesa y se dirigieron hacia él. El pequeño Hitler empezó a hablarles. Por sus expresiones, nos dimos cuenta de que eran buenas noticias.

—¿Qué os ha dicho? Vamos, hombre, dínoslo —preguntamos impacientes a los dos tailandeses cuando volvieron

Se sonrieron el uno al otro con amplitud y dijeron:

—Quieren que nos comamos las plantas de mostaza y hagamos nuestro equipaje. Vamos a ser liberados.

—¿Estáis bromeando? —grité— ¿Dijeron algo acerca de las conversaciones de Ginebra? ¿Ha acabado la guerra?

—El pequeño Hitler sólo nos dijo que nos vamos mañana por la mañana a Yamalat.

> Empecé a sentirme mareado. Incluso me costaba mantenerme en pie. De todas las mañanas de una vida tenía que tener fiebre ahora.

—¿Yamalat? —dijo Duane con una amplia sonrisa.

—¿Qué hay en Yamalat? —pregunté.

—Demonios, es donde está el jefe de la provincial —contestó Gene.

Si nos llevan allí, tendríamos mejores oportunidades de escapar a Tailandia Duane me dijo también que en Yamalat estaban sus cuarteles generales, lo que significaba alimentación adecuada y suministros médicos.

Miré a mi alrededor en la mesa y pude ver las agitadas miradas de los muchachos. Nadie parecía feliz si me exceptuaba a mí mismo.

—¿Qué ocurre? ¿Vais a echar de menos este sitio? —les dije jocosamente.

—En primer lugar —empezó Gene— todos los del Pathet Lao son unos mentirosos hijos de puta y nunca nos dicen nada que sea cierto, especialmente si proviene de ese pequeño hijo de perra.

Cierto o no, todo el mundo empezó a animarse. Discutimos acerca de lo que debíamos llevanos con nosotros. Thani había robado un machete; si era cierto que iban a liberarnos, no íbamos a necesitarlo, y si nos lo encontraban en un registro nos sería más perjudicial que beneficioso.

Aquella noche nos dieron unos cuantos tallos de bambú cocidos con el arroz, y aunque pensamos que no eran nutritivos y que solo nos daban los estropeados, eran un signo de mejores tiempos. Se nos permitió también estar más tiempo en las letrinas y cuando volvimos a nuestras chozas, los guardias no nos pusieron nuestros bloques de madera.

Yo no tenía muchas cosas que empaquetar; una taza, un cepillo de dientes, un par de palillos y los restos de mi bolsa de nilón. Escondí el dinero en mis calcetines.

Me sorprendí cuando nos pusieron las esposas y bloques de madera aquella noche, pero pensé que los guardias no querrían

sufrir la desgracia de perder a uno de nosotros precisamente la última noche.

—Si no nos han mentido, creo que podremos soportarlo una noche más —dije. Nos sentamos en círculo, hablando de la libertad.

Un guardia al que llamábamos «Miedoso» llevaba un par de horas cantando canciones de propaganda y cada vez lo hacía más fuerte. Sonaba como un predicador cantando misa en latín, de forma monótona. Mientras estaba echado escuchándole, me acordé de lo que me había dicho el jefe provincial acerca de que me iban a dejar libre en diez días La idea me sobresaltó.

—¡Eh, chicos! Ya os dije que el jefe provincial me había dicho que me liberarían en diez días. Esto debe ser.

—Cállate, maldita sea. Quiero dormir —se quejó YC desde su extremo de la choza.

—¿Dormir? —dije—. ¡Si quieres dormir en un momento como éste, debes de estar chiflado!

—Corta con eso, Dieter —me dijo al oído Gene en voz baja—. No discutas con YC. Algún día te explicaré algo que no sabes

Me di la vuelta y ronqué hasta que se hizo de día.

Después del desayuno con arroz nos sentamos a esperar los preparativos finales para la marcha. Empecé a sentirme mareado. Hasta mantenerme de pie me daba vértigo. De todas las mañanas de una vida, tenía que coger fiebre ahora El pequeño Hitler y Nook vinieron a inspeccionar nuestra cabaña. Llegó el resto de los guardias y nos esposó, pasando una cuerda a través de las esposas que sostenían un guardia al principio y otro al final de la fila.

—¿Para qué es la cuerda? —pregunté a Duane—. Seguro que no empiezo a correr —Duane no contestó.

Procet estaba el primero seguido por YC, Phisit, Thani, Duane, yo y Gene. Cinco guardias iban delante de Procet y el resto detrás. Cruzamos la cañada y subimos por unas grandes rocas, siguiendo el sendero por el que me habían traído días antes.

Enfermo y con fiebre, me arrastraba detrás, haciendo dificultoso el caminar a los demás. Gene me iba empujando para escapar de las caricias de un guardia de dientes prominentes que le habían valido el apodo de «Caballo Loco». Recordaba bien el desvío —un sendero hacia la izquierda, el otro hacia Yamalat Tomamos el desvío de la izquierda, y toda esperanza se desvaneció. Me lamenté de haber dejado atrás mi cuchara y el machete de Thani.

El sendero nos llevaba a través de arrozales, cruzando profundas cañadas pobladas de grandes árboles Maxan, cuyos amargos frutos se desparramaban por el suelo. El Maxan sabía horrible y era muy fibroso, pero tenía mucha vitamina C. Cogí tres frutos y empecé a mascarlos mientras caminábamos. Había contado 6.336 pasos desde el cruce cuando llegamos a una valla. Los prisioneros nos miramos entre nosotros sin decir una palabra, sabedores de que aquélla iba a ser nuestra nueva cárcel.

El nombre de nuestro nuevo «hogar» era Hoi Het. Había sido construido de forma muy similar al anterior, exceptuando que éste estaba mucho mejor comuflado. Arrojamos nuestras pertenencias dentro de la choza que nos habían indicado y decidimos dónde iba a dormir cada uno. Con todo en su sitio, salimos y empezamos a caminar por el patio.

IZQUIERDA: *Un grupo de nativos Meo preparando la cena. Los Meo, fieros luchadores, permanecieron fieles a los norteamericanos durante toda la guerra.*

La primera cosa que tuvimos que hacer fue escoger una buena fecha para la fuga. Casi habíamos decidido que lo mejor era intentar encontrar un río y flotar en él, viajando de noche y escondiéndonos de día. Aquello significaba que necesitábamos luna nueva para guiarnos hacia el río y luego tener la oscuridad precisa para cubrir nuestra huida corriente abajo. Los otros me dijeron que los torrenciales monzones hacían que los guardias permaneciesen encerrados en sus chozas. La intensa lluvia ahogaría asimismo cualquier ruido y borraría nuestras huellas en cuestión de minutos.

Al tercer día después de nuestra llegada a Hoi Het, los guardias nos llevaron a un riachuelo cercano para que nos laváramos. El agua estaba tan fría que estimulaba, una verdadera invitación, pero seguimos trazando nuestros planes de huida. El sendero que llevaba hasta el río daba vueltas por la selva durante 300 metros Contamos los pasos desde la puerta principal hasta el río intentando recordar los pasos desde un punto de referencia importante hasta el siguiente. De regreso a nuestra cabaña, reconstruimos con palillos cada punto de referencia a escala. Pronto conoceríamos el camino a ciegas.

Aunque habíamos ya elegido una fecha y una hora, todavía debíamos decidir el método a seguir para abrirnos paso. Mi idea consistía en robarles las armas a los guardias, matarlos y llevarnos todos los alimentos que pudiéramos del campamento; pero a ningún otro le gustaba la idea. Según la Convención de Ginebra, un POW (prisionero de guerra) que hiriese o matase a un guardia al escapar podía ser ejecutado cuando lo capturaran. Ninguno de ellos quería correr tal suerte. De hecho, Phisit no quería tomar parte en ningún plan.

Sólo las ratas sabían dónde estaba escondido nuestro almacén. Podíamos oírlas por la noche mascando el bambú.

Decidimos hacer un par de cambios en nuestra rutina, cambios que podían darnos un tiempo extra cuando llegase el día de la fuga. Convencimos a YC de que parase de hacer unas visitas tan tempranas a la letrina. El primer día los guardias vinieron igualmente por la fuerza de la costumbre, pero dejaron de venir tan pronto y no llegaban hasta el momento del desayuno diario con arroz. Este cambio en la rutina aumentaba en dos horas el tiempo hasta la primera visita de los guardias.

Al principio Duane y yo estuvimos en constante disputa acerca del método de fuga. Sin embargo, según pasaba el tiempo nos íbamos haciendo más amigos, hasta el punto de que me prometió que nos emborracharíamos juntos cuando estuviésemos libres.

Todos nosotros, excepto Phisit, participábamos en el ahorro de arroz, por lo que nuestras reservas crecieron bastante. Lo secábamos durante tres días, cambiándolo de trapo cada día para que absorbiese bien la humedad.

Nos costó tiempo encontrar la forma de almacenar el arroz seco, pero finalmente dimos con una buena solución. Cortamos uno de los largos postes de bambú que mantenía la estructura de hojas del techo. Cantando para ahogar el ruido, usamos un largo palo para romper la fina separación entre los fragmentos del tallo de bambú y empezamos a rellenarlo con arroz, cerrando el extremo abierto y poniéndolo en su sitio en el tejado. Sólo las ratas sabían dónde estaba nuestro almacén. Podíamos oírlas por la noche, masticando el bambú. Dos veces encontramos la

tapa abierta, pero el palo era demasiado estrecho para que pudiesen entrar las ratas dentro. Sólo nos quedaba esperar que empezasen las lluvias. Se convirtió en un alarga espera, en la que la situación respecto al agua se fue haciendo cada vez peor. Tras nuestro primer baño, se nos permitió bañarnos cada dos semanas, y después de un tiempo, ya no pudimos hacerlo. Un pequeño charco de agua, suficiente para que cupiese nada más que una persona, era todo lo que quedaba del riachuelo. El pequeño pozo de agua pestilente llena con larvas fue nuestra agua para beber, pero los guardias la usaban también para lavarse y para limpiar las presas que cazaban algunas veces.

Nook era el mejor cazador de entre los guardias y cuando venía y nos pedía nuestros recipientes para la orina, nos ponía ansiosos. Se llevaba los recipientes a la selva y los vaciaba sobre unos bambús que distribuía por el suelo, esperando que apareciese un gamo para lamerlos. Esperábamos el disparo de Nook. Si cogía un animal, abría su vientre, ponía su contenido sobre una gran hoja de plátano y nos la daba. Estábamos tan desesperados por la comida que no osábamos pestañear hasta que habíamos acabado con todo.

Los otros hombres me contaron que el año pasado había sido malo. Los dos años anteriores habían tenido todo el arroz que querían para comer. Ahora sólo había una comida diaria, y sabíamos que todavía podía reducirse a menos con el tiempo.

Los guardias tenían asimismo raciones cada vez más pequeñas. Cuanta menos comida tenían, más mezquinos se volvían. Les había dado por dispararnos cuando íbamos a las letrinas, de modo que empezamos a hacerlo en nuestros recipientes, usando nuestro viaje nocturno de cada día a las letrinas para vaciarlos y reducir nuestros riesgos.

> Los guardias empezaron a pegarnos; luego retrocedieron y se pusieron a disparar a nuestro alrededor.

Sin embargo, el privilegio de la visita de última hora a las letrinas fue, como todos nuestros privilegios, eliminado gradualmente. Al cabo de poco tiempo no había agua, ni aseo, ni salidas. Lo peor de todo fue que nos pusieron bloques de madera nuevos. Teníamos que sentarnos en un sitio fijo todo el día, esposados uno al otro, sudando de calor y tragando el mal olor de nuestras deposiciones.

Procet oyó una noche que el famoso anciano volvería pronto de su viaje mensual para conseguir arroz para el campamento. Todo el mundo estaba contento, y esperábamos ansiosos la llegada del anciano día tras día. Tras el cuarto día de espera, perdimos las esperanzas. Gene estaba sentado junto a la puerta mirando fuera, cuando de repente se puso tenso. Hubo algún movimiento fuera y Duane y yo nos deslizamos junto a Gene.

—¡Es el anciano! —dijimos todos, con expectación.

El anciano abrió la puerta. Tenía una expresión amable y esperábamos alguna buena noticia. Le preguntamos por la guerra, las conversaciones de Ginebra y el correo. No había noticias, ni correo, nada, nada más que la manta y la mosquitera que le había prometido a Duane. Después de unos minutos se dio la vuelta y se fue. Quedamos sentados contemplando cómo cerraba la puerta, como si estuviéramos todavía esperando la llegada del anciano, el que iba a venir a traernos buenas noticias.

En las semanas siguientes, la comida se hizo más escasa y los guardias salieron por turnos en busca de arroz. Tardaban tres o cuatro semanas en cada viaje, y en el regreso los guardias y campesinos porteadores se comían 30 kilos de arroz aproximadamente, por lo que cuando llegaban al campamento apenas quedaba arroz para pasar una semana.

Un día estábamos echados en el suelo, discutiendo nuestros planes de fuga, cuando Duane miró hacia el techo.

—Escucha. ¿Oyes eso? —preguntó Duane. Iba a contestarle cuando percibí el ruido cada vez más intenso de la primera lluvia. Todos nos pusimos a dar vítores:

—¡Vamos! ¡Vacía tus tripas de agua! —gritaba Gene.

El techo de nuestra mitad de la cabaña empezó a gotear. Procet, Gene, Duane y yo nos estuvimos quejando hasta que nos dejaron cambiarnos a otra cabaña. YC, Phisit y Thani se quedaron donde estaban. Procet habló con el anciano y se le permitió pasar los días con los otros y las noches con nosotros. Aquello nos preocupaba, pues Phisit, Procet, Thani y YC conseguían cada vez má privilegios que nosotros, y nos preguntábamos si estarían conchabados con los guardias. Phisit nos resultaba especialmente sospechoso, pues no quería fugarse y había hablado con YC para que se quedase.

Las fricciones entre asiáticos y norteamericanos aumentaron cuando nos enteramos de que los guardias habían dado a Procet algunos medicamentos y éste no nos los había mostrado. Los encontramos bajo su lecho de hojas entre las cañas de bambú. Duane, Gene y yo estábamos empeñados en un propósito, la fuga, y trabajábamos en ello juntos. El único punto de desacuerdo era que yo todavía pensaba que debíamos hacernos con las armas y liquidar a toda la pandilla, en especial al pequeño Hitler y a Caballo Loco.

Se nos permitía salir fuera en raras ocasiones. Una tarde nos dieron de comer un poco de caldo en un recipiente redondo. Cuando acabamos de comer y habíamos dejado el plato en el suelo, saltó dentro un pequeño pollo. Moví el pie en dirección al plato para coger el pollo, con la intención de cogerlo para comérnoslo. Estábamos sentados todos dentro en silencio cuando aparecieron el pequeño Hitler y Miedoso al frente del resto de guardias, con sus fusiles preparados

—¡Procet, alemán, salir! —nos ordenó el pequeño Hitler desde fuera de la cabaña. Procet y yo salimos y los guardias nos hicieron sentarnos y nos ataron espalda con espalda.

El pequeño Hitler, con las manos apoyadas en las caderas y las piernas abiertas, plantó su cara frente a la de Procet, hablando con voz siseante y enojada. «¿Qué dice?», pregunté, y antes de que pudiera contestarme Procet, el pequeño Hitler le atestó un fuerte golpe en la cara. Los guardias empezaron a golpearnos; luego retrocedieron y se pusieron a disparar a nuestro alrededor. El arma de Miedoso le resbalaba y hacía tonterías con ella, mientras las balas pasaban silbando junto a nuestras cabezas. Luego los guardias nos devolvieron a la cabaña con Gene y Duane

Procet me miró, iracundo.

—Has dado una patada al plato con el pie y has llamado al maligno al hacerlo —me dijo—. La próxima vez te voy a matar —me informó.

—¿Matarme? ¿Quieres apostar? ¡Lo haré yo antes de que tengas esa ocasión! —Gene, pacificador como de costumbre, nos detuvo.

Los guardias eran muy supersticiosos. Miedoso no quería adentrarse en la espesura solo a menos que otros le acompañasen y le cogieran la mano incluso mientras orinaba. Caballo Loco de vez en cuando descargaba su subfusil Thompson contra

cualquier punto de la selva en dónde pensaba que hubiese un fantasma Llegaban hasta el punto de alimentar a los fantasmas. Colocaban la comida al principio de los senderos que salían del campamento. Por la mañana, por supuesto, no quedaba nada de comida, lo que confirmaba el convencimiento de los guardias de que los fantasmas se lo comían.

Las enfermedades, asimismo, eran obra de los fantasmas. Cuando uno de los guardias se ponía enfermo de repente, la única forma de salvarlo era echar fuera al fantasma. Entraban en la cabaña de la víctima y le golpeaban sin compasión. Si un hombre sobrevivía a este tratamiento, lo que no solía ocurrir, los laosianos decían que habían echado fuera al fantasma. Si moría, era demasiado malo, y su cuerpo era arrojado a la selva

Nuestro plan de fuga se hizo más complicado cuando Phisit dejó de hablarnos, y Procet adoptó más tarde la misma postura. Desde que llegó al anciano, no habíamos tenido ninguna noticia proviniente de los guardias por el silencio de Procet. Semanas más tarde, Procet, con una amplia sonrisa, rompió su silencio, actuando como si nada hubiese ocurrido. Entonces empezó a ponernos al corriente, explicándonos que el Gran Hombre, como los guardias lo llamaban, había llegado hacía una semana Procet nos explicó que el Gran Hombre había llegado para realizar una inspección al campamento y reavivar el fervor revolucionario en los guardias. Hizo la mayoría de su trabajo en las reuniones de autocrítica diarias.

Se suponía que esas reuniones eran el momento en que los guardias confesaban sus errores y hacían sus propósitos de corregirlos. En vez de eso, se convirtieron en sesiones para alardear; sin importar lo terrible de las confesiones de un guardia, el siguiente intentaba llegar más allá todavía. A veces los guardias nos golpeaban sin ninguna razón, sólo para poderlo confesar. Tras las autocríticas, el Gran Hombre daba a los guardias charlas en la que les explicaba lo grandes luchadores que eran los laosianos, los mejores del mundo. Les explicaba que Laos era el país más rico de la Tierra, sin detenerse nunca a preguntarse acerca del hecho de que todo el mundo estuviera en el límite de morir de hambre

Procet nos explicó que YC estaba guardando arroz todavía, lo que nos sorprendió de veras. YC había estado diciendo que iba a quedarse atrás, pero aparentemente estaba planeando huir con nosotros. Ahora YC estaba poniendo en peligro el plan de huida, por lo que Gene, con quien estaba en buenas relaciones, prometió hablar con él.

Ahora que Procet volvía a hablarnos, era posible empezar a tomar decisiones definitivas. Todavía no sabíamos con precisión qué íbamos a hacer cuando estuviésemos detrás de las vallas, pero simplemente podíamos escondernos en algún sitio. Ir a la deriva por el río seguía siendo la mejor idea. Si conseguíamos llegar al río Mekong, el «Gran Lodazal», sería tan sólo cuestión de tiempo hasta que la corriente nos llevase hasta Vietnam del Sur.

Procet sugirió que los árboles de plátanos servían para hacer buenas balsas, aunque se pudrían al cabo de unos días. Gene tenía una cuchilla de seis o siete centímetros, pero no servía casi

ABAJO: *Como muchos países de la zona, Laos tiene una sociedad predominantemente rural. Aquí podemos ver a unos soldados echando una mano para sembrar la cosecha*

HUTCHINSON PICTURE LIBRARY

para nada al no tener empuñadura. En el patio, Gene encontró un casquillo de fusil, con el que se podía hacer un cuchillo insertando la hoja con plomo caliente, que podíamos conseguir derritiendo los tubos de pasta de dientes. Con mi experiencia en ese campo, sabía que los metales no se pegarían, pero Gene era un tipo muy terco.

La siguiente vez que nos dejaron salir, cogimos un poco de barro del borde de la letrina, con el que fue fácil fabricar un hornillo. Intentamos hacer fuego frotando dos trozos de bambú, pero estábamos demasiado débiles para frotar mucho rato.

Con el Gran Hombre por allí, los guardias intentaban mantenerse despiertos toda la noche fumando en su pipas de bambú, y siempre tenían un palo o dos en brasas cerca. El extremo del palo era buen carbón, de modo que tratamos de conseguirlo. Entonces, para empezar nuestro fuego, uno de los tailandeses llamó a uno de los guardias para que le diese fuego. Uno de ellos se acercó con uno de los palos en brasas. Asomamos una pipa de fabricación casera a través de la puerta y chupamos como locos mientras el guardia mantenía el palo en brasas junto al cazo de la pipa. Turnándonos para chupar de la pipa, conseguimos hacerla arder lo suficiente para transformar el tabaco en un trozo de carbón. Una vez el carbón empezó a estar en brasa, lo pasamos al hornillo, haciendo aire con un abanico hecho con hojas de olmo.

La fabricación del cuchillo fue una fuente de quebraderos de cabeza para Gene. Conseguía llevar el metal hasta el punto de fusión, pero cuando iba a verterlo, se solidificaba en un momento. «Quizá la próxima vez», dije, intentando que se sintiese mejor.

> Los guardias animaron al pequeño Hitler a que disparara. Caballo Loco levantó su M-1 y sin razón alguna ni previo aviso disparó.

En ocasiones Gene me preguntaba si quería un trago de su vaso de cerveza. Lo describía con todo detalle: un vaso alto, frío y lleno de cerveza Pilsen helada, con trocitos de hielo resbalando por los lados, etc., hasta que le rogábamos que parase.

También solíamos hablar de neveras. Solíamos llenarlas con los alimentos más deliciosos que un hombre pueda imaginar.

Malay, el perro del campamento, se había convertido en algo muy importante para nosotros. A causa de la falta de proteínas de nuestra dieta, nuestros cortes o heridas se curaban muy lentamente, si lo hacían. Nos dimos cuenta, sin embargo, de que si Malay las lamía empezaban a sanar. Los guardas sí que le sacaban buen provecho. Malay era un buen cazador, especialmente de serpientes. Varias veces habían tenido que rescatarle los guardias del mortífero abrazo de una boa constrictor.

La carencia de alimentos estaba llegando a su límite. El pequeño Hitler descargó su ira contra el anciano haciéndole culpable de sus problemas. Le dijo al resto de guardias que nos golpeasen y disparasen si ofrecíamos la menor resistencia. No hizo excepciones, de modo que la nueva política debía aplicarse tanto a asiáticos como a norteamericanos. Phisit sabía ya que si decidían eliminarnos, él no tendría mejor suerte. Accedió a escapar con nosotros con una única condición: Debíamos robar las armas y estar preparados para disparar a los guardias si era necesario.

Lloviznaba de vez en cuando, pero no de la forma en que estábamos esperando. Había estado seguro de que estaría libre el 22 de mayo, día en que iba a cumplir los 28 años, pero estuve brindando con nuestra horrible agua, y seguía sin llover.

Al día siguiente un guardia dijo al pequeño Hitler que me había negado a ponerme las esposas. Era la ocasión que había estado esperando el pequeño Hitler, y se acercó marcando el paso a nuestra choza con todos los guardias, armados al completo. Al llegar se puso a hablar sin descanso, y tras su alocución apuntó con su fusil primero a Duane, luego a YC y luego a Procet, jugando con el gatillo todo el rato. Yo estaba detrás contra la pared, fuera de la vista y seguro por el momento. Los guardias animaban al pequeño Hitler para que disparara. Caballo Loco levantó su M-1 y sin razón alguna ni previo aviso disparó contra el suelo, excitando y agitando a todo el grupo. Mientras tanto, el pequeño Hitler mantenía encañonado a Procet, mirándole desafiante a los ojos. Procet le estaba susurrando algo. Pequeño Hitler apretó el gatillo. Todos oímos el chasquido del percutor, pero la bala no salió. La recámara de su fusil estaba vacía.

Los otros guardias pensaron que éste juego era muy ingenioso, de modo que empezaron a probar. Algunos sacaron el cartucho de la recámara de sus armas, apuntándolas luego hacia nosotros y liberando el percutor sobre la recámara vacía. Otros siguieron con las armas cargadas y jugando con el gatillo. Cuando se hubieron divertido bastante, aseguraron nuestras argollas y se fueron, gritando y riendo.

No teníamos mucho que decirnos los unos a los otros aquella noche, pero la experiencia había tenido el efecto de solidificar nuestros planes de fuga. Duane dijo que siguiéramos adelante con el plan, aunque eso significase liquidar a todos los guardias. Procet asintió con rabia y dijo:

—De acuerdo, pero déjame a mí al pequeño Hitler, lo quiero para mí.

Phisit había conseguido de nuevo un favor especial de los guardias haciéndoles de médico. Una infección había convertido el dedo gordo del pie de Imbécil en un bulto enorme. Phisit quería abrir el dedo, pero Imbécil rehusó. Entonces Phisit le puso el pie en agua caliente y cuando Imbécil no miraba, le pinchó con una aguja. Imbécil hizo toda clase de feos ruidos, pero el trabajo estaba hecho. Phisit apretó para extraer el pus y espolvoreó la incisión con un medicamento. El dedo de Imbécil quedó como nuevo en un momento.

Una de nuestras habituales discusiones de los domingos fue interrumpida por el sonido de un avión que nos sobrevolaba. Los aviones se habían convertido en algo cotidiano. Por la mañana muy temprano pasaban en dirección al paso Mugia y alrededor de las 9 regresaban. Muchos de los aparatos eran Spads, y yo me preguntaba si serían del portaviones Ranger. Aquel domingo en especial volaron mucho más bajo de lo habitual. YC gritó que podía verlos, pero nuestra choza tenía la puerta en dirección al lado contrario. Finalmente pudimos verlos cuando pasaron por encima, y por un momento pude advertir la franja verde y el león del escuadrón VA-145. Me sentí como si me hubiesen atizado fuerte en el bajo vientre.

La falta de alimentos hizo que estuviésemos mareados todo el día, y con frecuencia me preguntaba si tendríamos suficientes fuerzas para escapar, e incluso si podríamos caminar una milla si conseguíamos salir del campamento. Yacíamos silenciosamente en nuestra choza la mayor parte del tiempo, evitando hablar para no perder más energías.

Las noches se convirtieron en pesadillas. Yo estaba esposado a Procet, quien tenía una disentería muy fuerte. Defecaba con-

tinuamente, manchando el suelo por todas partes. Allí sentado con Procet en el rincón, marcado por sus apestosas defecaciones y con mis manos manchadas por sus excrementos, empecé a volverme loco. Los desperdicios tirados por todos lados atraían a las ratas y las hormigas. Estábamos demasiado débiles para coger las ratas y alimentarnos con ellas, y las hormigas se convirtieron en el peor de los tormentos, peor incluso que los mosquitos y las sanguijuelas.

Entonces ocurrió el milagro. Llegó el anciano con un grupo de hombres que portaban sacos de arroz. Pudimos oler el fuego que se había encendido en la cocina. El propio anciano vino hacia nosotros con un enorme recipiente con arroz. Nos había quitado las esposas y nos permitió sentarnos fuera en la mesa. Habían sacrificado un par de pollos, lo que no era mucho dividido entre los 19 hombres, pero todo aquel arroz con un poquito de pollo fue un banquete real.

El anciano había venido con otro hombre. Le pusimos el apodo de «Papsco». Parecía ser un buen hombre y poderoso. Mientras comíamos, el pequeño Hitler gruñía y maldecía, evidentemente insatisfecho con nuestro especial tratamiento. Cuando acabamos, ordenó que nos pusieran los bloques de madera. Papsco le dijo al pequeño Hitler que sería él quien decidiese cuándo debían ponérnoslos.

Cuando hubimos acabado con el primer recipiente de arroz, Gene pidió más, y nos trajeron otra ración. Paseamos por el recinto, usando el tiempo para limpiar nuestros rebosantes botes para las deposiciones. Se le permitió a Thani ir hasta el pozo, y volvió enseguida con 12 recipientes de agua pútrida con la que pudimos lavar nuestras ropas y nosotros mismos.

Después de haber estado muertos de hambre tanto tiempo, la gran cantidad de arroz nos hizo ir a las letrinas corriendo a todos. YC fue el primero, llamando «¡Pai Tai!». Papsco les dijo a los guardias que le acompañaran, y no nos molestaron, dejándonos estar en las letrinas el tiempo que hiciera falta sin hostigarnos.

Me sobresalían los pómulos de la cara, y mi anterior tez rubicunda se había tornado cetrina.

A la noche siguiente, Sot nos trajo un par de tijeras y un bloque de madera que nos sirvió de sillón de barbero. Phisit hacía de barbero y cuatro de nosotros nos sentamos por turno para que nos cortase el pelo. Intentamos encontrarle un posible uso a todo aquel pelo, pero no se nos ocurrió nada. Sot vino con un espejo, igual que el que le había robado a Bastardo, y quería afeitarnos la barba. Gene fue el primero y se sentó en el tocón con la barbilla levantada mientras Sot le afeitaba con un pequeño cuchillo. De vez en cuando Gene gritaba y aparecían rojas gotitas en su cara. Duane fue la siguiente víctima, pero cuando llegó mi turno rehusé. Por medio de Phisit le dije a Sot que prefería afeitarme yo mismo, dando la excusa de que mi barba era demasiado espesa.

Gene parecía ahora otra persona, no el viejo y barbudo hombre que yo había conocido. Tenía el rostro pecoso y pálido todavía, pero parecía mucho más joven. Sot le dejó el espejo y Gene no pudo soportarse reflejado. Luego me lo pasó para que me echase un vistazo, lo cual me produjo una fuerte impresión. Me sobresalían los pómulos de la cara, y mi anterior tez rubicunda se había tornado cetrina. Me di cuenta de que había cometido un error no dejando que Sot me afeitase. Ninguno de los guardias o campesinos tenía barba y mi peludo rostro me identificaría inmediatamente como norteamericano.

ARRIBA: *Un indígena Meo, enrolado en el Ejército Real laosiano, aparece aburrido y desesperanzado, agotado por el continuo desgaste de la guerra.*

El problema de la barba se resolvió días más tarde cuando Papsco le dio de nuevo a Phisit las tijeras. Sin embargo, mi principal preocupación era mi brazo izquierdo, que se había atrofiado considerablemente. Le daba masajes cada día, pero todos estaban de acuerdo en que parecía no tener esperanzas. Un día estaba echado de espaldas con el codo de mi brazo izquierdo apoyado en el suelo, cuando el antebrazo se levantó, intentando hacer un movimiento que finalmente consiguió.

Empecé a practicar con mi brazo diariamente. Al cabo de una semana podía levantar la mano, al cabo de dos semanas podía levantarla dos veces seguidas, y pronto tuve tan bien el brazo izquierdo como el derecho.

Las lluvias estaban tardando mucho en hacer su aparición. Ya teníamos planeada la fuga con todos los detalles y nos sabíamos el plan de memoria. Todavía quedaba una pregunta importante

por contestar: ¿Cuánto tardarían los refuerzos en unirse a la búsqueda? Lo descubrimos por accidente unas semanas más tarde cuando llegó un guardia gritando por el sendero que conducía al pozo. Imbécil, Jumbo y Sot reunieron sus pertenencias y corrieron hacia el pueblo. El resto cogió sus fusiles y se arrojó en las trincheras que había alrededor del perímetro del campamento. Thani se enteró de que lo que el guardia había visto era la huella de una bota en el pozo. Los guardias estaban seguros de que había una unidad de guerrilleros norteamericanos por allí cerca. Uno de nosotros se quedó haciendo guardia, pero nuestros salvadores nunca llegaron.

De todas formas, obtuvimos una respuesta a la pregunta de cuánto tardarían los refuerzos en llegar. Las huellas fueron vistas alrededor del mediodía y a la mañana siguiente llegaron los refuerzos. Los refuerzos eran vietcong; no creíamos que hubiese muchos en aquella zona. Todo en ellos era aterrador: sus pequeños sombreros japoneses, sus ojos, sus labios curvados y musculadas piernas. Habíamos oído hablar de su forma de tratar a los prisioneros y estábamos asustados ante la perspectiva de que nos aplicasen una buena dosis de brutalidad sólo por divertirse.

De súbito Procet me dio una patada en la ingle y dio un salto, blandiendo sus puños.

Sabíamos que tardarían al menos un día en estar allí los rastreadores. También sabíamos que debíamos hacer una distancia sustancial sin zapatos, pues las botas dejaban unas huellas demasiado fáciles de seguir. Los pies desnudos de un norteamericano se parecen mucho a los de un laosiano. Nos dimos cuenta de que con el Vietcong tras nuestra pista, la huida no iba a ser un juego de indios y vaqueros, sino algo realmente serio.

Gene, Duane y yo discutíamos con frecuencia acerca de lo que debíamos hacer cuando dejásemos el campamento, pero nunca compartimos nuestras ideas con los asiáticos. Ninguno de los dos grupos confiaba en los otros. Estábamos seguros de que si sabían a dónde nos dirigíamos y uno de ellos era vuelto a capturar, hablaría fuerte y claro para salvar su cuello.

Procet entraba y salía de nuestra cabaña. Una noche estaba echado en silencio en su lecho de hojas cuando Gene vio a Caballo Loco caminando de hurtadillas a lo largo de la valla. Me dirigía a la esquina para echar un vistazo cuando pisé a Procet. De súbito Procet me dio una patada en la ingle y dio un salto, blandiendo sus puños. Todo acabó en unos segundos, pues ninguno de los dos tenía fuerzas para luchar, pero Procet estaba furioso. Me dijo que pisar a alguien era el peor posible de los tabús, y que si él hubiese sido una mujer, habría tenido derecho a matarme.

Mi furia no se calmaba y quería encontrar la forma de devolvérselo a Procet. Al día siguiente, mientras estaba con sus amigos en la otra cabaña, le robé el trozo de bambú con el que estaba jugando siempre. Dentro encontré 23 pastillas en una pequeña botella, unas pastillas que podían salvar la vida a un enfermo de disentería. Escondí las pastillas y más tarde les dije a Gene y Duane lo que había encontrado. Repartimos las pastillas entre los tres.

Cada día volaban más aviones sobre nosotros, y parecía obvio que la guerra se hacía más dura que nunca. Los bombarderos nos sobrevolaban cada mañana para atacar algún blanco cercano. Estaba casi seguro de que su objetivo era la nueva carretera a través de la cual había sido llevado camino de Par Kung. A veces el aire se llenaba con el sonido de un gran avión, y habíamos llegado a ver un carguero C-123 Provider con su puerta trasera abierta, probablemente por el lanzamiento de algún comando. También podíamos oír los Dragon Wagons (DC-3) y el sonido de sus armas Gatling, los grandes cañones Vulcan.

Con todos aquellos aeroplanos sobrevolándonos, deseaba tener todavía mi espejo y mi radio.

Mientras hablábamos de lo fácil que sería hacer señales a un avión, una rana croó bajo el suelo. Levantamos el suelo y hurgamos en la oscuridad. La rana dio un salto que le costó la vida. Era muy pequeña, de modo que la dividimos con cuidado. Gene encontró el corazón. En su casa, cuando había pollo para comer, siempre se comía el corazón. El corazón no era más grande que una cabeza de alfiler, pero dijo que tenía muy buen sabor y se mostró encantado.

ABAJO: *Un ceñudo soldado del Pathet Lao amenaza al fotógrafo occidental en Vientián*
DERECHA: *Un templo budista, mostrando los estragos del tiempo y de la guerra*

ASSOCIATED PRESS

Capítulo 5

FUGA

CAPÍTULO 5 FUGA

Aunque ya teníamos decididos casi todos los mecanismos de la fuga, la forma en que debíamos agruparnos para afrontar el largo viaje seguía siendo motivo de discusión. Procet pensaba que debíamos distribuirnos en dos grupos de tres, con al menos un norteamericano en cada grupo. YC no estaba de acuerdo y quería que fuésemos todos juntos. A nadie más le gustaba la idea, de modo que YC cambió de opinión, proponiendo que fuésemos Procet, él y yo juntos. Yo protesté inmediatamente «Demonios, pero si no nos aguantamos ni aquí dentro.» Mi idea era escapar con Gene y Duane, con los que me llevaba muy bien.

YC insistía en su idea, quería que un norteamerciano fuese con él. Temía conseguir hacer contacto aéreo y que el piloto no quisiese recogerle.

Las lluvias seguían sin llegar. Un día me derrumbé sin ninguna razón en especial. Sabía que si seguíamos pudriéndonos lentamente durante mucho más tiempo, no conseguiríamos ni siquiera cruzar la puerta. Empecé a plancar la fuga nuevamente, sólo que ahora quería olvidarme de los monzones y simplemente matar a los guardias. A Phisit le gustaba la idea, pero Gene se mostró reacio al principio. Después de darle muchas vueltas, se convenció.

Duane también apostaba por escapar sin importar el método. Duane y yo habíamos decidido intentarlo antes del 4 de julio. En ese día estaríamos o libres o muertos.

Tenía que buscar un camino libre desde nuestra cabaña a la valla principal. Empecé a soltar los troncos excavando la arena en la que estaban clavados. A YC no le gustaban mis excavaciones y, aunque estuve de acuerdo en que eran un riesgo, pensaba que era un riesgo que valía la pena afrontar Gradualmente, tanto él como Procet y Thani vieron que Duane y yo estábamos decididos a seguir adelante tanto si venían como si no, de modo que decidieron seguir nuestro plan de robarles las armas a los guardianes y matarlos.

> Esperábamos que volviese antes de la fuga, pues todos deseábamos cargárnoslo.

Empezamos a hacer planes de nuevo. La primera cosa que hice fue construir un modelo del campamento con ramitas y palillos. Luego observamos como halcones a los guardias y registramos cada movimiento que hacían. Al cabo de unos cuantos días sabíamos dónde estaba cada arma y la rutina que seguía cada guardia.

Sabía que una vez estuviésemos fuera Duane sería un hombre valioso para tener al lado. Era tranquilo, tan tranquilo que tardaba una eternidad tan sólo en darse la vuelta, pero esa tranquilidad era al mismo tiempo su punto fuerte. Yo podía descuidarme y caminar por un sendero, mientras que Duane gatearía una milla sobre sus manos y rodillas para evitar uno. De hecho, cuando fue derribado tuvo mucho más éxito que yo evitando al enemigo.

Un día los guardias formaron y se fueron en dirección al pueblo, con Caballo Loco a la cabeza de la columna. Ordenaron a los aldeanos que les entregasen su último cerdo. Caballo Loco les ofreció todas las monedas que tenían los guardias. Cuando los aldeanos se quejaron del cambio de comida por dinero, Caballo Loco blandió su arma y los apuntó haciéndolos callar. Luego los guardias se dirigieron al campamento con un pequeño cerdito negro y lo ataron a apenas cinco metros de nosotros. Se pasó todo el día revolcándose en su propia porquería, y su olor nos mareaba.

Por las noches, un avión que sonaba como un turbohélice C-130 volaba desde el sur a unos 1.000 metros, daba una o dos vueltas a nuestro campamento y se dirigía hacia el norte, para volver al cabo de unas horas. Sus idas y venidas se hicieron tan habituales que parecía posible trazar un plan de fuga basado en un posible contacto con el aparato.

El único momento en el que los guardias se separaban de sus armas era la hora de la comida. Dejaban sus armas en sus cabañas, se dirigían a la cocina, cogían la comida en sus conchas de tortuga y volvían a sus chozas. Todo el viaje duraba aproximadamente dos minutos y medio, y teníamos la suerte de que la alta valla de bambú que rodeaba las cabañas de la prisión impedía verlas bien desde la cocina.

Planeamos salir por la parte inferior de la choza. Ya había separado los troncos y los había sustituido de forma que pudiesen volverse a colocar de forma rápida y fácil. El primer hombre en salir debía ir hasta la valla, cruzarla hasta la cabaña de los guardias que estaba justo delante y coger las armas Con las armas, podíamos tomar el lugar sin disparar un tiro, lo que de hecho era la clave del éxito. Si los campesinos oían algún disparo, pensarían que habían cazado un ciervo y vendrían corriendo a por su parte.

Empezamos a trabajar en los detalles del plan, revisando cuidadosamente cada paso. Yo iría primero y Phisit y Procet me seguirían a una señal mía, una vez abierto el agujero en la valla. Duane y Gene saldrían después. Gene iría hasta la esquina más lejana de las cabañas del recinto, mientras que Duane se uniría a Phisit y Procet, a los que yo ya habría armado. Duane, Phisit y Procet se dirigirían deslizándose con sigilo hasta la cabaña de Papsco, y Duane a una señal se deslizaría dentro, agarraría la carabina y mantendría en silencio al anciano. Mientras tanto, Procet y Phisit correrían hasta campo abierto en donde tuviesen una buena vista de la cocina. Durante ese tiempo Phisit, Procet y Duane se abrirían paso hasta la cocina, y Gene y yo iríamos dando una vuelta alrededor de la valla hasta un refugio de bambú en el que tenían un subfusil Thompson Gene se metería dentro y usaría ese punto ventajoso para cubrirme, mientras yo corría hacia la cocina. Phisit y Duane vigilarían a los guardias en la cocina mientras Procet, Gene y yo recogíamos granadas de mano y fusiles. Procet y Gene usarían una granada para hacer una trampa un poco más abajo en el sendero que salía del campamento, con un fusil atado a ella como disparador. Mientras Procet y Gene preparaban su trampa, Thani, Phisit y yo teníamos que atar a los guardias. YC y Duane registrarían las cabañas, amontonando las cosas de valor en el porche de la cabaña de al lado de la cocina, la del anciano

Mientras Duane e YC registraban el campamento, Phisit y yo arrastraríamos a los guardias uno por uno a la maleza, los estrangularíamos y arrojaríamos sus cuerpos en los pozos de tirador que rodeaban el campamento. Habíamos pensado no matar al anciano, Papsco y Caballo Loco. Nadie tenía el corazón de matar a los dos ancianos, y Caballo Loco era el guardia más listo del grupo, el que mejor conocía la región y dónde estaban amigos y enemigos. Teníamos pensado sacarle toda la información que pudiésemos. Si no hacíamos contacto con el C-130, pensábamos que podíamos quedarnos en el campamento cuatro días. Si aquello fallaba, tendríamos que empezar a caminar.

Habíamos planeado hacer una pila de bambú, rellena con yesca, que podíamos encender en cuanto oyésemos el C-130. Una vez atraída la atención del piloto con el fuego y el humo, le

MAGNUM

ARRIBA: *Las tropas del Pathet Lao eran altamente disciplinadas, personas hogareñas y sobrias, que tenían la reputación de ser un auténtico modelo en cuanto a limpieza y buen comportamiento.*

haríamos señales Si no era suficiente, escribiríamos en el suelo SOS con las mosquiteras marrones de los guardias. Si estaba oscuro, tres de nosotros sostendríamos largos palos con fuego con los extremos sobre la palabra, iluminando cada uno una letra. Al mismo tiempo YC, que había sido operador de radio de Air America y conocía el código Morse. intentaría enviar un mensaje tapando y destapando un bote lleno de carbón al rojo.

Mientras dábamos los toques finales al plan, el pequeño Hitler se marchó en misión de recolección de arroz. Antes de irse, me pidió mi anillo. Esperábamos que regresase antes de la fuga, pues todos deseábamos cargárnoslo.

Imbécil vino corriendo hacia mí, gritando a pleno pulmón y apuntando con su fusil a mi cabeza.

La carestía de alimentos era de nuevo crítica. La única proteína que habíamos visto en varias semanas había sido un cubo de renacuajos que el anciano había pescado. Los había machacado hasta convertirlos en una resbaladiza masa negra y aunque nos habíamos acostumbrado a comer ratas y gusanos, los renacuajos triturados fueron difíciles de tragar.

Una de las cosas que realmente odiábamos acerca de las perspectivas de viajar por la selva eran las sanguijuelas. Nos dimos cuenta de que el jugo concentrado de tabaco las mataba en cuestión de segundos. Hicimos pequeñas bolsas para colgarlas alrededor de nuestras rodillas y llenarlas con el tabaco que Phisit sacaba a los guardias a cambio de sus servicios médicos. La idea era que la lluvia mantendría el tabaco empapado, y el jugo correría por nuestras piernas hasta los tobillos

Una noche Thani escuchó a los guardias discutiendo nuestra suerte. Se proponían dispararnos, arrastrar nuestros cuerpos hasta la selva y hacer ver que nos habían matado mientras tratábamos de escapar. Nuestra muerte les permitiría ir a sus hogares a por algo de comida, y querían la bendición del Gran Hombre. A todos les gustaba muchísimo la idea.

Fijamos la fecha para el día siguiente o el posterior, mientras el pequeño Hitler y otros nueve guardias estaban fuera, dejando tan sólo a nueve incluyendo a Papsco y el anciano. que en realidad no contaban, lo que quería decir que éramos nueve prisioneros contra siete guardias

Nos habían dejado salir fuera aquella noche para comer algo de caldo de arroz. Mientras los otros se sentaban alrededor de la mesa, me deslicé tras nuestra cabaña, simulando ir a orinar. En vez de eso, comprobé las ramas y bambús que había aflojado. Salían con mucha facilidad.

Cuando estuvimos todos dentro de nuevo, Nook entró en nuestro recinto y tiró al cerdo una mazorca. Se habían comido el grano y tan sólo quedaba un poco de pulpa. La arrastré hacia

nuestra puerta. Estaba llena de porquería del cerdo, pero estaba tan muerto de hambre que iba a comérmela de todas formas. Lo que ocurrió a continuación fue que Imbécil apareció corriendo en mi dirección, gritando a pleno pulmón y apuntando con su fusil a mi cabeza. Fui a gatas hacia mi rincón y los otros se echaron planos sobre el vientre.

—Dieter —me susurró Procet—. Imbécil quiere que salgas.

Antes de que pudiera abrir la puerta, lo había hecho Imbécil, y me agarrró, poniéndome el bloque de madera y arrastrándome fuera al patio, en donde se había reunido el resto de los guardias. Imbécil movió la mazorca frente a mi cara, y luego se la tiró al cerdo. Me golpearon y luego me arrojaron dentro de la cabaña de nuevo. Procet rompió el silencio diciendo: «No lo olvides, dales patadas en la cabeza para que se pudran en el infierno».

Incluso sin contar con la paliza que me propinaron, el plan de fuga debía ser cambiado en el último momento. YC había sufrido un ataque similar a otro anterior que había tenido un año antes. Apenas podía mover las piernas, y sufría fuertes dolores. A menos que estableciéramos contacto con el C-130 desde el campamento, no tenía ninguna esperanza. Todos buscábamos las palabras correctas, temerosos de condenar a un hombre a la muerte para salvar nuestros pellejos. Finalmente habló Gene:

—YC, tú irás conmigo.

—No —dijo YC quedamente—. No lo conseguirás nunca conmigo a rastras.

Nadie dijo nada, y mi mente se agitaba entre preguntas y temores. En realidad, los tres tailandeses estaban mejor preparados que nosotros para sobrevivir en la jungla. Con la carga adicional que representaba YC, los tres norteamericanos estábamos en franca desventaja. Esperé hasta que los tres estuvimos solos en nuestra choza para sacar el tema de nuevo a discusión.

—Gene, no podemos hacerlo —le dije. Permaneció en silencio.

—Déjalo, Dieter —dijo Duane.

—No, está bien —dijo Gene— YC y yo podemos ir juntos, y cuando consigamos llegar a un risco, nos echaremos a esperar establecer contacto aéreo. La camisa blanca de YC nos servirá para hacer señales y tendremos suficiente comida. Estoy seguro de que lo conseguiremos. Si salís del paso antes de nosotros, aseguraros de que alguien nos busque, e informad de por dónde pueden hacerlo.

Por la mañana no quería despertarme. Gene me sacudió:

—El C-130 volvió a pasar esta noche.

—Tío —le dije—, si vuelve a hacerlo hoy, volveremos libres a casa.

El anciano nos dejó salir unos minutos. Mientras los otros se arremolinaban por ahí, fui por detrás de las letrinas hasta nuestra choza, escarbé hasta encontrar el machete enterrado y lo volví a meter en la choza.

Tras haberlo metido dentro, el día pasó de forma insoportable. Cuanto más pensaba en la fuga, más asustado estaba. ¿Valía la pena si sopesábamos las pocas probabilidades de vivir comparadas con el alto riesgo de muerte? Sería mucho más fácil esperar donde estábamos durante otros seis meses o un año, aguardando que acabase la guerra y nos liberasen.

Duane estaba junto a la puerta.

—¿En qué piensas? —le pregunté.

—En que mañana seremos hombres libres.

Fue suficiente para mí

Gene cogió los recipientes de bambú llenos de arroz y usamos la lata para medir la ración de cada hombre. Le dimos a Gene una ración extra, ya que tenía que acarrear a YC, y probablemente pasaría más tiempo en la selva que los demás. Empujé a un lado mi lecho de hojas y aparté la ligera estera que cubría el agujero. Apartamos un poco los trozos de bambú y los retiramos de forma que el agujero fuera lo suficiente ancho para que cupiera un hombre.

El cielo estaba magnífico, sin una nube, y estábamos seguros de que lograríamos establecer contacto con el avión, pensamiento que nos dio ánimos.

Casi como si supiese lo que ocurría, Imbécil vino hasta nuestra choza y se quedó de pie fuera mirando hacia dentro, mientras Phisit y yo hacíamos ver que jugábamos sobre un tablero de ajedrez casero. Imbécil permaneció allí durante casi una hora.

> Como un gato, salté sobre el porche de la cabaña de los guardias y me abrí paso a través de él, con los tallos de bambú rechinando.

Thani no perdía de vista a los guardias cuando YC nos llamó:

—¡Los guardias están en la cocina!

—Pero si no han hecho la llamada para comer —dije—. Es demasiado temprano para que estén allí. ¿Será una trampa?

—Seguramente tienen hambre, como nosotros —dijo Gene.

Nos miramos el uno al otro; el momento había llegado.

Duane sacó el recipiente de agua y llenó nuestras tazas, haciendo un brindis: «¡Por la libertad!».

Me deslicé a través del agujero y salí a la cabaña. Empecé a remover la arena. Entonces oí: «¡Todos en la cocina!».

Saqué los postes, los aparté y los dejé junto a la cabaña. Me arrastré sobre el vientre hasta la valla, empezando a trabajar en la misma. Entonces oí a Phisit murmurar y me di cuenta de que algo andaba mal. En medio segundo gateé hasta la choza, volví a poner los postes tras pasar por el agujero y coloqué en su sitio mi estera y mi cama de hojas.

—¿Qué demonios ocurre? —pregunté mientras intentaba recobrar el aliento.

—Faltan dos de los guardias —dijo Phisit.

Allí estaba el tipo decidiendo en el último momento que era demasiado arriesgado, pero esperando hasta que mi culo estuviera a tiro para hacérmelo saber.

—Maldita sea, Phisit, si me lo vuelves a hacer, iré a por un arma directamente para volver y darte lo tuyo, créeme.

Estábamos encerrados y los bloques de madera y esposas parecían más insoportables de lo usual. Estuve pensando sobre lo cerca que había estado de que me mataran. Luego supimos escuchando a los guardias que los dos que faltaban habían ido a pasar la noche al pueblo. El supuesto problema de Phisit no era más que una ventaja, ya que la proporción era de cinco a siete a nuestro favor. Para acabarlo de arreglar, el C-130 dio varias vueltas sobre el campamento.

Llegó la mañana y nos preparamos para la fuga en silencio. Phisit estaba cada vez más asustado y temeroso.

DERECHA. *Un soldado del Pathet Lao armado con un subfusil PPSH chino. Armas chinas y soviéticas equiparon a todas las fuerzas comunistas en el conflicto del Sudeste asiático.*

CAPÍTULO 5 FUGA

—Quizá deberíamos esperar hasta mañana —sugirió.

—No si aprecias tu vida —le respondí.

Observarmos con cuidado si los guardias dejaban sus armas. Una vez las hubieron dejado como de costumbre en su cabaña, el plan de fuga se puso en marcha

A las 4, aproximadamente, nos quitamos los bloques de madera. Thani vigilaba, explicando lo que veía a YC.

—Los guardias entran en la cocina —nos dijo YC— Los guardias en la cocina. No llevan sus armas.

—¡Fantástico! —susurré a mi grupo—. Ahí vamos.

YC murmuró algo.

—¿Qué está diciendo? —preguntamos.

—Todos en la cocina, pero falta uno —dijo Duane.

Sabía que si íbamos a hacerlo tenía que ser en aquel momento. Gene, Procet y Phisit estuvieron de acuerdo. Duane dijo que le parecía bien.

—¡Vamos allá!

Rebusqué en el fondo de la cabaña, quité los palos flojos y salí a gatas.

Como un gato, salté sobre el porche de la cabaña de los guardias y me abrí paso a través de él, con los tallos de bambú rechinando. Había dos armas chinas apoyadas en la pared y un M-1 norteamericano en la esquina del fondo. Miré a través de la entrada de la cabaña y me di cuenta de que estaba a la vista desde la cocina Di un salto pegándome a la pared y, cuando nadie miraba, cogí el M-1 y un cinturón de municiones completo, saliendo de nuevo al porche. Sin detenerme, pasé los dos fusiles chinos a Procet y Phisit y me hice a un lado, comprobando que el M-1 estuviera cargado

> Al otro lado del collado había una razonable esperanza de libertad, pero los espinos nos cortaban el paso.

Había pasado menos de un minuto. Phisit. Procet y Gene estaban ya en posición y Duane corría hacia los dos tailandeses. Corrí delante de Gene y éste me siguió rápidamente hasta la valla de bambú, en dónde esperamos unos segundos.

Un ruido provinente del otro lado del recinto nos indicó que Phisit y Procet corrían hacia su escondite. Salí de detrás de la valla mientras Gene entraba en el segundo cobertizo para coger el subfusil Thompson y cubrirme. La cocina estaba a plena vista y grité: «¡Yute, Yute!».

Todo el mundo se dio la vuelta antes de que se hubiese apagado el eco de mi grito Habíamos supuesto que los guardias quedarían tan sorprendidos por el ataque que se quedarían sentados, atónitos, pero empezaron todos a correr en mi dirección. Habían recorrido apenas 8 metros cuando un disparo pasó silbando junto a mi cabeza.

El aire estaba lleno de gritos y alguien estaba disparándome. Me pregunté qué había sucedido con mis camaradas, en especial Gene, quien se suponía que debía cubrirme. Me sentí solo, en mitad de campo abierto.

A dos metros nada más, Imbécil se acercaba a pleno galope, blandiendo su machete sobre su cabeza. Disparé a la altura de su cadera. La fuerza del impacto lo dejó suspendido por un momento en el aire, con el machete levantado todavía, y luego cayó de frente sobre el suelo La sangre brotaba de un gran agujero en su espalda. Me detuve frente a él con la boca abierta, sorprendido de que una bala pudiera hacer tamaño destrozo.

Los gritos y disparos me devolvieron a la realidad. Me di la vuelta justo a tiempo de ver a Nook acercándoseme por un lado.

—¡Maldita sea, Gene! ¿Dónde demonios estáis? —grité a pleno pulmón mientras disparaba a Nook. La bala le alcanzó en un costado y se derrumbó, gritando todavía más fuerte. Por el rabillo del ojo pude ver a alguien que se escapaba hacia la selva. Apunté y disparé El hombre cayó y volvió a levantarse cogiéndose un brazo. ¡Era Sot! Disparé tiro tras tiro sobre él, pero consiguió escapar. Entonces, de súbito, todo quedó en silencio.

Duane se me acercó corriendo, con un fusil en las manos.

—¡Todo ha salido mal! —gritaba—. ¡Tengo la carabina de Papsco, pero él no estaba en la choza!

Sot había conseguido escapar y Dios sabía dónde estarían Papsco y el anciano ya. De repente tuve una visión paranoide de uno de los guardias apuntando a través del punto de mira de su fusil en mi dirección. Empezé a correr gritando: «¡Vámonos de aquí!»

No podía creerme que Nook siguiera gritando todavía, pero allí estaba tendido sin cesar de quejarse. Le apunté con mi arma y apreté el gatillo, pero el disparo no salió. Por un momento me quedé allí de pie sin entender nada, hasta que me di cuenta de que el cargador estaba vacío. Lo dejé y corrí dando la vuelta a la valla para dirigirme a la entrada del recinto. Duane venía corriendo hacia mí

—¿Dónde demonios están los macutos? —grité.

—¡En la choza! —me contestó a gritos.

—¡Cógelos, yo cogeré las mosquiteras! —me alejé de él en

ARRIBA: *Tropas del Ejército de Vietnam del Norte en Laos. Al mismo tiempo que utilizaban la ruta Ho Chi Minh para conseguir suministros a través de Laos, los norvietnamitas se aliaron asimismo con el Pathet Lao*

dirección a la cabaña de Papsco, pero no quedaba nada, habían desaparecido hasta las botas que había dentro colgadas.

Encontré a Duane con dos macutos en la entrada del recinto. Al colgarme uno de ellos al hombro, se rompió la correa El macuto pesaba demasiado, mucho más que el mío. Apenas pude apartarlo con una mano.

—¿De quién es esto? —le pregunté a Duane, pero se encogió de hombros.

Duane empezó a correr hacia la selva, con su macuto al hombro, deteniéndose tan sólo un momento para vomitar por los nervios.

De repente noté un agudo dolor en el pie que me hizo detenerme en seco. Había pisado una trampa de cañas, afiladas como espinas. Los cortes eran profundos, dejando el hueso a la vista El dolor recorrió mi espinazo de los pies a la cabeza, pero me arranqué los juncos y seguí corriendo a pesar del dolor hasta alcanzar a Duane. Oímos a alguien que se acercaba por la izquierda. Duane y yo nos escondimos en unos matorrales y nos quedamos inmóviles, hasta que vimos aparecer la familiar cabellera roja de Gene, quien acompañado de YC se abría paso por la selva. Duane y yo dimos un salto y corrimos hasta alcanzarlos.

—¡Eh, Gene, esto debe ser de YC! —dije, mostrando mi macuto, pero Gene me miró confundido, al igual que lo estábamos todos, sin saber de qué le estaba hablando. YC se nos unió y cogió el macuto con rostro desconcertado. Empezamos a caminar juntos, pero YC nos hacía aflojar el paso. Entonces Duane empezó a correr, mientras yo me detenía estrechando la mano de Gene.

—¡Marcharos, marcharos! —decía—. ¡Os veré en Estados Unidos! —Le miré a la cara y a los dos se nos atragantaron las palabras. Intenté decirle algo, pero las palabras no me salían. Solté su mano, empecé a correr y me detuve un momento para decir adiós con la mano a los dos hombres.

Encontré a Duane enredado en medio de un espeso follaje.

—¡No hay forma, es demasiado espeso! —dijo—. ¡Salgamos de aquí!

Nos dimos la vuelta y echamos a correr a lo largo de un maizal. Fue fácil correr por encima de las blandas hojas caídas Corrimos hasta llegar a una barrera natural de enredaderas. Corrimos a lo largo, buscando un agujero para cruzar, pero era demasiado espesa. Al otro lado del collado había una razonable esperanza de libertad, pero los espinos nos cortaban el paso.

Nos sorprendió el cercano ladrido de un perro y al girarnos vimos a Malay a nuestro lado.

—¡Este perro va a delatarnos! —gruñó Duane, dirigiéndose hacia Malay para hacerle callar, ante lo cual Malay se dio la vuelta, corrió unos metros y desapareció en el supuestamente impenetrable macizo de enredaderas. Corrimos hacia el lugar por donde había desaparecido.

> Sus anaranjados cuerpos eran gordos y brillantes por la baba y de sus espaldas sobresalía una puntiaguda aleta como la de un dragón.

—Ha escarbado un agujero a través —murmuró Duane detrás mío, mientras íbamos a gatas por entre la maleza, cruzábamos un riachuelo al otro lado y llegábamos a la base del collado.

Ahora que estábamos relativamente a salvo, toda mi adrenalina parecía desvanecerse. Casi me desmayó; el fusil se me convirtió en una pesada carga y fui arrastrando las cartucheras mientras subíamos el collado.

El suelo estaba señalado por cientos de huellas de animales, conduciendo a un charco que había en un pequeño saliente. Los dos estábamos sedientos y le dije a Duane que me cubriera mientras me deslizaba sobre mi estómago hacia el charco. Al acercarme, oí algo al otro lado. En un instante había regresado a la maleza. Toqué suavemente a Duane, señalando a mi M-1, que estaba en el suelo fuera de mi alcance, y me lo alcanzó silenciosamente. Lo asomé apuntando hacia el lugar de donde provenía el ruido.

Las cañas de bambú se movieron y oí voces otra vez, sólo que mucho más claras y cercanas. Entonces Procet apareció a la vista. Suspiramos de alivio, pero no osamos movernos, pensando que ellos también estarían en guardia y el más mínimo ruido podía hacerles disparar.

Duane levantó la mano manteniendo la cabeza pegada al suelo. Procet lo vio y saludó a su vez.

Aquello no fue exactamente una reunión de amigos. Nos mirábamos con recelo, alertas a cualquier falso movimiento.

Procet miró mis cartucheras

ARRIBA: *Una campesina busca cobijo durante el inicio de la estación de los monzones.* DERECHA: *Apretados como sardinas, unos desesperados refugiados Hmong suplican ayuda*

—¿Puedes darme algo de munición? —dijo.

—De acuerdo. pero dame un machete a cambio. Vosotros tenéis tres —respondí.

Todos llevaban botas, y cuando pregunté por las mías, Procet me dijo que YC las tenía.

—Ah, sí. ¡Tu macuto! —dijo Procet, alcanzándomelo.

Nos fuimos. Thani se abrió camino a través del follaje con su machete. Me pareció una estupidez hacer un sendero que los rastreadores pudieran seguir fácilmente, pero no dije nada. Seguimos un sendero de animales uno detrás de otro, a través de una larga serie de circunvalaciones subiendo por el lado de la montaña. El sendero estaba plagado de sanguijuelas, pero no había tiempo para detenerse a quitárselas. Nuestra única esperanza era cubrir la mayor distancia posible antes del anochecer.

Las sanguijuelas no eran nada comparadas con los gusanos que vimos de cerca. Estaban por todas partes, y era difícil caminar sin pisar aquellos asquerosos bichos. Sus anaranjados cuerpos eran gordos y brillantes por la baba y de sus espaldas sobresalía una puntiaguda aleta como la de un dragón. De la cabeza les salía otro aguijón, similar a una espuela, y tenían unos 30 cm de largo y un centímetro de grosor. La visión de aquellas criaturas me revolvía más el estómago que muchas de las porquerías que había llegado a tragarme en Hoi Net.

Al acercarnos a la cima del collado, la deshidratación hacía que la cabeza me diese vueltas. Thani iba en cabeza y se acercó a unos árboles caídos y se detuvo. Todos le seguimos, esperando ver un valle al otro lado, pero el sendero serpenteaba colina abajo durante un trecho y volvía a trepar hacia otro collado. Reunimos las fuerzas que nos quedaban y continuamos.

Había caído la noche y teníamos frío. La marcha se hacía cada vez más dificultosa y frecuentemente resbalábamos y caíamos al suelo. El suelo desgarraba mis pies desnudos y la ropa se me enganchaba constantemente en ramas y espinos.

Finalmente llegamos a un manantial, del que bebimos sedientos arrodillados bajo la helada agua de la montaña. Mientras bebía, cada pocos segundos apartaba la cabeza y miraba a mi alrededor como un animal atento a los depredadores. Al frotarme las manos noté las resbaladizas sanguijuelas que las cubrían. Había perdido una de las bolsas de tabaco, pero usé la otra para frotarme la cara y el resto del cuerpo.

Hablamos un poco y nos pusimos de acuerdo en pasar la noche juntos; entonces nos derrumbamos en el sendero de animales, apoyados en una pared de piedra. Duane se sentó junto a mí y fue agradable sentir calor humano cerca. Me dormí enseguida.

> Duane y yo fuimos por la derecha, y la selva se nos tragó en cuestión de segundos. Nunca volvimos a ver a los tailandeses

Duane me despertó llamándome por mi nombre y sobresaltándome. Duane señaló al cielo, al pequeño trozo que podía verse a través del espeso follaje. El C-130 estaba dando sus pasadas en círculo de cada noche. Nos miramos y nos echamos, pero no pude dormirme hasta que el sonido de los motores murió en la distancia.

Algo me molestó mientras dormía y me desperté al darme cuenta de que la lluvia estaba cayendo sobre mi rostro. Duane y yo gateamos debajo de unas enormes hojas. manteniéndolas sobre nuestras cabezas para protegernos de la lluvia. Pronto las pequeñas gotas se convirtieron en un aguacero e intentamos proteger nuestro arroz, que sabíamos que se enmohecería en un día si se mojaba. Estuvo lloviendo toda la noche. Un gris amanecer finalmente nos trabajo un pequeño alivio

Mientras lentamente seguíamos nuestro camino por el sendero, nos dimos cuenta de que los tailandeses llevaban plásticos para protegerse de la lluvia.

—¡Esos malditos! —murmuré— Estuvieron robando todo lo que cayó en sus manos mientras nosotros disparábamos.

—¡Eh! ¿Podríais darnos uno? —preguntó Duane a Procet. Procet negó con la cabeza, y entonces Duane se lo pidió a Phisit, quien también se negó.

—Sólo un poco para cubrir el arroz —dije, intentando ocultar la ira en mi voz. Phisit rasgó un trozo de treinta centímetros, apenas suficiente para cubrir el arroz que llevaba.

La tierra estaba muy enfangada, haciendo el camino extremadamente dificultoso. Trepamos la pendiente agarrándonos a ramas y raíces. En la cima nos despedimos los dos grupos, y pude ver el agotamiento y el miedo en sus rostros mientras estrechábamos nuestras manos. Duane y yo nos fuimos por la derecha, y la selva se nos tragó en cuestión de segundos. Nunca volvimos a ver a los tailandeses.

Capítulo 6

RESCATE

CAPÍTULO 6 RESCATE

Una espesa niebla nos cubría y se condensaba en medio de la vegetación de la jungla, goteando sobre nosotros constantemente. Habían sanguijuelas y gusanos por todas partes. No parecía haber ninguna posibilidad de que pudieran encontrarnos en la sierra, ya que la lluvia había borrado todas las huellas.

A media mañana llegamos a un riachuelo lleno de fango y nos dirigimos hacia una área cubierta de hierba. La hierba y las espinas eran cada vez más gruesas hasta que, finalmente, quedamos atrapados. Decidimos dar media vuelta, pero la tupida hierba nos impidió reconocer el camino por el que habíamos llegado hasta allí. Cada movimiento que hacíamos originaba un chaparrón de agua, que caía sobre nosotros Millones de mosquitos zumbaban por los alrededores y estaba lleno de sanguijuelas. Nos llevó una hora regresar al riachuelo fangoso. Nos sentamos en la orilla, exhaustos y abatidos. La prisión era desagradable, pero como mínimo había un montón de hojas sobre las que dormir, y un tejado para resguardarse de la lluvia

Nos pusimos al abrigo de unas grandes hojas de platanero. Mi porción de arroz se había mantenido relativamente seca gracias a una diminuta protección de plástico, pero la lluvia había calado en la mochila de Duane, y el arroz se había hinchado hasta convertirse en una masa viscosa. Comimos dos puñados de arroz esponjoso.

Continuamos siguiendo el riachuelo con la esperanza de que nos llevaría a algún río donde poder construir una balsa para alejarnos de allí. Cubiertos de espinas, empezamos a caminar por el agua. El fango impedía ver el fondo y tropezábamos continuamente hasta que, al final, teníamos los pies hinchados y en carne viva.

Finalmente Duane gritó:

—Dieter, no puedo seguir. Paremos para pasar la noche.

—¿Y si seguimos una hora más, Duane?

—De acuerdo —respondió, tragándose el aire como lo hacen los corredores de fondo Su traje de vuelo verde estaba pegado a su cuerpo. Tenía un aspecto horrible Aparté la vista de él asustado, sabiendo que, de hecho, me estaba mirando a mí mismo.

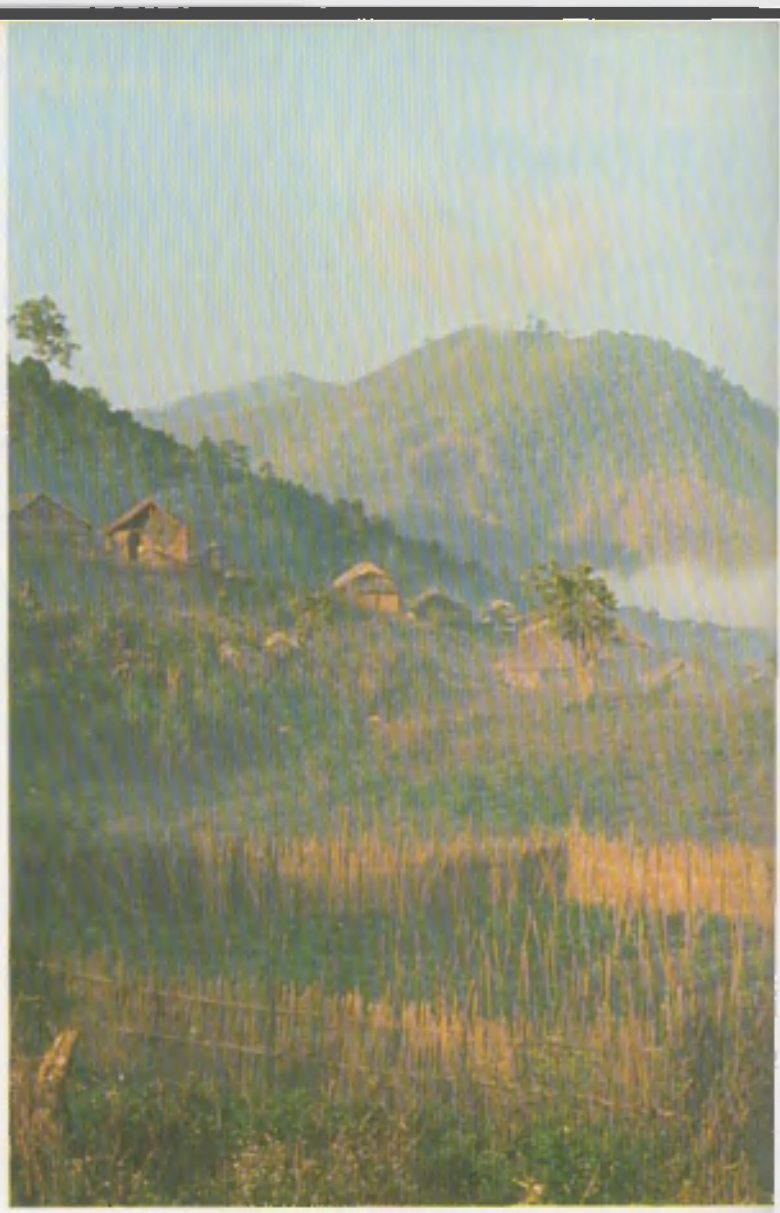
> Vi tres serpientes colgando de una rama de bambú justo delante de la cara de Duane, enrolladas y dispuestas a morder

Continuamos el viaje una hora más aproximadamente. Luchamos para no sucumbir al cansancio antes de construir un tosco refugio y arrastrarnos dentro de él La lluvia estuvo aporreando toda la noche, desgarrando el refugio que habíamos construido y dejándonos helados hasta los huesos.

A la mañana siguiente, derribamos lo que quedaba de refugio, comimos un poco de arroz y empezamos a ir río abajo El agua era clara y el viaje se hacía más fácil, pero mis pies empezaban a mostrar los efectos de estar mojados tanto tiempo. La piel estaba suave y blanca y los rasguños se producían con mucha facilidad.

Caminamos durante todo el día por el riachuelo, saliendo del agua periódicamente para descansar y prestar atención por si alguien nos seguía.

En un pequeño claro donde el sol brillaba intensamente a través de la jungla, comprobamos si nuestra dirección era la correcta clavando un pequeño bastón en la tierra. Descubrimos que estábamos yendo en dirección al este, exactamente lo que no queríamos hacer.



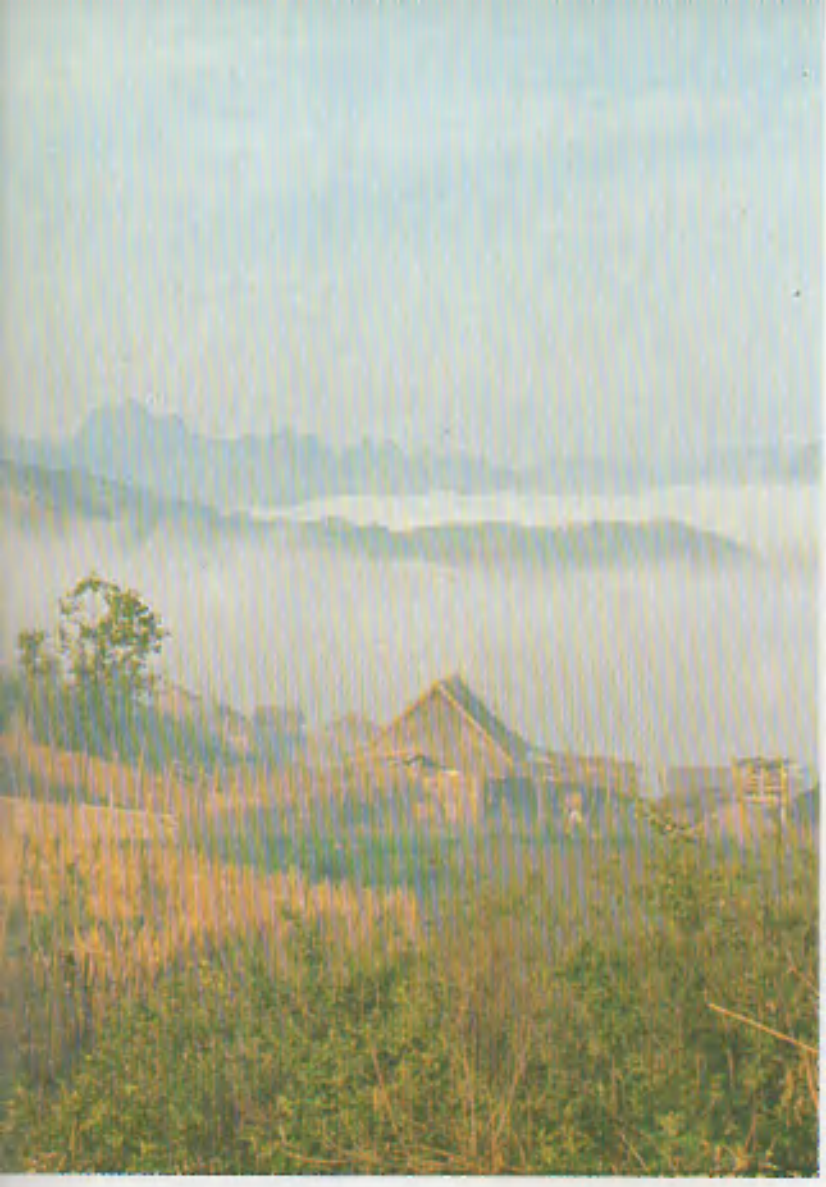
ARRIBA: *Una mañana idílica en el campo laosiano, pero para Dieter Dengler y para otros pilotos norteamericanos que fueron derribados, la muerte estaba al acecho en cada recodo.*

Nuestras provisiones de arroz disminuían rápidamente. Seguimos a una tortuga, pero debido a la debilidad nuestros movimientos eran tan lentos que no pudimos alcanzarla. Con cierta tristeza, cogí una pequeña serpiente negra que estaba en las rocas húmedas. Era lo más parecido a carne que habíamos comido desde hacía semanas.

Completamente exhaustos, construimos un refugio bastante resistente uniendo palos de bambú a un árbol y enlazando hojas de platanero para que sirvieran de techo. También cubrimos la tierra con hojas de platanero y nos tendimos sobre ellas, apretándonos el uno al otro mientras la lluvia empezaba a caer otra vez.

A la mañana siguiente, Duane sacó un puñado de arroz de su mochila y lo compartió conmigo. Estaba esponjoso y crudo, pero me pareció delicioso.

Continuamos por el riachuelo hasta llegar a una gran cascada que descendía hasta una laguna, 9 metros más abajo. Para bajar hasta allí el terreno era resbaladizo y húmedo y para subir, escarpado. De repente, Duane dio un alarido y le vi rodar hacia mí. Me derribó y bajamos rodando juntos hasta el agua espumosa de la charca.



HUTCHINSON PICTURE LIBRARY

Mis pulmones estaban a punto de estallar cuando salí a la superficie. Duane ya estaba fuera del agua tumbado sobre las rocas Después de permanecer tendidos en el suelo durante varios minutos recuperando el aliento, nos pusimos a reír histéricamente mientras avanzábamos poco a poco por los resbaladizos cantos rodados hasta una charca de agua más calmada

Al cabo de varios metros llegamos a una cascada mayor que la anterior Empezamos a subir, pero paramos a mitad de camino. El M-1 me había golpeado otra vez. Grité a Duane: «¡Maldita sea! ¡Tengo que deshacerme de esta mierda! Aún nos queda tu carabina.» Arrojé el arma a la charca espumosa, más abajo de la cascada.

Aquel día, no conseguimos llegar mucho más lejos. Estábamos demasiado cansados para construir un refugio e incluso demasiado exhaustos para comer, por lo que juntamos algunas hojas y caímos desplomados sobre ellas. La noche fue terriblemente fría y nos apretujamos rodeándonos con los brazos, al tiempo que otra lluvia torrencial caía sobre nosotros.

A la mañana siguiente nos ayudamos mutuamente a levantarnos y, débilmente, comimos un poco de arroz. La lluvia no cesó y nosotros avanzábamos medio andando y medio arrastrándonos, enfangados y tiritando de frío. El barranco resbaladizo y fangoso llegó a su fin y el agua salió a borbotones por entre las dos colinas, a ambos lados de nosotros. En tres horas habíamos subido solamente unos 100 metros. Llegamos a una pendiente abrupta, cubierta de maleza. Era impenetrable.

Al mediodía tuvimos que dar media vuelta y volver por donde habíamos llegado hasta allí En muy poco tiempo regresamos donde habíamos pasado la noche. Bajé la cabeza y me puse a llorar.

El día siguiente no amaneció con mejores perspectivas Seguimos el riachuelo hacia abajo, en dirección a la cascada De repente, vi tres serpientes, víboras del bambú, colgando de una rama de bambú justo delante de la cara de Duane, enrolladas y dispuestas a morder. Grité a Duane que se agachara, y él se agachó consiguiendo de este modo evitarlas.

No podíamos dar crédito a nuestros ojos cuando vimos que el pequeño río se ensanchaba hasta unos 100 metros. Por fin podíamos empezar a pensar en construirnos una balsa.

Un poco más animados, decidimos construir un buen refugio para pasar la noche. Incluso le pusimos protección lateral. Esta noche el viento sopló y la lluvia aporreó nuestra puerta, pero nuestro sueño fue profundo y, por primera vez, cálido.

A la mañana siguiente permanecimos indecisos en el refugio antes de salir fuera y afrontar la fría lluvia. Duane había cogido la malaria y yo tenía un fuerte resfriado. Los pulmones me dolían al respirar. Tomé dos tabletas blancas que Gene me había dado, pero no noté ningún alivio. Comimos un poco de arroz y después nos fuimos del refugio, guardando los restos cuidadosamente.

Debido a lo débiles que estábamos no había otra opción que construir la balsa con plataneros, lo cual resultaría más fácil. Corté algunos árboles y los llevé a la orilla del río mientras Duane los entrelazaba colocando las ramas delgadas de bambú entre los troncos blandos y carnosos Una vez la balsa estuvo acabada, entramos en el agua intentando colocarla en la corriente principal, pero no se movió. Varias serpientes de agua se deslizaban por allí y Duane cortó una en dos trozos con un golpe de machete. La buscamos fervientemente para comérnosla, pero había desaparecido.

Después de un recodo nos encontramos exactamente en medio de un campo de guerrilla sin actividad aparente.

Intentamos de nuevo empujar la balsa hasta el agua, pero era tan pesada que no lo conseguimos. Debíamos aligerarla y por lo tanto la reducimos a seis troncos No podría soportar el peso de dos hombres, pero, por lo menos, sería lo suficientemente ligera para ser empujada hasta la corriente. Duane se sentó en la balsa mientras yo intentaba desde atrás mantenerla en la corriente. El agua estaba calmada y sólo habíamos llegado a un recodo a unos 300 metros de donde habíamos conseguido introducir la balsa, cuando Duane salió de ella de un salto, gritando: «¡Una cascada!»

Nunca sabré porque no oímos el ruido de la cascada hasta aquel momento. Nadé con todas mis fuerzas y pude salvarme de ser arrastrado por el agua agarrándome a unas parras trepadoras que había bajo el agua. Después de varios intentos de salir del agua, pudimos agarrarnos a una raíz robusta y, arrastrándonos, buscamos un lugar seguro.

Después de una hora más de viaje, nos sentamos para comer una taza de arroz. Estábamos tan exhaustos que no construimos ningún refugio. Nos tumbamos en una repisa de roca próxima al río y, apretándonos el uno al otro para entrar en calor, nos dormimos.

Por la mañana continuamos nuestro viaje a través de densos

bosques de parras, de tortuosos riachuelos y de acantilados abruptos hasta un lugar en que la corriente se dividía. Nos deslizamos por el agua tranquila y clara, sosteniéndonos en las rocas parcialmente sumergidas. Después, nos dejamos flotar libremente y seguidamente nadamos hasta un banco de arena. Iba delante cuando percibí que algo se movía. Me quedé inmóvil. A un metro y medio de mí había una iguana con una apariencia feroz. Entre su cabeza y sus pies había un espacio de, por lo menos, un metro.

Duane no pronunció palabra. Cautelosamente me dio el machete y yo me adelanté muy lentamente Cuando estuve a medio metro de la iguana alcé el machete y la golpeé con todas mis fuerzas. Murió al instante. Nos quedamos allí de pie, mudos de asombro. Duane sonreía de oreja a oreja Inmediatamente, desgarramos la iguana y comimos, escupiendo la piel, de aquella carne blanca hasta hartarnos. Notamos como la fuerza fluía de nuevo a nuestros cuerpos tan pronto como tuvimos los estómagos llenos Guardamos los restos.

Cruzamos por el agua y continuamos bajando por el valle hasta llegar a un área plagada de sanguijuelas. Después de un recodo nos encontramos exactamente en medio de un campo de guerrilla. Duane cayó estrepitosamente sobre mí y juntos nos escondimos entre los arbustos. Arrastrándonos lentamente intentamos observar mejor. Los restos de los tejados de las cabañas estaban medio putrefactos y, aparentemente, el campo había sido abandonado hacía mucho tiempo.

Agachándonos fuimos corriendo hasta la cabaña más próxima y entramos. Comimos un poco de iguana, que ya empezaba a oler, y algunos higos. Después, nos arrodillamos y pronunciamos unas oraciones para que no lloviera al día siguiente.

Cuando me desperté me sorprendió ver a Duane rojo, de la cabeza a los pies. Encontramos cientos de sanguijuelas todavía adheridas a su cuerpo, bajo la ropa, y a su cabello. Duane se ocupó de mi espalda, que según dijo parecía una hamburguesa cruda. Una de las sanguijuelas intentó subir por mi recto y Duane, utilizando un par de bastoncillos como si fueran dos pinzas, la sacó.

Caminamos hasta llegar a una gran charca. Parecía un buen lugar para descansar y nos quitamos la ropa para que se secara al sol. Era tan tranquilo y pacífico que pronto quedamos dormidos.

Me despertó la sensación de que mi cuerpo estaba ardiendo. Duane tenía la piel color carmesí y el cuero cabelludo, bajo su fino cabello, de color rosa. Le desperté, cogimos nuestra ropa y nos vestimos a la sombra.

Después de un kilómetro, tuve un ataque de náuseas y vómitos y tuvimos que detenernos. Ambos habíamos notado que nuestra vista se había deteriorado y que todo parecía borroso.

Decidimos tirar la carabina porque no teníamos suficiente fuerza para llevarla.

Los arbustos eran cada vez más densos y resultaba más fácil avanzar a gatas Iba unos 300 metros más adelante que Duane cuando un olor a humo me hizo detener. Esperé a que él me alcanzara.

—¿Hueles algo? —le pregunté.

—No, pero mira allí

IZQUIERDA: *Frustración y aburrimiento en el rostro de este soldado del Pathet Lao Abandonados durante meses seguidos en un campamento a muchos kilómetros de su casa, incluso las tropas más disciplinadas podían derrumbarse*

Me señaló un campo de arroz en una pendiente, al otro lado del río. Unos 300 metros más a lo lejos había un tejado, apenas visible Automáticamente nos deslizamos por entre los arbustos próximos al río y nos escondimos entre algunos troncos caídos. Comimos silenciosamente un poco de arroz y lo que quedaba de la iguana mal oliente. Al cabo de un rato, estábamos profundamente dormidos.

Por la noche, nos despertó la lluvia monzónica. La tierra empezó a ceder y resbalamos alejándonos de los troncos. Estábamos rodeados de agua. La lluvia había originado el crecimiento del río hasta el punto de dividir su orilla. La corriente nos llevó hacia abajo. No podíamos ver absolutamente nada porque estaba totalmente oscuro. Guiados únicamente por el instinto, remamos desesperadamente hasta que chocamos con un tronco de árbol que había caído en el agua. Nos subimos a él y permanecimos allí mientras los escombros arrastrados por el agua nos iban arañando.

Con la primera luz del alba vimos a pocos metros los tejados de tres cabañas Después de observar durante horas, me convencí de que el pueblo estaba abandonado. Nos arrastramos hasta el interior de una cabaña y exploramos el área. No había ninguna señal de vida Me di cuenta de que Duane estaba haciendo esfuerzos para no perder el conocimiento. Parecía tener mucha fiebre y sus ojos se hundían en sus órbitas.

—Dieter —dijo. Respiraba a boqueadas—. Voy a morir, lo sé. Prométeme que comprobarás que Dorcas está bien.

—Claro que sí, chico, pero no vas a morir —le susurré—: ¡Demonios!, yo también estoy enfermo, pero los dos nos recuperaremos. Nos recogerán tan pronto como podamos hacer fuego, seguro.

Durante la noche oímos el motor de los aeroplanos y pensé que un fuego podría atraer la atención del piloto. De todas maneras, estaba demasiado cansado para hacerlo.

De repente, oímos un ruido atronador. Antes de que tuviéramos tiempo de reaccionar, nuestra canoa nos arrojó a una cascada.

Por la mañana nos fuimos del pueblo abandonado y regresamos río abajo por un pequeño sendero. Después de un kilómetro encontramos una canoa de bambú. Pensamos que aquella noche iríamos flotando hacia la libertad y nos adentramos un poco más en la jungla para esperar que se hiciera de día, a unos 10 metros de la balsa. Tuvimos que soportar otra plaga: la de las moscas, tan pequeñas que sólo se veían cuando el sol iluminaba sus alas. Su picadura era mucho peor que la de los mosquitos.

Cuando había oscurecido casi por completo nos deslizamos hasta la canoa, la desligamos de un árbol y nos subimos a ella. La corriente del río nos llevó. Oímos voces en la orilla, lo que significaba que estábamos pasando por delante de un pueblo. Alrededor de medianoche salió la luna y pudimos ver que por delante de nosotros asomaban grandes rocas. De repente, oímos un ruido atronador. Antes de que pudiéramos reaccionar, nuestra canoa saltó disparada por una cascada. Se sumergió en el agua y salió de nuevo a la superficie, como si fuera un trozo de corcho. Miré atrás y vi a Duane colgado al otro extremo de la canoa Me dijo tartamudeando que habíamos perdido el machete. Parecía no estar herido.

Vimos a un aldeano con el agua hasta las rodillas, pescando. Nos gritó pero nosotros permanecimos en silencio, como dos fantasmas, y pasamos flotando por delante de él en la oscuridad.

Casi de día, nos arrastramos por la orilla y, repentinamente, vimos que allí había un pueblo dormido. Nos introducimos de nuevo en el agua y desde allí, oímos voces y vimos una luz en la orilla opuesta. Nos preguntamos si podía ser una partida de búsqueda. En los últimos instantes de la noche cruzamos el río buscando un lugar en la jungla donde escondernos. A pesar de que nos rodeaban miles de insectos, nos dormimos

Al cabo de una horas nos despertamos y descubrimos que las pequeñas moscas habían hecho un banquete en nuestras caras, dejándolas hinchadas y tan rojas como nuestros pies. Sintiendo un dolor terrible nos cubrimos con hojas putrefactas y nos quedamos otras seis miserables horas bajo el sol.

Durante la tarde, Duane y yo hablamos de nuestros planes Ahora que habíamos sido descubiertos, ir por el río resultaba peligroso. Decidimos atravesar la sierra esperando encontrar otro río. Tuvimos la idea descabellada de que podríamos llegar flotando hasta el *Ranger*.

Partimos al atardecer, caminando sigilosamente por un campo de arroz. Debido a que la maleza había sido despejada, resultaba fácil avanzar. Los mosquitos empezaron a pulular por delante de nuestras cabezas en tanta cantidad que incluso dificultaban la visión.

Después de haber recorrido aquel campo despejado subimos una ligera cuesta. Durante la subida nos paramos para observar la magnífica vista. A unos 20 kilómetros había una sierra enorme, más alta que las otras, que se alzaba en medio de la neblina color púrpura.

—¡La línea divisoria entre Laos y Vietnam! —exclamó Duane—. Si conseguimos atravesarla, veremos el océano y podremos llegar a casa libres.

Había estado vomitando sangre y los pulmones me dolían terriblemente. Si no conseguíamos salir pronto de la jungla, ambos moriríamos.

A nuestra izquierda había varias cabañas. Me acordé de que Procet nos decía que durante la temporada de plantación de arroz, los laosianos vivían en los campos y que una vez finalizada la plantación abandonaban las cabañas y regresaban a sus pueblos. Pensé que si tuviéramos algo con lo que hacer señales a los aviones, aquel campo de arroz vacío sería el lugar perfecto.

Mientras atravesábamos la sierra, llegamos a un lugar de la jungla tan denso que ni siquiera los mosquitos nos podían seguir. Cada vez que tropezaba, debido a la densidad de la maleza, en lugar de caer al suelo quedaba colgado del follaje. Con la misma rapidez que la jungla nos había engullido nos escupió a un claro. En un bosque más adelante destacaban unos árboles altos. El olor de las hojas caídas me recordaba la Selva Negra.

Bajamos la pendiente corriendo y al final encontramos una fuente, cubierta de sanguijuelas. Las apartamos con un palo, y bebimos hasta hartarnos. La pequeña fuente de agua se transformó en un riachuelo que desembocaba en un ancho río, desconocido para nosotros Parecía demasiado bueno para ser verdad, y no había únicamente un río, sino también dos balsas

Ahora teníamos que ser extremadamente cuidadosos, ya que las balsas indicaban la presencia de gente. Bajando por un sendero encontramos serpientes y tortugas e incluso oímos el croar de las ranas, pero íbamos demasiado lentos para cogerlas. Cuando dejamos el sendero, un aldeano y su mujer pasaron a no más de 10 metros de nosotros. Nos sentamos silenciosamente sabiendo que habíamos estado a punto de ser descubiertos. La suerte había estado de nuestra parte. pero ¿por cuánto tiempo? Por cautela abandonamos la idea de robar una balsa para flotar río abajo El incidente con el pescador nos había asustado.

A la mañana siguiente, muy temprano, empezamos a viajar de nuevo por el río. Estábamos más muertos que vivos Yo había estado vomitando sangre y mis pulmones me dolían terriblemente

En medio de estos pensamientos desesperados, oí repentinamente una voz de niño. Duane y yo nos apartamos de un salto del sendero y nos escondimos en la maleza. Vimos a un niño pequeño jugando con un perro. Nos escabullimos hacia otra sierra y nos encontramos de repente en medio de un campo de maíz Señalé ansiosamente las pequeñas mazorcas de maíz que estaban alrededor nuestro Empezamos a comer y guardamos más en nuestras mochilas Entonces, oímos unas voces de hombre y mujer

Estaba preocupado. Habíamos comido tanto maíz que nuestra presencia resultaría evidente. Avanzamos silenciosamente por el campo hacia la sierra y oímos a alguien aproximarse Un chico y una chica jóvenes bajaban la colina en dirección a nosotros. Sin perderlos de vista nos arrastramos entre las cañas en dirección a la jungla.

Una vez en la jungla nos sentamos para descansar. Soplaba una brisa agradable que hizo alejar a los mosquitos. Comimos un poco más de maíz y al finalizar noté mis primeros movimientos intestinales desde hacía semanas.

Siguiendo el borde de la jungla hacia el otro lado de la colina, llegamos al lecho de un río. Bebimos hasta dejarlo casi seco. Duane encontró algunas bayas que parecían pequeñas aceitunas verdes y nos preguntamos si podía ocurrir algo si nos las comíamos. Cogí una baya, me puse las manos detrás de la espalda y le dije a Duane que escogiera una mano. Duane perdió.

Bajamos la colina. El follaje era cada vez más denso. No habíamos llegado muy lejos cuando vimos una cerca de bambú que subía por la colina hasta la próxima sierra. Seguimos la cerca durante unos 30 metros y después la saltamos para entrar en un pequeño campo.

—¡Mira, caña de azúcar! —me susurró Duane, señalando unos paltos altos, color púrpura, que crecían más allá de los pimenteros. Al morder la caña, noté que algo se desmenuzaba dentro de mi boca. Resultó ser uno de mis dientes.

Juntamos nuestro espléndido botín y nos deslizamos de nuevo al interior de la jungla para continuar nuestro banquete. Me aparté un poco para aliviarme haciendo mis necesidades, pero lo que vi en lugar de aliviarme me asustó. Mi orina era de color rojo oscuro y los excrementos eran de color blanco, con unos pequeños gusanos que se movían rápidamente. Debía de tener todavía cara de susto cuando regresé al lado de Duane.

De mala gana le hablé de mi orina.

—Sí, la mía es igual que la tuya desde hace tres días —dijo.

Decidí explorar el área. Duane se quedó donde estaba. Encontré un estrecho sendero que conducía a unos arbustos próximos a la orilla de un río. Aparté la maleza y observé. Había varias cabañas abandonadas en un pequeño claro al lado del río.

ABAJO. *Una escena que se repite en el Sudeste de Asia un lago con cráteres de bomba, un regalo de las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos*

HUTCHINSON PICTURE LIBRARY

De repente, algo me hizo recordar. Al principio, no sabía si decirle la verdad a Duane, pero él lo descubriría de todos modos.

—No te asustes —le dije tan pronto como regresé a su lado—, pero ¿sabes aquella aldea abandonada donde pasamos la noche hace algunos días? —él asintió— Bien, está justamente al otro lado del riachuelo.

La consternación era demasiado terrible para soportarla y las lágrimas aparecieron en nuestros ojos. Habíamos estado caminando en círculo. Todos nuestros sufrimientos habían sido en vano.

Nos sentamos allí hasta que oscureció y después cruzamos el riachuelo para ir a la cabaña donde ya habíamos dormido una vez. En la oscuridad, la desesperación aumentó. Sentimos que ya estábamos al final del camino. En la parte alta del río estaba el campamento de la prisión, hacia abajo estaba el Pathet Lao buscándonos, y a los lados había junglas inpenetrables e hileras de sierras interminables. Estábamos atrapados. La única posibilidad era contactar por aire, pero nos encontrábamos demasiado débiles para hacer fuego.

De repente, una idea vino a mi mente.

—Duane, ¡las municiones! —Me miró asombrado— ¿Recuerdas cuando tiraste la carabina al río? Pues bien, yo tiré las municiones después. Si las pudiera encontrar, ¡podríamos utilizar la pólvora para hacer fuego!

> Duane y yo oímos el zumbido de los motores de un avión. Encendimos las antorchas y salimos corriendo de la cabaña.

El frío de la mañana y el tiritar de Duane me despertaron. Tenía un ataque de malaria y me pidió que le tapara. Estaba evidentemente demasiado enfermo para acompañarme. Lo arrastré para esconderlo dentro la maleza y lo cubrí con hojas húmedas, dejando únicamente su cabeza al descubierto. Se quedó quieto como un cadáver. Me dirigí río arriba.

Afortunadamente, recordaba el lugar donde había arrojado la carabina al agua. El río había subido y bajado de nuevo escondiéndolo todo bajo una capa de barro.

—¡Por favor, Dios mío, déjame encontrarlas! —repetía una y otra vez. De repente vi asomar una carabina. Salté sobre ella y besé los cartuchos, dando gracias a Dios. Estuve buscando hasta que fue demasiado oscuro y encontré tres más. Clavé las balas en una grieta de la roca y moví los cartuchos hasta desprender los casquillos. Puse cuidadosamente la pólvora en una pequeña botella que Caballo Loco había desechado después de tomarse su dosis de vitaminas en el campamento.

Me desperté en medio de la noche con la sensación de que algo se estaba moviendo entre los arbustos. Me incorporé, alerta. Fuera lo que fuese, estaba sólo a unos pasos de mí. Al cabo de un momento, estaba respirando cerca de mí con un aliento cálido. Supe que era un oso. Su cara estaba sólo a unos centímetros de la mía y yo lanzé un grito, levantándome de un salto. Él, a su vez, hizo un gruñido y yo me escabullí a toda prisa. De repente, el silencio. Me senté para escuchar si el oso se movía, pero todo parecía tranquilo. Hurgué en mi bolsillo y comprobé que la botella estaba sana y salva.

Llevando la botella en la boca para que no se mojara, vadeé

ARRIBA: *Un póster laosiano con el mensaje «Dejad de bombardear». El estilo y el simbolismo son comunes a la mayoría de posters políticos comunistas, mientras que el sentimiento es fundamentalmente populista.*

el río de nuevo, lo que me resultó sorprendentemente fácil Duane estaba en la misma posición en la que le había dejado. Lo rodeé con mis brazos. Noté que sus brazos me apretaban y supe que aún estaba vivo. Nos abrazamos. Le enseñé la botella y su rostro se iluminó.

Regresé a la cabaña para juntar un poco de bambú seco que había intentado hacer arder la primera vez que habíamos estado allí. Duane se arrastró hasta mí e intentamos hacer prender un poco de pólvora seis veces, sin conseguirlo. Las llamas no duraban lo suficiente para hacer arder el bambú Sólo nos quedaba pólvora para un último intento

—Definitivamente, necesitamos carbón vegetal —dijo Duane. Encontramos algunos trozos en la cabaña Cuando prendió, mantuve la pequeña llama en la palma de mi mano resguardándola con un poco de bambú. El dolor era intenso, pero no podía dejar que cayera la yesca. Duane colocó un poco de carbón vegetal al lado de la llama y sopló. Apareció una pequeña ascua brillante. La solté mientras ambos empezábamos a soplar, al mismo tiempo que añadíamos otro trozo de carbón vegetal. Continuamos soplando hasta tener un trozo de carbón brillante lo suficientemente grande

Mantuvimos un pequeño fuego hasta que oscureció y después un fuego más alto Durante el día yo había fabricado algunas antorchas uniendo hojas de la cabaña a unos palos de bambú. Mientras nos sentábamos a esperar, decidí aprovecharme del fuego para hacer una comida caliente, la primera casi en un mes. Encontré un contenedor de bambú en una de las cabañas y lo llené con hojas de tapioca, cortezas, un poco de arroz y un trozo de caña de azúcar, añadiendo un poco de agua. El cocido resultó delicioso.

Duane y yo oímos el zumbido de los motores de un avión y nos incorporamos de un salto, haciendo saltar nuestra comida por los aires. Encendimos las antorchas y salimos corriendo de la cabaña. Era demasiado tarde y el avión ya se había ido. Pasaron dos aviones más, pero fuimos demasiado lentos cada vez. A medida que nos adentrábamos en la noche resultaba más difícil mantenernos despiertos. Nos arrojábamos agua fría, pero era inútil.

> Nos habían visto y vendrían a recogernos. Todo lo que teníamos que hacer era mantenernos vivos hasta la mañana siguiente.

Estábamos los dos dormidos cuando el ruido de los motores nos despertó de nuevo El fuego había casi desaparecido, pero fue suficiente para encender las antorchas. Esta vez, el ruido de los motores no se desvaneció. Duane agitaba su antorcha frenéticamente haciendo una «S» mientras yo hacía una «O» con la mía. Duane empezó a gritar que el avión nos había visto y yo le dije que se callara. Hacer un fuego ya era un gran riesgo y sólo faltaban los gritos de Duane para atraer la atención del Pathet Lao.

El C-130 giró como si se dirigiera hacia nosotros. La primera bengala lanzada desde el avión iluminó el cielo intensamente. Nos quedamos allí, incapaces de movernos, confiando en que pronto estaríamos a salvo. Lanzaron una segunda bengala. Ahora sabíamos que no era un sueño, nos habían visto y vendrían a buscarnos. Todo lo que teníamos que hacer era mantenernos vivos hasta la mañana siguiente.

Decidimos esperar en la maleza porque los gritos de Duane y las antorchas podían haber atraído fácilmente la atención de alguien no deseable.

—Finalmente lo conseguimos —dijo Duane con la mirada perdida en la distancia.

—En menos de cuatro horas vendrá el helicóptero —dije.

—Escucha, tu vas a subir primero —exclamó— Yo se cómo van estas cosas y te ayudaré Chico, ¡voy a comer huevos revueltos y jamón para desayunar!

Empezó a lloviznar Tenía horribles visiones del helicóptero obligado a regresar a la base a causa del mal tiempo.

—¿Estás bromeando? —dijo Duane—. Un helicóptero puede volar haga el tiempo que haga.

Al llegar el alba nuestra excitación llegó a su punto más álgido Duane y yo estábamos sentados silenciosamente esperando oír los rotores cortar el aire de la mañana. Pronto se hizo de día y no había ninguna señal del helicóptero.

Empezé a dudar. Teníamos esperanzas de ser liberados y poder ir a casa. pero cuanto más tiempo pasaba más se desvanecían estas esperanzas. Nuestros compañeros nos habían dejado

allí en la vasta jungla dejada de la mano de Dios mientras ellos estaban cómodos y felices en algún bar, hablando probablemente de los locos aldeanos que les habían hecho señas con unas antorchas.

La lluvia caía suavemente como si nunca fuera a cesar. No sabíamos qué hacer ni dónde ir al día siguiente. Parecía no haber salida.

La malaria de Duane iba de mal en peor. Nos tumbamos allí, y Duane dijo de repente con voz áspera:

—Vete Dieter. —Sus ojos amarillentos miraban al frente—. Déjame solo. No te quiero ver más por aquí. Quiero morir solo.

—Estás grillado, estás loco. ¡Nadie va a morir aquí! —le aseguré. Vigilamos el pequeño fuego durante todo el día, pero no nos sirvió de mucho Hacía demasiado mal tiempo para volar. Duane y yo nos cansamos de esperar y nos quedamos dormidos hasta la mañana siguiente.

—Dieter, voy a bajar a la aldea —anunció Duane—. Voy a bajar y robaré algo de comida.

Intenté detenerlo un par de veces, pero fue inútil.

—De acuerdo, pero no vas a ir solo.

Pusimos un montón de madera en el fuego y, lentamente, fuimos sendero abajo dando traspiés y apoyándonos el uno en el otro.

De repente, Duane se paró: trampas de animales, había un puñado de ellas. Habíamos estado andando por una zona llena de trampas. Era un milagro que no hubiésemos hecho saltar ninguna. La única manera de escapar era volver exactamente sobre nuestros pasos.

—Duane, recoge este palo que está a tu lado y dámelo. Voy a intentar encontrar los disparadores y hacer saltar tantas como pueda. —Mientras buscaba en la tierra me sentía como si estuviese trabajando en un campo de minas, y pensé que cualquier segundo podía ser el último.

Una vez fuera de aquella zona, Duane y yo nos sentamos para valorar nuestra situación. Lo único que podíamos hacer era seguir adelante.

Después de andar a gatas unos metros más encontramos unas cabañas. Para nuestra sorpresa, había una vaca, atada a un palo. Intenté ordeñarla pero estaba seca. Toqué su cuello caliente y suave Era la primera cosa tierna que tocaba desde hacía seis meses.

> Permanecí con la boca abierta dando traspiés hacia atrás, sin comprender lo que estaba viendo.

Seguimos adelante avanzando a rastras por el resbaladizo fango rojo a lo largo del río. El sendero torció a la izquierda, bajando hacia un barranco de 8 metros de profundidad y subiendo de nuevo. Hizo un repentino giro a la derecha, y de repente, vimos a un chico que llevaba unos recipientes de agua unos pocos metros a nuestra izquierda. Duane y yo dijimos «Sabay», que significa «hola». El chico hizo una señal con la cabeza y se alejó sin hacer mucho caso de nuestra presencia.

Segundos más tarde, alguien a mi derecha gritó «¡Americali!». La jungla se llenó de gente que corría y chillaba. Un aldeano apareció frente a nosotros, sosteniendo un gran machete por encima de su cabeza. Yo estaba arrodillado a la derecha de Duane, que también estaba arrodillado con las manos juntas suplicándole al aldeano, que aún sostenía el machete por encima de su cabeza. Yo grité «¡Sabay!» y empecé a levantarme. El aldeano, después de vacilar un instante, acuchilló a Duane, que cayó a sus pies. El machete penetró en la pierna de Duane, justo debajo de la ingle. Duane estaba gritando desesperadamente cuando el aldeano dejó caer de nuevo el machete clavándolo profundamente en el cuello de Duane. Su cabeza se desplomó. No habían pasado ni 20 segundos desde que habíamos visto a aquel chico. Permanecí de pie con la boca abierta dando traspiés hacia atrás sin comprender lo que estaba viendo La sangre brotaba del cuello de Duane salpicándolo todo. El aldeano acercó el machete hacia mí. La próxima cosa que recuerdo es que corría sendero abajo en dirección al barranco y después, barranco arriba. Me había adentrado 6 metros en la maleza cuando vi a cinco aldeanos con machetes corriendo detrás de mí.

Subí la cuesta corriendo, intentando salvar la vida. Tan sólo hacia unos minutos que apenas podía arrastrarme y en cambio, en aquel momento, estaba corriendo más rápido que nunca.

Cuatro metros más adelante, el barranco se bifurcó y subí unos 15 metros por el sendero de la derecha, dejando profundas huellas en el fango. Luego, volví hacia atrás rápidamente, colocando los pies en las marcas que había dejado anteriormente. Salté a una roca y de un montón de hojas a otro, subí por la bifurcación izquierda teniendo mucho cuidado en no romper ninguna rama ni dejar ninguna señal. Estaba unos 6 metros más arriba de la bifurcación izquierda, en un pequeño montículo, cuando los oí a mi derecha siguiendo mis huellas.

De repente, me encontré en un estrecho sendero, arriba del barranco. Lo crucé de un salto y corrí unos metros por el interior de la maleza justo antes de sufrir un colapso. No habían pasado más de 30 segundos cuando vi a dos mujeres y tres soldados corriendo por el sendero. Iban todos armados con fusiles y una de las mujeres paró justo en frente de mí, mientras los otros seguían andando. Ella miró hacia otra dirección. Parecía mirar el barranco muy atentamente. Instantáneamente, supe lo que estaba ocurriendo: habían creado una búsqueda piramidal alrededor de donde creían que yo estaba.

Poco a poco, fui retrocediendo adentrándome en la jungla. Hubo un momento en que ella pareció oír algo y se volvió. Yo esperé, completamente inmóvil. Cuanto más me alejaba, más rápido iba.

Cuando llegué a la aldea, ni siquiera me molesté en comprobar si había gente. Entré corriendo en la cabaña, dejándome caer sobre mi estómago, y empecé a buscar un trozo de brasa viva en las sobras del fuego Finalmente, en el fondo encontré una brasa encendida del tamaño de la uña de mi dedo meñique. Convertí el carbón en lumbre.

Empecé a alucinar y de repente mi miedo a morir se desvaneció. Me sentía tan bien cerca del fuego, que no me preocupaba si los aldeanos me encontraban, todo lo que quería era que vinieran y dispararan sobre mí La noche llegó muy pronto, pero no dormí. Decidí encender un gran fuego.

Durante la noche, oí el quejido de los motores de un C-130. Encendí una gran antorcha y la acerqué al borde del techo de la cabaña para incendiarla. Incendié toda la aldea, corriendo entre las cabañas, mientras protegía mi cara del intenso calor. El C-130 estaba sobrevolando aquella zona y lanzó una bengala trás otra hasta que el cielo quedó completamente blanco. Me desplomé en la maleza cerca del lugar donde Duane y yo habíamos estado escondidos tan sólo el día anterior, y empezé a sollozar.

La lluvia que salpicaba mi cara me despertó. No pude dejar

de sentir que todo era irreal, que la vida no existía y que todo lo que había hecho o sentido era un sueño. Pasé el tiempo descansando en el fango mientras la lluvia me salpicaba.

No tenía ilusión por nada, pero, al igual que el brillo de una pequeña brasa, me quedaba la pequeña esperanza de que aún podía ser rescatado. Tenía visiones de llamas impulsadas por el viento hasta la tierra, donde había pequeños paracaídas con radios y gente colgando de ellos. Otra parte de mí me decía que había visto las llamas en un sueño, y que no eran reales.

Antes de amanecer empecé a perseguir los paracaídas, a pesar de que no creía en ellos. Llovía tanto que apenas podía ver, y lo único que vi fue la luz de un rayo. Los perseguía a ciegas, hasta que al amanecer me encontré mirando un pequeño paracaídas que colgaba de la cima de varios arbustos. Haciendo caso omiso de las espinas que me rasgaban, empecé a abrirme camino entre los arbustos en dirección al paracaídas, pero no podía alcanzarlo. Era como otra pesadilla, como cuando hay algo que quieres o necesitas y no lo puedes alcanzar. Entonces, me encontré dirigiéndome al otro lado de los arbustos, y desde allí pude hacerlo caer fácilmente. Oculté mi cabeza en sus blandos y húmedos pliegues. Este paracaídas procedía del lugar donde estaba mi hogar y me hizo recordar donde me dirigía. Tenía mi mente de nuevo bloqueada con una sola idea: el rescate.

Vadeé el río que ya había cruzado anteriormente, a la vez que en mi mente se sucedían imágenes reales e irreales. Reuní todas mis fuerzas para levantarme de la cabaña del campo de arroz que habíamos visto hacía una semana. Tuve que detenerme porque el campo giraba a mi alrededor, frente a mis ojos. Supliqué a Duane que me ayudase a sostener mi cabeza.

Después de un rato, que me pareció una eternidad, todo volvió a su lugar y me di cuenta de que simplemente estaba aturdido. Trescientos metros más arriba de la loma había una franja, al nivel del suelo. Sabía que tenía que llegar hasta aquel nivel antes de que viniera el helicóptero.

> Una gran puerta dorada se abrió en el cielo y una enorme multitud de esquiadores salió de allí.

Horas más tarde, alcancé la cabaña. La alta hierba no me dejaba ver lo que había fuera, pero era un buen lugar para esperar. Debían de ser probablemente las ocho de la mañana, sólo un rato antes de que el sol apareciera sobre la sierra. Se podía adivinar que iba a ser un día claro y bonito, un día perfecto para el rescate. Me tumbé a esperar y empecé a pensar en Duane otra vez. Intenté apartar de mi pensamiento la imagen de su cuerpo desnudo. «Basta, por favor, Dios mío, basta», suplicaba.

Una gran puerta dorada se abrió en el cielo y una gran multitud de esquiadores salió de allí. Algunos de ellos sabían esquiar muy bien, pero los demás no paraban de caerse y se quejaban de que tenían frío en las piernas. Me parecía estar mirando a alguien que también estaba soñando, pero todo se volvió borroso. Estaba mirando fijamente el sol.

Saqué el paracaídas. Estaba en un lugar realmente agradable, expuesto a los aviones pero escondido del enemigo. Pasaba el tiempo, pero no se oía ningún sonido que indicara que se estuviera acercando algún avión. Me quedé sentado allí, alucinando bajo el sol.

Esperé todo el día, pero ningún avión me sobrevoló. Fue entonces cuando decidí que no daba un paso más. Iba tan sólo a tenderme en la pequeña cabaña y a morir de hambre. Tenía mucha sed. A pesar de que intentaba imaginarme otras cosas que no fuesen agua, no podía pensar en nada más. Al llegar la noche, caí en un profundo sueño. Por la mañana, ya no quería morir. Me dije a mí mismo en voz alta: Me voy a dirigir directamente hacia Vietnam, me encontraré un sampán e iré nadando hasta él.

Puse el paracaídas en la mochila, dejando que colgara una parte sobre mis hombros, de forma que pudiese sacarlo rápidamente en caso de necesidad. Ir río abajo resultaba fácil; me dejé rodar cuesta abajo. Los extremos del bambú se clavaban en mis costillas, pero yo, ignorándolo, pensé: «Ya estoy muerto. ¿Qué más puede hacerme daño?»

Al llegar abajo, cogí rápidamente agua del río y bebí como si hubiera estado días perdido en el desierto. Me di la vuelta y vi a un aldeano con una red de pescar que venía hacia mí. Pasó por delante de mí, con sus pies apenas a un paso de mi cara. Incluso una vez estuvo fuera de mi alcance, tuve miedo de abandonar mi escondite. Estaba medio incorporado, preguntándome qué debía hacer a continuación, cuando oí unas voces. Por un segundo me pregunté si debía entrar en la jungla, pero era demasiado tarde. Diecisiete personas pasaron tan cerca de mí que una de ellas casi pisó mi mano. Iban todos armados y eran vietcong, no aldeanos.

Esperé un momento para asegurarme que habían pasado todos y después empecé a seguirlos, con el corazón palpitando descontroladamente. Estaba lo suficientemente cerca para poder ver como cogían ramas rotas o torcidas y otros rastros. Habían pasado días desde que yo estuve allí y mis huellas casi habían desaparecido, pero aún podían seguirlas.

Se sentaron para descansar. Permanecí agachado en la maleza a unos 100 metros de ellos, desde donde podía verlos. De repente, una voz se dirigió hacia mí: «¡Dieter, Dieter!» Era Duane; yo sabía que era Duane. «Dieter, Dieter; dame tus pantalones. Tengo frío en las piernas.»

«Si Duane ha muerto», me dije a mí mismo.

Los vietcong se levantaron y continuaron rastreando hacia arriba de la loma. Se pararon cerca de las rocas donde Duane y yo habíamos dormido quedando quemados por el sol. Poco a poco y con cuidado me fui alejando de ellos hasta que llegué a estar a unos 100 metros de distancia. A pesar de que mi visión era borrosa, pude ver claramente a uno de los hombres del grupo. Sin previo aviso, uno de los vietcong se deslizó por el río dirigiéndose hacia mí. No paró hasta que estuvo a pocos metros de distancia. Yo esperaba que sacara una pistola y me matara, pero sacó una red de pescar y la sostuvo por encima del agua. Casi me desmayé de alivio al ver que retrocedía hacia el otro lado de la orilla.

Tan pronto como el hombre de la red de pescar se unió a los otros, empezaron a caminar río abajo por la otra orilla. Esperé hasta que se hallaron en la curva del río, fuera de mi vista, para salir de mi escondite y dirigirme hacia el fuego. Encontré seis granos de arroz, tres pimientos pequeños y la cabeza de un pescado. También me comí la rama sobre la que estaba el trozo de pescado.

Me arrastré hacia mi primer escondite e intenté pensar en lo que iba a hacer a continuación, pero estaba tan débil que ni siquiera podía pensar. Estaba tan solo y hambriento que hubiese sido un alivio si los vietcong me hubieran encontrado y matado.

Era casi de noche, cuando me arriesgué a dejar mi escondite

PHILIP CHINNERY

ARRIBA: *El rostro de Dieter Dengler después de su rescate (a la izquierda) y tal como apareció en la conferencia de prensa, dos meses después (a la derecha).*

para cruzar el río. Al principio, la corriente era suave pero pronto creció y me arrastró río abajo. Muy lentamente llegué a la orilla, donde vomité, un vómito espástico tan doloroso que me desmayé

La pesadilla empezó a ser más intensa, siendo la alucinación constante mi única realidad. No podía distinguir lo que veía de lo que imaginaba. Gateaba sobre mis manos y rodillas, demasiado débil para mover la cabeza de lado a lado. Duane me perseguía todo el tiempo. «Dieter, Dieter», se quejaba. «Tengo frío en las piernas, Dieter, tengo frío en las piernas.» Durante el día me daba órdenes, pero al anochecer lloraba constantemente porque tenía frío en las piernas. Algunas veces caía exhausto, y me despertaba a 20 metros de donde había caído dormido con la ropa enrollada en las piernas.

La puerta dorada se abrió de nuevo sobre mí. Salían carreras de carros precipitadamente y yo alcé los brazos para protegerme de sus fuertes pisadas. Seguía vomitando. No tenía idea de a dónde iba, pero seguía sin detenerme Me arrastraba por el agua cuando algunos caracoles se cruzaron en mi camino. Me los puse rápidamente en la boca tragándome incluso el caparazón. No mucho más tarde empezé a encontrarme mal y ya no estaba seguro de si estaba vivo o muerto.

Llegué a la curva del río donde había una enorme cascada. «Ahí es donde voy. Quizá voy rodando por el río en la oscuridad y me ahogo.» Encontré un pequeño paradero, de un metro cuadrado, cerca de la cascada, con agua agitada y espumosa. Me dormí y Duane junto a mí. Antes sólo oía su voz, pero ahora le veía

Al despertarme por la mañana, pensé que no podía respirar. Tenía la garganta atascada con un grueso y viscoso caracol a rayas blancas y rojas. Aparentemente, los caparazones estrujados de los caracoles me habían perforado el estómago originando una hemorragia interna. Intenté incorporarme, pero estaba atrapado entre dos rocas a pocos metros de distancia de donde me había quedado dormido la noche anterior. No tenía ningún destino, pero continuaba avanzando.

El río se hacía más estrecho y los acantilados se alzaban delante de mí. Agradecí la sombra que me daban resguardándome del calor del sol. Pero a pesar del frescor, la poca fuerza que me quedaba iba apagándose. Me preguntaba cuánto tiempo podría continuar de esta manera Algunas veces no podía moverme ni un centímetro y me decía a mí mismo: «Es el final. No puedo seguir. No puedo dar ni un paso más.» Entonces empezé a pensar en morir de hambre. Tenía visiones de animales salvajes que me arrancaban la pierna con los dientes estando yo todavía vivo pero tan débil que no podía luchar contra nada que me estuviese atacando. Mi única esperanza era poder continuar avanzando. Y con este pensamiento reuní un poco de fuerza para incorporarme y seguir adelante.

Un tropezón me hizo resbalar por el río, que por suerte era poco profundo. Mi cabeza golpeó contra un canto, pero pude flotar gracias a la ayuda de mi mochila. Me incorporé sobre una roca grande y plana que se hallaba en medio del pequeño riachuelo. Uno de los cantos tenía un hueco no muy profundo, donde se hallaba enroscada una serpiente muy brillante. Sin pararme a comprobar si era venenosa, cogí la cabeza con una

CAPÍTULO 6 RESCATE

FRANK SPOONER PICTURES

ARRIBA: *Un helicóptero de rescate Jolly Green Giant HH-3E, la imagen más grata que un piloto norteamericano en territorio enemigo podía esperar ver*

mano y la cola con la otra, la estiré y la mordí por la mitad. Empezé a comerla y no paré hasta llegar a la mitad. Extendí el trozo de serpiente que quedaba sobre la roca para que se secase y seguidamente me tumbé para descansar.

Apenas mi cabeza había tocado la fría piedra, oí el ruido de un camión que se acercaba. «No es un camión —pensé—. Dios mío, ¡es un avión!» Instintivamente saqué el paracaídas de mi mochila, pero sólo tuve fuerza suficiente para hacer un ligero movimiento cuando me sobrevolaba un avión que parecía un Corsair de la Segunda Guerra Mundial. Estaba seguro de tener visiones a causa del sol y de que el avión era fruto de mi imaginación.

Pensé en arrastrarme hacia los arbustos para alejarme del sol y entonces oí el avión acercarse de nuevo. Durante unos minutos vi como se precipitaba por el estrecho cañón. Me di cuenta de que era un Spad. Me levanté y empezé a rogarle en voz alta a Dios que enviara al Spad otra vez, mientras el sonido del motor se hacía cada vez más imperceptible. Las lágrimas brotaron de nuevo de mis ojos. En aquel momento, oí el avión que volvía otra vez. Cuando se acercó empecé a hacerle señales frenéticamente.

El avión volvió hacia mí, y, al alejarse de nuevo, inclinó las alas en señal de reconocimiento. Me invadió una gran esperanza, y salté de un canto rodado a otro, intentanto trazar un SOS. Me quité los pantalones marrones, que había estado llevando debajo de otros pantalones, haciendo también señales con ellos. Después, hice señales alzando mis brazos al cielo, ahora vacío, hasta desplomarme sobre mis rodillas.

Cerré los ojos y rezé para que el Spad volviese de nuevo. Después me tendí sobre un canto rodado, y me puse a mirar el cielo azul.

Un segundo Spad estaba ahora dando vueltas a unos 600 metros de distancia.

El miedo se volvió a apoderar de mí. ¿Era sólo un sueño? ¿Era una invención mía? «Debe ser real», grité al cielo. «Por favor, deja que sea real», suplicaba. «No me dejéis aquí. Por favor, por favor, ¡no me dejéis aquí!»

Primero, los oí y después los vi. Un helicóptero estaba volando muy alto, mientras el otro, que volaba más bajo, desapareció por detrás de la sierra opuesta, con las enormes palas cortando el aire y cubriéndome con su sombra fugaz. «¡Aquí, abajo, aquí abajo!», chillaba al verlos desaparecer. Se oyó un disparo resonar en la parte baja del cañón y supe que eran los vietcong. Debían de haber imaginado donde estaba y ahora saldrían del cañón y vendrían a por mí. Era una carrera, una carrera entre los helicópteros y el enemigo.

Al pasar por tercera vez, el helicóptero que volaba más bajo cruzó el cañón unos pocos metros río arriba y, en aquel momento, algo explotó cerca de mí. «Me están bombardeando», pensé. No lo podía creer. Empezé a andar por el agua y me adentré en la jungla, pero me paré al percibir un fuerte olor a gasolina. Supe que no estaba soñando. Habían dejado caer sus tanques exteriores de combustible.

Un enorme helicóptero Jolly Green Giant descendió con cautela hasta estar a una distancia de 65 metros por encima de mi cabeza. El estrecho cañón tenía una pequeña abertura que facilitaba el giro del rotor que producía una fuerte turbulencia. Un penetrador descendió lentamente desde el lateral del helicóptero, dando vueltas, y con un movimiento de péndulo se acercaba hacia mí.

Yo estaba resguardado tras las rocas esperándolo, y cada segundo me parecía una eternidad. De pronto, escuché el eco de unos disparos en el cañón. El penetrador daba vueltas y oscilaba delante mío, estando a punto de empujarme dentro del agua.

> Empecé a elevarme. Cerré los brazos y rogué a Dios que me diese fuerzas para resistir un poco más.

Me sentía aturdido y distante. «Vamos, cógete», me decía a mí mismo. Finalmente, me agarré al penetrador dando vueltas de acá para allá. Tenía que abrir un mosquetón para introducir la pierna y poder sentarme, pero no lo logré. Me dejé caer como un saco y fui zarandeado por las turbulencias producidas por las palas del helicóptero.

Los disparos se iban acercando. Finalmente cesaron, pero entonces el penetrador se soltó de mí. Lo cogí de nuevo sosteniéndolo desesperadamente. Tiré de uno de los tres brazos y me senté. Tan pronto como estuve en él, hice una señal al helicóptero para que me elevara.

El cable me remolcó y empezó a subir. Cerré los brazos y le rogué a Dios que me diesa fuerzas para resistir un poco más. Abrí los ojos una vez me hube elevado hacia el helicóptero y vi la jungla exhuberante y verde debajo de mí. Empezé a dar vueltas y vueltas y cerré los ojos de nuevo. Estaba temblando todavía, muy por debajo del helicóptero, cuando éste empezó a alejarse de la jungla. Al abrir los ojos de nuevo, un hombre muy alto apareció delante de mí en la puerta del helicóptero. Me cogió y me llevó dentro. Agarré su pierna y la apreté muy fuertemente rehusando apartarme, por miedo a que me dejara ir. Mi cuerpo empezó a temblar violentamente, y me desplomé sobre el suelo, incapaz de moverme. Sollozé amargamente. «Dios, estoy vivo. Oh, Dios mío, estoy vivo. Gracias, muchas gracias», pude exclamar. Lloré y lloré y el mundo se me hizo borroso de nuevo.